

ESTUDIOS

Ensayo
No. 148-1436



Lector:

Esta Revista se debe a un noble propósito cultural y no a interés particular alguno. Tampoco están supeditadas sus páginas a conveniencias inconfesables de bandería o de secta. Su única misión, misión honrada, limpia y digna, es la de difundir y divulgar todos cuantos conocimientos se consideren útiles y necesarios para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

Dicho está con ello que esta publicación no tiene, ni los admite, otros ingresos que los estrictos de la venta de sus ejemplares a sus propios lectores, y esos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros de su Biblioteca aquí anunciados. Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario, cultural y científico, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal, sin más interés que el de ayudar a la vida de esta Revista.

LA REDACCION

Biblioteca de ESTUDIOS

CONDICIONES DE VENTA

ESTUDIOS (SERVICIO MENSUAL).—Desde cinco ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento (excepto en los envíos para Francia, cuyo descuento se aplica a gastos de envío). Los paquetes para el extranjero deberán abonarse por anticipado. Los paquetes para España se abonarán sin falta todos los meses, por giro postal.

Libros (SERVICIO SOBRE PEDIDO).—Las ventas se hacen en firme y no en comisión.—No se envían libros en depósito.—Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado o a reembolso.—Los gastos de envío van siempre a cargo del comprador.—Los corresponsales, libreros y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los siguientes descuentos: 30 por 100 en las obras en rústica, y 20 por 100 en las encuadernadas.—Los pedidos de particulares cuyo importe sea de diez pesetas en adelante se sirven libres de gastos, pero sin descuento alguno.

Toda correspondencia, giros, etc., deberán ser dirigidos a: Señor Administrador de ESTUDIOS, Apartado 158, Valencia (España).

Colección de Educación e Higiene

Tratamiento de la impotencia sexual, por el doctor Isaac Puente.— ¡Qué amargo y sordo dolor y qué negras perspectivas presenta la vida para aquellos desgraciados que en la plenitud de su vida se ven privados del más intenso y dulce placer amoroso! ¡Cuántas mujeres hay que en su vida conyugal no experimentan goce alguno, sintiendo cómo la decepción les invade el corazón por la desesperanza de sus ilusiones fallidas! Pero he aquí un libro precioso que viene a mitigar esa amargura poniendo en sus manos la felicidad y la dicha a que tienen derecho todos los seres.

El doctor Puente presta un beneficio inmenso a los que sufren debilidad genital con este libro, merced al cual podrán recobrar su vigor, y con él su felicidad, muchos hombres y mujeres, para los cuales esta obra merecerá gratitud impercedera.—Ilustrado con varios grabados en negro y doce láminas a todo color.—Precio: 6 pesetas. Encuadernado en tela, 8 ptas.

La Belleza de la Mujer, Tratado de las proporciones del cuerpo humano, por Carlos Brandt.—Los que amen la Vida y la Belleza tienen en esta magnífica obra un sano deleite y un estudio perfecto, acabado, de bellos conocimientos de inmensa utilidad. No es un libro de erotismo disfrazado ni de estímulo sexual. Es una excelente obra de gran valor artístico, en la que se estudia la importancia científica, filosófica y social de las proporciones estéticas de la belleza física.—Precio: 5 ptas. Encuadernado en tela, 7 ptas.

El exceso de población y el problema sexual, por el doctor G. Hardy.—Todos los años mueren centenares de miles de mujeres por aborto clandestino, víctimas calladas de procedimientos absurdos y nefastos, propalados por la rutina y la ignorancia. Esta importantísima obra del doctor Hardy, libro documentado y serio, viene a evitar esos estragos que tanto daño causan al mundo, poniendo sus vastos conocimientos y su larga experiencia al servicio de la humanidad.—Esta obra en el hogar es la mayor garantía para la felicidad conyugal y el bienestar.—Obra de excepcional importancia. Verdadera enciclopedia de la vida sexual.—Un tomo de 448 páginas, ilustrado con 66 grabados en negro y cinco preciosas láminas a tricolor, fuera de texto.—Precio: 10 ptas. Lujosamente encuadernado en tela, 12 ptas.

Educación sexual de los jóvenes, por el doctor Mayoux.—He aquí el juicio que ha merecido este libro, de uno de los más eminentes prestigios de nuestra época: «Preservar a la juventud con enseñanzas puramente racionales y científicas de los peligros que la acechan en la vida sexual; apartarle del vicio y de la abyección (ese abismo horrible por cuyo borde camina a ciegas la juventud de nuestros días), ¿no es acaso la mejor y la más digna labor del verdadero humanista? Tal es la obra del doctor Mayoux, hoy tan justamente admirada. Cuando los Ministerios de Instrucción Pública se percaten de su elevada misión, estos libros serán declarados de texto para las escuelas.» Santiago Ramón y Cajal.—De esta obra se han vendido en Francia más de dos millones de ejemplares.—Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

La maternidad consciente, «Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza», por Manuel Devaldés.—Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad en las generaciones futuras; es atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo. Esta obra debiera ser leída por toda mujer destinada a ser madre, para que comprendiera cuán importantísima es su misión.—Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

La mujer nueva y la moral sexual, por Alejandra Kolontay.—La mujer ya no se resigna a ser bestia de placer, esclava del capricho y del goce carnal del macho. Quiere amar al hombre, pero partiendo del placer amoroso, ese éxtasis sexual que desconocen muchas esposas aun después de muchos años de vida conyugal. Quiere ser mujer, con todos sus atributos femeninos y sentimentales, pero no hembra domesticada y sojuzgada por las leyes. Un libro valiente, audaz, escrito por una mujer decidida, luchadora y sincera.—Precio: 1'50 ptas. Encuadernado en tela, 3 ptas.

Lo que debe saber toda joven, por la doctora Mary Wood.—El sistema del silencio empleado hasta ahora en la educación de las jóvenes respecto a los secretos de la generación, ha dado y sigue dando nefastas consecuencias de que son víctimas propicias esas pobres muchachas inexpertas, que abastecen los hospitales y los antros de prostitución. La doctora Mary Wood expone el método racional y lógico que a las jóvenes destinadas a ser madres debe dárseles, sin herir lo más mínimo su delicada sensibilidad, explicándoles de manera apropiada y racionalmente la verdad que más tarde ha de revelarles la vida. Crear una conciencia y una moral sexual en la juventud es prevenir las fatales consecuencias del vicio y la depravación.—Precio: 1 pta. Encuadernado en tela, 2'50 ptas.

Enfermedades sexuales, por el doctor Lázaro Sirlin.—Divulgaciones científicas y de prevención contra las enfermedades venéreas, para uso de los jóvenes. Cuando se reflexiona que toda esa lacra horrenda, que hoy consume a una cuarta parte del género humano, hubiera podido ser evitada mediante las prácticas preventivas que el doctor Sirlin expone en este libro con toda claridad y sencillez, se comprende cuán beneficiosa y necesaria es para la humanidad la divulgación de estos conocimientos preventivos. ¡Cuántos desgraciados maldecirán su existencia atormentada por haber desconocido sus progenitores estas medidas de prevención tan sencillas y naturales!—Precio: 1 pta. Encuadernado en tela, 2'50 ptas.

Educación y crianza de los niños, por Luis Khuné.—Consejos a los padres, preceptores y educadores. Libro de alto valor biológico y de utilidad inapreciable.—A las madres particularmente, a quienes corresponde la responsabilidad moral y material de los primeros pasos de la vida del niño, hay que recomendarles la lectura de las bellas enseñanzas contenidas en sus páginas.—Precio: 0'75 ptas.

Embriología, por el doctor Isaac Puente.—Esta bella obra, de utilidad incomparable, la dedica su autor a la juventud estudiosa que siente insatisfecho su noble afán de saber y que sueña con una mañana mejor. Por eso expone los conocimientos de esta ciencia joven y seductora que es la embriología, en forma amena y sencilla, para que sea comprendida por todos.—Precio: 3'50 ptas. En tela, 5 ptas.

Colección Conocimientos útiles de Medicina Natural

¡Cuántas veces una imprevisión, una desatención a las advertencias de la Naturaleza, cuestan una vida que habría podido salvarse fácilmente!

La vida moderna, con su exceso de gasto cerebral y nervioso, exige del hombre conocimientos de sí mismo que le pongan a cubierto de los peligros que acechan su salud. Debe conocer y saber cuidar sus defensas fisiológicas para evitarse dolencias que convierten la existencia en un martirio insoportable. No hay que fiar la salud en manos del médico únicamente. El mejor guardián de la salud propia debe serlo uno mismo, porque por mucho talento que tenga el médico no podrá evitar las dolencias si el propio interesado, con su abandono, las convierte en crónicas e incurables.

— Enero
1 9 3 6
Año XIV - Núm. 149

APARTADO 158. — VALENCIA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual



No está aún en vías de realizarse el acuerdo proletario que es indispensable para hacer frente a lo que nos amenaza e impedirlo. Los sindicalistas desconfían de los socialistas, indudablemente con razón. Estos, los jefes, claro está, incluso los que ahora se hallan frente a los reformistas, empiezan a ver con más simpatía el acuerdo con los republicanos alejados actualmente del Poder, acuerdo con vistas a las elecciones, que el que había de acercarlos a las demás fuerzas proletarias. ¿Y si las elecciones no se celebran? A los jefes socialistas no parece haberseles ocurrido esta pregunta. Lo más probable, sin embargo, es que no se celebren. Es evidente que, si en los actuales momentos se convocaran elecciones, los republicanos ahora alejados del Poder y los socialistas obtendrían la victoria. Las gentes que están al frente del Gobierno son torpes, torpes en extremo, pero no hasta el punto de ignorar que ése sería el resultado de las elecciones. No las convocarán, por tanto. Ya se ve, hasta por el menos avisado, que no hacen cuenta de convocarlas. Llegado el momento en que, al parecer, no tengan otra salida, la encontrarán, como la han encontrado en otros países. Esa es la amenaza concreta que se cierne sobre el proletariado español. Hacia ese

fin se encamina todo hace tiempo. Lo que se ha dado en llamar antimarxismo por gentes que no tienen ni siquiera una vaga idea de lo que es el marxismo, no es en el fondo más que enemiga al proletariado, deseo de cerrar al proletariado todas las puertas, ansia frenética de evitar el régimen que el proletariado propugna, en el que nadie tendría sobre nadie privilegios indecentes.

¿Qué harían los socialistas, en su acuerdo con los republicanos, ante el cumplimiento de esa amenaza? Nada, absolutamente nada. ¿Qué podrían hacer, en cambio, de acuerdo con las demás fuerzas proletarias? Cuanto quisieran. Ante todo, evitar que la amenaza se cumpliera. Luego, barrer, con un simple gesto decisivo, eso sí, del suelo español todo ese conglomerado de fuerzas anacrónicas que están acogotando al proletariado hispano. Y, después, dejar que el pueblo diera al régimen social recién instaurado el matiz que más le placiera. Probablemente sería, en principio, el deseado por ellos, pero dejando abiertos todos los caminos para una evolución constante hacia algo mejor.

Se está lejos de ver así las cosas por una y otra parte. Los sindicalistas llevan su desconfianza respecto a los socialistas, justificada, desde luego, en lo que se refiere a los jefes, a lími-

tes en que es poco menos que imposible el acuerdo con la masa obrera, que ya ha hecho una revolución y con la que es hacedero, por tanto, hablar y entenderse. Los socialistas, a su vez, los jefes, se entiende, prefieren el acuerdo electoral con fuerzas burguesas al acuerdo revolucionario con fuerzas proletarias. Tal vez las masas obreras socialistas, a pesar de haber hecho una revolución, estén de acuerdo con sus jefes. Si así es, la amenaza que se cierne sobre el proletariado español se cumplirá en todas sus partes. Porque el camino de las elecciones no es el que debe seguirse. En primer lugar, porque es seguro que las elecciones no se celebrarán, por lo menos mientras el resultado se vea tan claro como se ve actualmente. En segundo lugar, porque aun celebrándose no conducen a ninguna parte. Démoslas por celebradas. Demos asimismo por cierto el resultado que se prevé: una inmensa mayoría de los socialistas y de sus aliados. Ya están éstas y aquéllas de nuevo en el Poder. ¿Qué harán? Indudablemente, lo mismo que hicieron en su otra etapa de mando, con pequeñas variantes: legislar, es decir, consolidar el régimen mediante el cual han vuelto a ocupar el Poder. En el fondo, preparar el terreno para un nuevo triunfo de la reacción. Decretar leyes aparentemente liberales, nada más que aparentemente, para que la reacción las derogara sólo por esta apariencia. Crear resortes coactivos: nuevos tribunales de urgencia, nuevas leyes de vagos y maleantes, nuevas leyes de orden público, nuevos cuerpos de asalto, para que la reacción, una vez triunfante, se los aplicara con todo rigor. No niego que, mientras estuvieran en el Poder, el ambiente no fuera, sobre todo en los pueblos, un poco menos agobiador que el actual. Con sus más y sus menos, que nos llevaría muy lejos del asunto que aquí estamos dilucidando. Gran cosa, sin duda, pero mezquina en comparación de lo cara que se paga. Desde que los socialistas y sus aliados fueron arrojados del Poder, no ha trabajado, en muchos pueblos españoles, ningún obrero que sea anarquista, sindicalista, comunista o socialista. Venga así en ellos la reacción los supuestos agravios que los socialistas y sus aliados le causaron en su etapa de mando. Nadie negará que los agravios fueron supuestos. Porque preparar para el adversario tantos instrumentos de opresión como socialis-

tas y republicanos prepararon para los caciques llamados a sustituirles, no creo que sea precisamente un agravio. La mayor soltura de movimientos de que se gozara tras el triunfo electoral del socialismo y el republicanismo aliado a él, con los más y los menos a que ya he aludido, sería pagada, después, cuando la reacción saliese victoriosa de nuevo, en la misma moneda: con la negativa de trabajo, por lo menos, para el obrero con cierta dignidad, y por consiguiente con el hambre. Y entonces, vuelta a empezar, resignadamente, otras elecciones. Que no llegarían, como no han llegado en otros países, caso de que llegaran las que ahora se esperan, que no llegarán: todo lo hace suponer. La reacción, más aprovechadora de la experiencia que su adversario democrático, no quiere ya exponerse, en casi ninguna parte, ni a los supuestos agravios que trae consigo el turno en el Poder.

El camino de las elecciones, ya se ve, ni aun celebrándose éstas, conduce a ningún objetivo. Los jefes socialistas no es de creer que lo ignoren. Se alían, sin embargo, con fuerzas burguesas para ese fin, que incluso realizándose no es un fin. El recurso del mal menor, al que sin duda echarán mano para justificarse, no tiene ningún valor. No hay tal mal menor. Tal vez es que, en el fondo, les asusta la transformación social que se impone. Si es así, no costaría gran esfuerzo descubrirlo a los ojos de las masas que necesitan, porque les va en ello la vida, esa transformación. Y estas masas, entonces, estarían prontas al acuerdo con todos los proletarios que se apresten no sólo a impedir que se cumpla la amenaza que pende sobre sus cabezas, sino también a cambiar de raíz la sociedad, a abrir paso a una convivencia menos indigna que la actual.

Para corresponder al favor y al apoyo que nos han sido prestados por todos los lectores de ESTUDIOS, les ofrecemos, como muestra de nuestros métodos de enseñanza, un curso completo de Química general, completamente gratuito, que será dado a todos los que remitan sello de cuarenta céntimos, antes del 29 de febrero (ya que la inscripción será limitada), a SEMINARIO DE CULTURA LIBRE, Gravina, 1, principal. Barcelona.

UNA REVOLUCION EN LOS HOGARES

El Bloc-Almanaque de «ESTUDIOS» ha realizado una revolución en los hogares, destruyendo de ellos al calendario corriente lleno de vulgaridades, de sandeces, de santos y de tonterías.

Nuestro Bloc-Almanaque educativo realiza una valiosa labor de cultura, ofreciendo una efémerides de importancia histórica cada día y fragmentos de literatura selecta, conocimientos útiles, etc., en el respaldo de cada hoja diaria. En realidad es un volumen de valor inapreciable.

¿Ha comprado usted ya este Bloc-Almanaque?

Ningún lector de «ESTUDIOS» debe quedarse sin él.

Encárguelo en seguida donde compró «ESTUDIOS», o pídalo directamente.

Precio del Bloc-Almanaque: UNA PESETA.

2. — Estudios

Los períodos de esterilidad fisiológica en la mujer



Dr. Isaac Puente

Los lectores de ESTUDIOS han tenido ocasión de conocer distintas opiniones del método anticoncepcional de Knaus-Ogino. La mayoría favorables a este procedimiento. Muchos de ellos, además, tendrán una opinión formada a base de su experiencia personal, más o menos amplia. Deseosos de informar con la mayor seriedad y tolerancia, no podemos ocultarle una opinión adversa y rotundamente condenatoria.

En el periódico francés *L'en dehors*, órgano defensor del armandismo, la firma prestigiosa de Pierre Ramus, lo presenta como una impostura, como un timo clerical. La Religión y el Estado, según Pierre Ramus, lo han patrocinado en Austria para engañar a las gentes y conseguir que tengan hijos no queriéndolos tener o creyendo que hacen por no tenerlos. El designio perseguido por sus propagadores es, según Ramus, combatir la vasectomía, cuya práctica valió a Pierre Ramus un ruidoso proceso.

El Congreso de médicos austríacos, celebrado en Graz, en 1934, rechazó este sistema de Knaus. Magnus Hirschfeld y Mareuse han proclamado su ineficacia. Los médicos alemanes comprobaron la misma ensayándolo en doscientos casos. El Gobierno japonés impide toda propaganda anticoncepcional y, sin embargo, ha dejado pasar la divulgación del método Knaus-Ogino. Son los argumentos probatorios que aduce Pierre Ramus, en el artículo en cuestión, para demostrar la falsedad del método fisiológico.

El Gobierno clerical de Austria, que, por lo visto fué el primer explotador del «camelo», debió reconocer, en abril de 1935, y ante las numerosas quejas recibidas por el diario *Arbeiter-Woche* (*Semana Obrera*), que la teoría de la esterilidad fisiológica de la mujer era falsa. Este argumento es también de Ramus y nos demuestra la poca malicia del Gobierno austríaco.

Si detrás del método Knaus-Ogino no hubiera otra cosa que el servir al afán esclavista y al

propósito de burlar las crecientes demandas de adiestramiento anticoncepcional, creemos que no hubiera logrado la resonancia científica ni el favor del público que disfruta. El engaño, antes que por el Gobierno de Austria, hubiera sido denunciado y reconocido por sus víctimas.

Mi experiencia personal está lejos de coincidir con la repulsa indignada de Pierre Ramus. Tengo muchas referencias favorables al mismo, y los dos fracasos que se me han comunicado por carta no tienen un valor probatorio. Uno de ellos obedecía a haber comenzado a contar desde el fin de la menstruación, en lugar de desde su comienzo, por lo cual el coito fecundo caía dentro del período de fecundidad. En el otro caso, el coito fecundo tuvo lugar la víspera del período de ocho días, considerados como fecundos.

Reconozco que puede haber fracasos, ya que no puede existir siempre certeza en la fijación del día en que ocurrirán las próximas reglas, pues el organismo femenino y la función menstrual están expuestos a sufrir variaciones y anomalías imprevisibles. Nadie puede asegurar en todos los momentos cuándo se vaciará su estómago, por mucha que sea su normalidad y por firme que sea su salud.

La mayor dificultad del método está en que se funda en probabilidades, y por ello he aconsejado aumentar los días de precaución, previendo una posible alteración del fisiologismo.

Todos los métodos anticonceptivos tienen también un margen de fracasos. La misma vasectomía, tan radical y segura, puede fracasar, y para remediarlo del modo más absoluto posible, los vasectomizadores alemanes, a las órdenes del antisemitismo de Hitler, no se conforman con cortar el cordón espermático entre doble ligadura, sino que extirpan el cordón en una extensión de seis centímetros.

Estoy lejos de cerrarme a la lección de las críticas, y aun creo conveniente para el perfeccionamiento del método apadrinado por el clerical-



EL espectáculo que ofrece al observador el mundo de nuestros días no puede ser más inquietante. Rara vez fueron más brutales las relaciones entre los hombres. A través de milenios de luchas y sinsabores hemos ido restando violencia al combate por la vida y conquistando posiciones que aumentaban nuestras posibilidades. Todo en nosotros se ha superado. Y cuando las maravillas de la técnica moderna nos garantizan con mayores seguridades el disfrute de una situación estable, cómoda y de amplias perspectivas, un rebrote de la barbarie primitiva amenaza destruirlo todo y treditraernos a edades pretéritas borradas ya de la memoria humana.

El fenómeno toma carta de ciudadanía, digá-

lismo, ataques tan demoledores como el de Pierre Ramus.

No sabemos si Ramus combate las ideas o el método. Porque —como ya han tenido ocasión de leer los lectores de ESTUDIOS— los doctores Devraigne y Leguy demostraron ya la falsedad de las ideas, es decir la rotura del folículo de Graaf, y liberación del óvulo en una sola ocasión y en un determinado día del ciclo menstrual. Estos doctores notaron, sin embargo, la coincidencia de la existencia del tapón mucoso uterino con los días de fecundidad del ciclo menstrual, y dándole una base distinta a la de Knaus-Ogino, ratificaron la utilidad del método y la existencia del período de agenesia, fácil de comprobar por el reconocimiento con el espéculum.

La práctica experimental demuestra la existencia de los períodos de esterilidad, y si es cierto que las ideas de Knaus-Ogino-Smulders no eran exactas, por cuanto hay casos de ovulación múltiple y de ovulación anticipada o retardada, el método por ellos aconsejado es de aplicación y utilidad práctica, de acuerdo con la aclaración de Devraigne y Seguy y de acuerdo también con los datos experimentales de muchos otros autores.

Agradeceré a cuantos tengan alguna experiencia personal del método me comuniquen sus resultados, a fin de tener una más amplia información, para aleccionar con ella a quienes sientan vacilaciones o no hayan tenido ocasión de probar sus efectos. Y con el mismo desinterés que hoy lo recomiendo reconoceré mi error si la experiencia ajena o ulteriores estudios demostraran la realidad del engaño.

4. — Estudios

moslo así, durante el angustioso período de locura bélica que azotó al mundo de 1914-18.

Escala el primer plano en la situación anormal, generada por la guerra, pero no es engendrada por ella. Siempre hubo tipos de espiritualidad oscura que vivieran mirando hacia el pasado buscando en el pasado inspiración, y de las instituciones del pasado, enamorados. Estos tipos, nacidos con algunos siglos de retraso existieron en todas las épocas y también existían antes de 1914, aunque no se tomara muy en serio su adoración a un ayer remoto que se consideraba fenecido.

No se tomaba en serio a estos individuos, cuya ideología no lograba hacer ambiente. Pero estalla la guerra. El alto capitalismo, los magnates de la banca y de la industria armamentista desencadenan el conflicto que había de verter torrentes de sangre humana y de destruir una generación entera, persuadidos de que el oro se precipitaría a torrentadas en sus cajas de caudales. Entonces el tradicionalismo de esos intelectuales de espiritualidad cavernaria deja de ser un anacronismo para convertirse en realidad actuante. Los pueblos que no supieron o no pudieron oponerse a la brutal masacre, se encontraron de la noche a la mañana más apresados que nunca en el férreo engranaje del Estado. Lo anormal de la situación justifica que esa entidad abstracta suma en sí poderes extraordinarios. Interviene en todo y todo lo maneja. Con pretexto de la defensa nacional, se apodera de la industria y la controla, interviene en la distribución de lo producido, anula en el individuo todo lo que da fe de su personalidad. La patria en peligro exige los mayores sacrificios, y el Estado, representación de esa patria, robustece su autoridad de modo inusitado.

Puede asegurarse que durante los cincuenta meses de guerra, el fascismo imperó de hecho en los países beligerantes, aunque disimulando su brutalidad y su odio hacia la luz. Indudablemente, la estatolatría, que después había de imponer a rajatabla el fascismo, empieza entonces. El Estado fuerte, divinizado, gravitando sobre el individuo como una masa insoslayable, interviniendo en todo y no reconociendo a los pueblos ni el derecho a una crítica ponderada y serena, imperó durante ese período de pesadilla, que fué la iniciación de un sentido nuevo de la civilización de Occidente.

Claro que todavía no es el fascismo descarado con sus brutalidades, sus violencias, su cinismo y sus contradicciones. Pero es su germen. Los

cantores del principio de autoridad puro, de la atarquía, debían rebosar satisfacción.

Concluye la guerra. Se firma el Tratado de Versalles, y con el retorno a la normalidad se plantea un conflicto de gran envergadura.

La necesidad de producir a toda marcha, sin contar con los 157 millones de individuos que entre movilizados y empleados exclusivamente en las industrias de guerra quedarán excluidos del área de la producción útil, obliga al técnico a idear aplicaciones que multipliquen la capacidad productora economizando el esfuerzo humano. Se moderniza y perfecciona el utillaje de la industria. Se racionaliza el trabajo. Se industrializa la agricultura. Se obtienen asombrosos resultados en todos los órdenes de la producción, de la elaboración y del aprovechamiento de productos y de residuos de productos. La reincorporación de esa enorme masa de productores a las labores propias de los tiempos de paz debía producir un brusco desequilibrio en la balanza de la producción, y lo produjo. Apenas transcurridos los breves años llamados de reconstrucción económica de Europa, sobreviene la crisis. No hay empleo para tantos brazos ni mercados capaces de consumir los productos que puede elaborar la industria modernizada. Y lo más grave es que la crisis no tiene posible solución, no puede remontarse, dentro de las normas del sistema capitalista.

De otra parte, la desilusión que acompaña a la terminación de la guerra se traduce en una agitación sorda en todos los pueblos. Por todas partes se advierten fermentos revolucionarios. Estalla la revolución en los países centroeuropeos, como antes estallara en Rusia. Por doquier acarician los pueblos ensueños halagadores. Un soberbio impulso libertador se deja sentir y da pábulo a las mayores ilusiones. Parece que en el horizonte social despunta el claror sonrosado de la aurora de un nuevo día. En todos los rincones de la vieja Europa vibran las mismas inquietudes, se notan los mismos anhelos. Casi se toca con las manos la nueva sociedad que tantos espíritus generosos cantaran.

El legislador, amedrentado, acomete reformas que nada resuelven en esencia y que no acallan el creciente clamoreo ni detienen el ímpetu subversivo. El sistema capitalista se halla en un trance difícil. Su caída definitiva parece inminente e inevitable. Todo indica que los pueblos se disponen a dar un nuevo reajuste a la economía, a imprimir a la civilización nuevas directrices, a terminar con la injusticia encarnada en la explotación del hombre por el hombre.

Esta vez la orientación es certera. Los productores se encaminan derechamente a la posesión de los útiles de producción, persuadidos de que únicamente así se puede disfrutar una libertad verdadera y lograr que en la sociedad impere la equidad y la justicia.

A medida que crece en ese período la esperanza en el alma de los de abajo, centuplicando su ímpetu y su audacia, aumenta el miedo en las clases dirigentes. Sienten trepidar el suelo bajo sus plantas, experimentan la sensación neta de hallarse sobre un tremedal o sobre un banco de movediza arena y presienten con terror el vértigo de la caída.

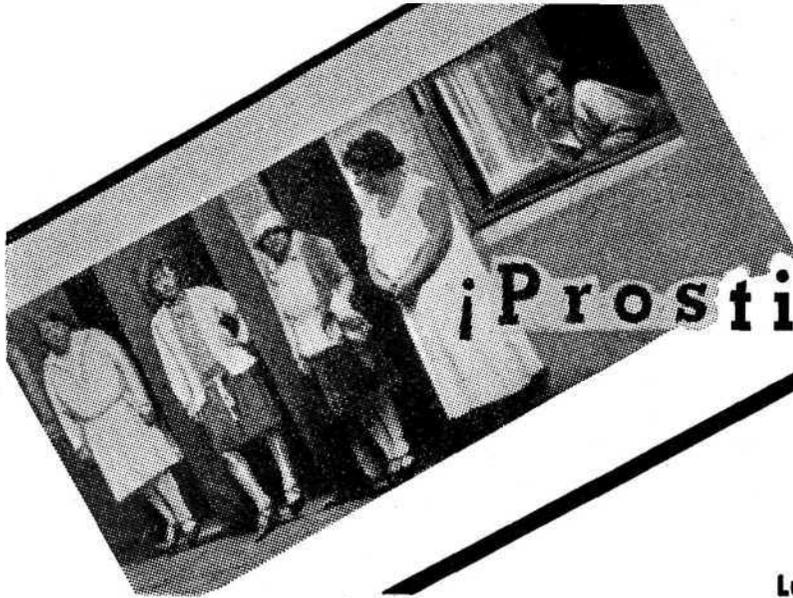
Desgraciadamente, al pueblo le sobran ímpetus, pero le falta organización. Algunas intento-

nas desdichadas descubren al capitalismo esta verdad. Para volar no basta tener alas. Se necesita también espacio. Para triunfar en una guerra de la envergadura y trascendencia de la guerra social, no es suficiente tener razón y poseer fuerza. Se precisa una organización adecuada para obtener y aprovechar la victoria. El pueblo no la tiene. Con certero instinto se ha dado cuenta de que debe tomar en sus manos las riendas de la economía. Pero donde, como en Italia, ha logrado casi sin violencias apoderarse de los útiles de trabajo, su falta de preparación para realizar un programa le ha obligado a rectificar. Se puede luchar contra ese coloso fuerte y cándido. Se puede. Y el capitalismo reacciona. Se organiza. Es preciso defenderse y atacar antes que el enemigo tenga tiempo de organizarse idóneamente. El instinto de conservación le estimula. El miedo le sirve de acicate. Tiene en sus manos el enorme poder ofensivo y defensivo del Estado moderno. Y si ha de caer, caerá en la brecha. El enemigo tendrá que ganar la batalla en las calles y sellar la victoria con la propia sangre.

En esos momentos, mientras el pueblo no logra orientarse y organizarse en la medida necesaria para tomar en sus manos la dirección de la sociedad y transformarla en un sentido de justicia, el capitalismo busca instrumentos que le defiendan. Se organizan los primeros fascios fuertemente subvencionados por él. Son las primeras fuerzas de choque que han de iniciar la ofensiva contra el mundo nuevo. Sus componentes son casi exclusivamente los que en los años de guerra han sentido rebrotar en sí con más vigor el fiero primitivismo que apenas disimulaba la tenue película de una cultura más superficial que profunda, más brillante que sólida. Al mismo tiempo se lucha contra la democracia, contra el parlamentarismo, contra todo lo que forma la médula del liberalismo burgués nacido al rescoldo de aquella gran hoguera que fué la Revolución francesa. Ese liberalismo que sirvió al capitalismo para desarrollarse mientras el Estado fué para él, al mismo tiempo que un defensor, un estorbo, ahora representa un peligro. Se hace necesario eliminarle. Crear un Estado totalitario en el cual el individuo no sea sino un instrumento pasivo, un ente sometido sin voluntad y sin pensamiento.

La bárbara cruzada contra cuanto significa cultura, fuerza creadora, inquietud generosa, estímulo de progreso, se inicia con todo descaro. Legiones de choque perfectamente equipadas y disciplinadas llevan a cabo expediciones punitivas. Se incendian bibliotecas, centros y cooperativas obreras. Se apuñala a los más activos militantes de las organizaciones proletarias. Se establece un régimen de terror, amparado por las autoridades y pagado por la burguesía. Es el fascio. El fascio, que cree poder contener el avance del progreso. El fascio, que cree matar las ideas progresivas rompiendo el cráneo de quienes las profesan. El fascio, que pretende resucitar en nuestro siglo lo más inaceptable del medioevo.

Lo doloroso es que el mal arraiga, gana cada día en extensión y en intensidad. Y aunque no salvará al capitalismo de su caída, hará más crueles sus últimos momentos de imperio y predominio y está produciendo un sufrimiento inútil, que sólo los pueblos alzados en masa pueden eliminar.



¡Prostitutas!

Luis Hernández Alfonso

Los escritores decadentistas —sin excluir, naturalmente, al gran Verlaine— han entonado cánticos en loor de esas desventuradas mujeres que esperan (en las oscuras calles y en los sordidos tabucos, unas, y en las lujosas e iluminadas salas de los cabarets o en perfumados salones, otras) la llegada del macho que, a cambio de la pasajera y mecánica posesión de su cuerpo, les entregue unas monedas con las cuales satisfacer sus necesidades perentorias y, alguna vez, sus caprichos. En torno a tan lamentable comercio —el que más hondamente hiere la dignidad humana— se alza una aureola de frivolidad falsa, mezclada con un fatalismo venenoso.

Poetizar algo denigrante, justificar como fuere un acto que es sintoma vivo de una terrible lacra social, es cometer un verdadero delito de lesa humanidad. Es preciso desvanecer esa leyenda dorada, rasgar los velos que nos ocultan la verdad; proceder, en suma, como el médico que pone al descubierto una llaga para cauterizarla. No se combate un mal ocultándolo. Hay que ahondar en él como el cirujano al desbridar una herida que tiende a cerrarse en falso.

Esto es lo que nos proponemos. Y al acometer la empresa, procuramos actuar de una manera objetiva, prescindiendo —en la medida posible— de nuestro personal criterio.

Distinción preliminar.—Refutemos, ante todo, un argumento que suele esgrimirse con frecuencia y que sirve no pocas veces para sembrar la confusión en torno a conductas incalificables. No se trata de parangonar la prostitución con la libre relación sexual. Aquélla y ésta no tienen ninguna semejanza. El doctor Díez Fernández ha sostenido —con razón evidente— que la castidad no es «abstención», sino «limpieza de móviles», impulso sano, ejercicio *normal* y franco de funciones lícitas de acuerdo con las normas de la Naturaleza.

La prostitución, por el contrario, es una subversión de las leyes naturales, una malversa-

ción de energías útiles. La prostituta no *utiliza* su sexo de un modo *natural*, es decir, para la satisfacción de las necesidades sexuales de su organismo, sino como instrumento o medio de ganar lo suficiente para satisfacer todas sus necesidades. Y no sólo se produce así el mal uso de sus órganos genitales, sino que, por la excitación que provoca en los hombres —medio de aumentar sus *clientes*—, hace que éstos realicen el acto sexual sin espontáneo deseo.

El amor libre es algo radical, fundamentalmente distinto. Dice el doctor Iwan Bloch que «el amor libre pondrá un freno mucho más duro al desordenado comercio carnal ilegítimo que el matrimonio, tal como está hoy constituido, y sobre todo, lo ennoblecerá». El ilustre doctor alemán alega, en apoyo de sus afirmaciones, argumentos de tal fuerza lógica, de tal evidencia, que no cabe refutación alguna.

Mas no es preciso aducirlos aquí para nuestro propósito. La prostitución carece de la cualidad fundamental del amor libre: el desinterés. No tiene espontaneidad, no es, en suma, *libre*, sino forzado: para la mujer, por la triste necesidad de *vender* caricias; para el hombre, por la no menos triste necesidad de *comprarlas*. Se dice que la prostitución es la consecuencia inevitable de la civilización. Falso. Falso y, además, inícuo. No es consecuencia de la civilización, sino de una aberración de ella, de una injusticia de ella; es producto de una organización económica que no sólo hace posible, sino *inevitable*, la transformación de las funciones sexuales en *negocio* o, simplemente, medio para ganar la vida.

Para examinar esta abominable y dolorosa plaga con la serenidad que un acertado juicio exige, debemos dejar bien aclaradas las diferencias entre ella y el amor libre; despojémonos de prejuicios, originados cuando no por un interés egoísta de los que disfrutaban de privilegios, por una lamentable confusión, favorecedora de la continuación de éstos.

En el amor libre, hombre y mujer se entregan.

por inclinación recíproca, sin coacción alguna, en cumplimiento de leyes naturales que, como todas las de igual fuente, son justas, limpias, verdaderamente *morales*. Del amor libre nace la felicidad.

La prostitución es, por parte de la mujer, la función sexual como *oficio*; por la del hombre, la mecánica satisfacción de una necesidad, como *recurso*. Ninguna relación que no sea mera y mezquinamente animal; sin sentimiento que la ennoblezca, sin espontaneidad. De la prostitución nace la dolencia, la degeneración, la desgracia.

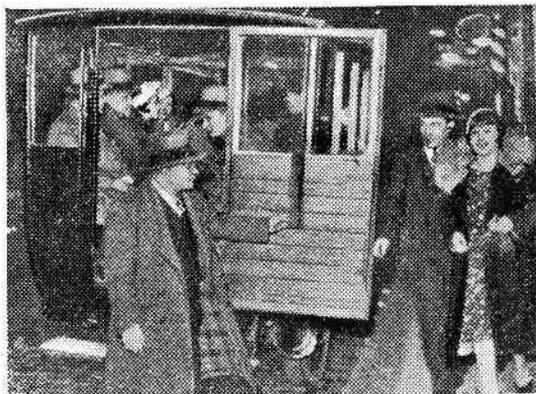
La sociedad burguesa y moigata que cuanta menos moral practica más alardea de ella, abomina de la prostitución mientras la produce, la fomenta y le rinde vasallaje. Los sesudos varones, espejo de *caballeridad*, que constituyen juntas de *moralidad*, suelen privadamente contribuir al aumento de la prostitución, mantienen queridas y se oponen abiertamente a todo cambio de la sociedad que entrañe el *peligro* de acomodarla a una ética *natural y efectiva*.

Las diatribas que contra las prostitutas lanzan no son, a fin de cuentas, sino un medio de disimular sus dispaciones y una injusticia más que añaden a las que pesan sobre su conciencia. Y a reacción —equivocada por su sentido— obedece esa *glorificación* a que se dedicaron los decadentistas; reacción que obedece a un principio de alto valor moral, pero que lleva a ensalzar esa plaga en lugar de conducir a combatirla de un modo realmente justo, esto es, suprimiendo sus causas, entre las que figura, con rigor extremado, la miseria con su cortejo de hambres, privaciones y vejámenes.

La prostitución y sus clases.—No es éste lugar para el maduro examen de definiciones ni disponemos del espacio preciso para trazar, por brevemente que fuera, un resumen histórico de la prostitución. Ocasión tendremos de exponer, con el necesario detalle, nuestro modo particular de entender el problema. Nos proponemos hoy hacer llegar a nuestros lectores diversos aspectos de la prostitución moderna. Mas como no nos guía el morboso afán de exhibir facetas *frívolas*, propias de revistas superficiales, muy respetuosas con el *orden social* establecido y con la *gazmoña moralidad* al uso, forzosamente hemos de indicar las fuentes actuales de la prostitución, las circunstancias que en ella concurren y



Muestrario de un burdel



La policía, en acción «moralizante»

las que rodean la vida de las desventuradas mujeres que la tienen como profesión.

No afirmaremos, como Pappritz, Blaschko, Keben y tantos otros ilustres investigadores, que la prostitución sea únicamente producto de circunstancias económicas; pero sí aceptaremos con Bloch que «nuestra vida sexual está tan íntimamente unida a la cuestión social, que su reforma implica irremisiblemente la de las circunstancias económicas». Es indiscutible que no pocas muchachas que trabajan por un jornal mísero ceden a las insinuaciones de quienes les ofrecen bien un suplemento de salario, bien una remuneración mucho más elevada, por algo que no es un trabajo propiamente dicho.

No creemos que nadie negue la existencia y la importancia de este comienzo de prostitución. Los moralistas a ultranza (?) fulminan anatemas contra «el vicio», el «afán de lujo» y la «pereza» de las jóvenes obreras que cambian la aguja por la *protección* de un *caballero* (a quien, dicho sea de paso, eximen de responsabilidad) que satisfaga sus necesidades. Basta recordar lo que, sobre esto, escribió Max Nordau en su célebre libro *Mentiras convencionales de la civilización* para encontrar la réplica adecuada.

En efecto: la sociedad burguesa, *moralísima*, cultivadora de las *buenas costumbres*, actúa en virtud de normas originalísimas. Si un casero, por ejemplo, no percibe de una mujer, inquilina de su finca, el alquiler estipulado, procederá a desahuciarla; mas si esa mujer, vendiéndose a cualquiera, le paga, la tratará con las máximas consideraciones. Eso sin perjuicio de abominar de la prostitución. Lo mismo hacen el panadero, el carnicero, el zapatero, etc.

Se le exige a la mujer virtuosa que padezca los rigores de la miseria, la privación permanente de lo superfluo y de lo necesario. Y, al mismo tiempo, se permite que la no virtuosa satisfaga sus necesidades y sus caprichos aunque para ello se prostituya. La sociedad quiere que las mujeres sean honestas; pero, al mismo tiempo, les impone la necesidad de que no lo sean cerrándoles todos los caminos menos ése.

Por todo ello hay prostitutas en diversas clases sociales: las hay en las altas cuando sienten la pasión de joyas, pieles costosas, autos; en las burguesas, ateniadas a sueldos o rentas insuficientes, y, con más razón, en las obreras que disfrutan de un salario mísero e inseguro. No son prostitutas únicamente las que hacen vida en los prostíbulos o las que aguardan por las

noches en las esquinas callejeras la llegada del hombre que ha de comprar sus favores. Lo son también las mujeres casadas que obtienen de sus amantes la solución de problemas económicos de su hogar; y las empleadas que, merced a esos actos, pueden vestirse con alguna comodidad; y las obreras que se aseguran mediante dádivas de amigos lo que precisan para el sustento.

Tan absurda es la vida social contemporánea, que no es raro el caso de un hombre que, conector de las dificultades pecuniarias de su casa y viendo que éstas se resuelven sin su intervención, descarga su furor contra su mujer si descubre infidelidades gracias a las cuales puede vivir la familia. Prostitución es, y de las más crueles, porque se realiza por la mujer en un terrible sacrificio.

Es cosa comprobada que infinidad de prostitutas proceden de las filas del servicio doméstico. Las criadas, asediadas constantemente por

el amo o por sus hijos, en la alternativa de aceptar sus proposiciones o perder la colocación, sucumben muchas veces; empezado el camino, es difícil detenerse en él. Si la falta se descubre, la señora despide a la sirvienta y, con ello, el orden queda restablecido y la moral se restituye al hogar. Abandonada a su suerte, embarazada tal vez, la criada ha de resolver su problema. La prostitución, pública, de mancebía o callejera, le brinda un «modus vivendi» al que suelen acogerse.

Suele clasificarse la prostitución en pública y clandestina: la primera es la de prostíbulos y la callejera; la segunda, la que ejercen mujeres que no están consideradas oficialmente como prostitutas (camareras, tanguistas, empleadas y obreras protegidas, señoras casadas que tienen varios amantes, etc., etc.). Es cosa comprobada por la experiencia que la mayor parte de las contaminaciones venéreas y sifilíticas proceden, en su mayoría, de la prostitución clandestina, no sujeta a la acción profiláctica oficial. En cambio, la prostitución pública tiene múltiples características que la hacen condenable.

La vida de las prostitutas.—La mujer que adopta como profesión el alquiler de su cuerpo ha de optar, dentro de la prostitución pública, entre la vida de mancebía y la independiente. En el primer caso es ignominiosamente explotada por la dueña del prostíbulo; hay ocasiones en que no existe otra retribución que la comida. Por eso las prostitutas prefieren dedicarse a su «trabajo» de manera libre, para no tener que abandonar a otra persona la mayor parte de lo que ganan.

La existencia en las mancebías tiene aspectos verdaderamente repugnantes. La humillación constante de las pupilas, obligadas a presentarse «en rueda» para que los clientes escojan la que más les agrade, se convierte en algo que, por lo repetido, llega a parecerles natural. La favorecida debe yacer con el que paga, joven o viejo, sereno o borracho, normal o anormal. Y, si no quiere verse precisada a marcharse de la casa, tiene que complacer al parroquiano satisfaciendo sus caprichos, practicando sus aberraciones.

Renunciamos a describir con mayor detalle las circunstancias en que se desenvuelve, con monotonía exasperante, la existencia de las infelices pupilas. Sus escasos ingresos se ven mercados por la compra de telas, perfumes y baratijas que les ofrecen los vendedores que, dando facilidades de pago, cobran sus mercancías con un recargo del cien por cien sobre el precio corriente.

De la situación de las pobres mujeres en esas casas puede formarse idea recordando lo que se supo en el célebre proceso de Regina Rielh, famosa dueña que, merced a la lenidad de la policía, no sólo retenía a sus pupilas contra la voluntad de las mismas, sino que las castigaba corporalmente y no les daba otro pago que la comida. Esto ocurría, no en lejanas épocas —como podría suponerse en pura lógica—, sino en 1906, esto es, hace apenas treinta años.

Cuando el cliente lo desea, la infeliz ha de pasar con él toda la noche, renunciando a descansar y soportando malos tratos e impertinencias. Así las mujeres que viven en casas de lenocinio envejecen y se ajan prematuramente. Ruedan de una mancebía a otra inferior hasta



Antes de ejercer el oficio, y dos años después

I. - Tiempos dorados: Los Dioses y el Hombre



Bajo los adintelados mármoles de Afrodita —hoy fríos y mudos testigos— el prepotente Zeus, bajo la apariencia de Cisne, consuma el coito divino con la diosa Leda. ¡Amor mitológico! Pero amor terreno, de materia y espíritu humanos en llama viva.

Los antiguos helenos hicieron la religión a su imagen y semejanza. Los diferentes Dioses y Diosas no eran más que justificaciones divinizadas de los anhelos y pasiones humanas.

Aun no pesaba el terrible «tabú» cristiano sobre la vida sexual de los hombres, y el coito carnal era un acto sencillo y grandioso de la vida, una maravilla vital a plena luz del día, como uno de tantos aspectos de la Naturaleza: Catarata, Amanecer, Maternidad, Tormenta, Amistad, AMOR...



A la caza del cliente

que, perdidos sus encantos, no son admitidas en ninguna.

Si se exceptúa la mayor ganancia, no es mucho mejor la suerte de las prostitutas callejeras. En cualquier época del año, con frío o calor, lluvia o nieve, ha de pasear su tedio por las callejuelas oscuras, desde el anochecer hasta que logra lo suficiente. Tiene muchas competidoras, tantas, que no pocas veces ha de retirarse de madrugada sin haber conseguido ganar para comer al día siguiente. Para evitarlo se esfuerza en conseguir como fuere al transeúnte, degradándose con aberraciones que sirven de aliciente a los hombres remisos. Ofertas que llegan a extremos insospechados.

Sin la higiene más elemental, efectuando el acto sexual con desconocidos, temprano o tarde sufrirá una contaminación luética que le impedirá seguir su triste oficio. Los efectos de estas enfermedades son bien conocidos aunque quizá no tanto como debieran. Diariamente vemos por ahí a verdaderas ruinas humanas que un año antes fueron mujeres jóvenes y atrayentes.

Y como la actual organización social es radicalmente injusta, las desventuradas que rodaron tan bajo ven pasar en lujosos automóviles a otras mujeres, tan prostitutas como ellas, pero que, con más suerte, han logrado adquirir pieles, joyas, acaso un hotelito o el mismo auto desde el que parecen desafiar la miseria ajena. Artistas que, lanzadas por un rico protector, utilizan el reclamo del escenario para vender sus caricias a buen precio; muchachas de buena familia que se sirvieron de sus relaciones sociales para buscar un amigo acomodado; señoras casadas que se prostituyen decentemente para satisfacer lujos que el sueldo o la renta del marido no pueden pagar; viudas que, teniendo pensión, con la que vivir humildemente, se ayudan tomando amantes que les proporcionan comodidades y caprichos...

Las mujeres de la calle ven cómo esas prostitutas viven sin apuros, sin la amenaza del hambre, sin el tormento del frío, rodeadas del inme-

recido respeto de los reverenciadores incondicionales del éxito. Moralmente son iguales todas. Pero el mundo sólo distingue dos clases de gentes: la que tiene dinero y la que carece de él. Por eso las de automóviles, pieles y hotel son señoras, y las que viven en prostibulos o esperan a los hombres en las esquinas, son mujeres.

Unas viven en casas cómodas, tienen criados, visten a la moda, frecuentan las salas de espectáculos, veranean en las playas de lujo. Para eso están las cuentas corrientes del marqués de A., del Banquero B. o del estadista C. Llegan incluso a ejercer decisiva influencia sobre los magnates de las finanzas y de la política. Si saben prever posibles contingencias, se aseguran un porvenir en previsión de una ruptura o un abandono.

Las otras viven al día, sin esperanza de un futuro mejor; al contrario, sólo pueden esperar, con el desgaste fisiológico inseparable de su oficio, una depreciación de sus gracias. Vendrá entonces, cuando no basten los afeites para disimular su avejentamiento prematuro, el lanzar sus ofertas al viandante desde las zonas de oscuridad, a las que no llegue la luz descubridora de rostros marchitos y cuerpos fofos. Vendrá, con esto, la necesidad de practicar aberraciones sucias y repugnantes, para brindar a los clientes algo que no suelen darles las jóvenes y lozanas, a quienes les basta con entregarse normalmente. Si por azar (ya que las fuentes de la maternidad se secan en las prostitutas, que han de yacer cinco o seis veces cada día con hombres diferentes) conciben un hijo, el problema se agudiza en términos terribles: ¿conservar el hijo, ejerciendo la prostitución? Las dificultades son insuperables. ¿Desprenderse de él, abandonándolo a la caridad oficial? Aunque madres involuntarias, son madres al fin y no son ajenas al sentimiento más puro que han encontrado en su vida dolorosa.

Serán siempre víctimas de quienes las prostituyen primero y las desprecian después, por ser prostitutas. Vivirán al margen de toda consideración social; sólo sabrán que hay leyes porque en nombre de ellas se las perseguirá, se les impondrán arrestos y multas. Los mismos que las buscan para desahogar en ellas sus apetitos, las desprecian un minuto después de satisfacerlos.

Sometidas a esa constante humillación, hartas de entregarse mecánicamente a cuantos paguen, buscan —y, por desgracia, encuentran— a un hombre con el que disfrutar del goce sexual, un hombre que puedan considerar como *suyo*. Ló-



La sociedad las fomenta y las castiga

gicamente, el que soporta la prostitución de su *novia* no suele ser un hombre de escrúpulos morales; es el aventurero, el maleante (ladrón, carterista, timador), el vago *profesional* que, conocedor de la necesidad que la prostituta siente de un rincón de afecto, de un poco de *amor* verdadero, se *deja querer*, cobrando al mejor precio posible *sus favores*.

El *novio* (es decir, el *chulo*) es, entre las prostitutas, una institución. Viven bien; ellas les pagan sus necesidades y sus vicios; beben, fuman, presumen... Y si no obtienen lo que estiman suficiente, menudean los golpes y, no pocas veces, relucen las navajas, y la sangre de las infelices salpican las paredes y empapan lechos de burdel. Estos crímenesseudopasionales, de asquerosa etiología, verdadera plaga en la vida de las grandes ciudades, son tan frecuentes que no necesitaremos recurrir a las estadísticas para que el lector comprenda su importancia como mal de la colectividad.

Evidentemente, con diferencias debidas a la distinta categoría social de los personajes del drama, el *chulo* se da en todos los casos de la prostitución. Rara es la mujer elegante prostituida que, para compensarse de su actividad sexual forzada, no tiene un «*amant du cœur*» (amante del corazón) como se les llama en Francia a los que disfrutan del amor verdadero de una dama que tiene otros. Con frecuencia un joven de buen porte, distinguido y mundano, posee las caricias... y el dinero que una mujer de buena sociedad obtiene de su marido y de otros amantes. En esos casos (que hasta aquí hay injusticia), el *chulo*, que no quiere comprometer su posición social, no suele maltratar a su amante ni provocar escándalos que derrocarían su inmediato prestigio de hombre digno. Tampoco faltan, en fin, los maridos que ejerzan funciones de *chulo*, permitiendo, cuando no provocando o favoreciendo, la prostitución de su esposa para disfrutar de los beneficios materiales que de tal modo se obtengan. Y también ocurre, a veces, que esos maridos, bien por un resurgimiento extemporáneo de su amor propio o por exacerbación de su egoísmo defraudado, maten a su mujer para vengarse de un *deshonor* en el que hasta aquel momento no habían reparado. Abundan también estos vulgares crímenes de flamenquería, disfrazados de *pasionales*.

Conclusión.—En burdeles, en cafés cantantes, en cabarets, en salones de té, en cafés (desde el modesto bar hasta el más lujoso establecimiento), en las calles de las ciudades populosas, las meretrices, públicas o disimuladas, buscan clientes. Desde la *lison* elegante y dorada hasta el brutal convenio de quince minutos, la prostitución constituye una plaga inmensa, que desmoraliza los espíritus y degenera y enferma los cuerpos. Millares de mujeres y no pocos hombres viven de ella. Se practique en casas de lenocinio, en casas de *citas*, hoteles o casas particulares que ceden «habitaciones discretas», pupilas, meretrices independientes, busconas, *cocottes* de alto vuelo y *demimondaines* devoradoras de fortunas, mantienen el bochornoso comercio de la prostitución. Adopta ésta, en la actualidad, formas variadísimas. Se anuncia en los diarios de peregrinas maneras: hay masajistas, manicuras y callistas que jamás conocieron las más elementales reglas de semejantes profesiones; señoras

casadas, viudas y huérfanas que solicitan *préstamos* o *protección* de caballeros *distinguidos* y *reservados*. Quién pide cooperación para montar un negocio; quién ofrece cuidados domésticos... quién, finalmente, se titula *bella mecanógrafa*, secretaria o profesora de idiomas.

La prostitución, opinan los más inteligentes y laboriosos investigadores, es causa de incontables desgracias. La experiencia de médicos, higienistas y legisladores ha demostrado elocuentemente que a ella puede atribuirse un elevado porcentaje de calamidades en la sociedad moderna y la casi totalidad de los padecimientos venéreos y sífilíticos, amén de abundantes casos de alcoholismo, epilepsia, locura, degeneración hereditaria y toxicomanía. Conduce frecuentemente a la inversión sexual y a otras aberraciones lamentables.

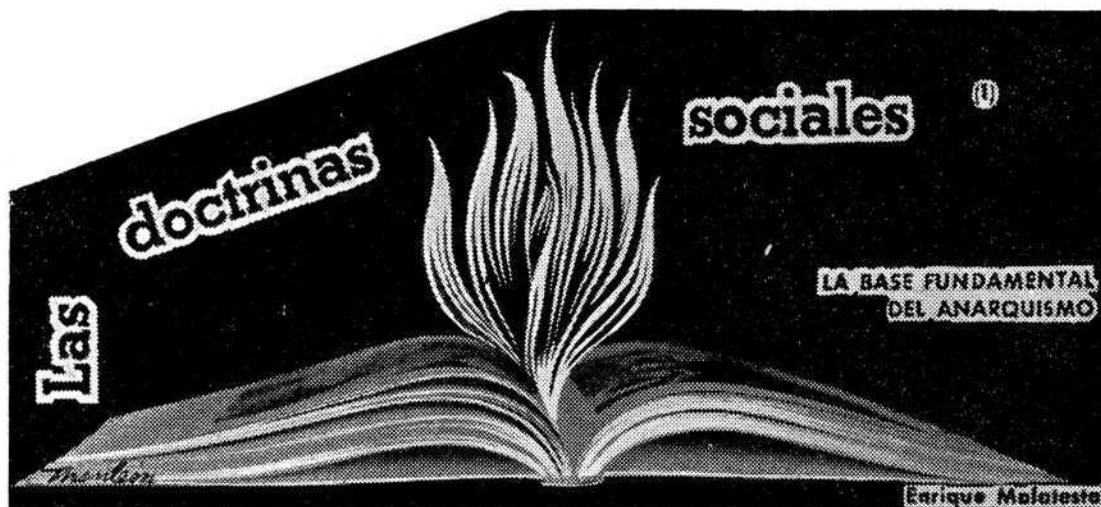
La vida de las prostitutas, exceptuando el escasísimo número de las que logran fortuna, es bastante inferior a la de muchos animales, puesto que ellos no han de someterse a prácticas contrarias a la Naturaleza. Lejos de mejorar su condición, las medidas policíacas adoptadas en múltiples lugares sólo han servido para empeorarlas, porque no van dirigidas contra la prostitución (considerada oficialmente como *necesaria*), sino contra las prostitutas. Las disposiciones no tienden a suprimir ese comercio carnal bochornoso; van encaminadas a restarles publicidad. Se hace con las mujeres públicas lo que con los mendigos: se las persigue; se las confina a determinados barrios; se las detiene cuando deambulan por las calles antes de la hora fijada. Pero no se combate la raíz del mal. Y esas persecuciones serían justas si la sociedad hubiera hecho *innecesaria* la prostitución.

Se han emprendido cruzadas internacionales contra el monstruoso negocio, también internacional, de la trata de blancas, proveedor de carne nueva de los prostíbulos, organización que recurre a todos los procedimientos para mantener sus actividades; se han ensayado diversos sistemas y se ha discutido extensamente si era mejor el de reglamentar o el de tolerar el ejercicio libre de la *profesión*. Nada se ha conseguido, porque no se cura una dolencia atacando sus síntomas, sino destruyendo su origen.

Hay, pues, que transformar hondamente la sociedad, facilitar las uniones normales y espontáneas, suprimir la miseria, la injusta desigualdad económica y de trato. Cuando esto se logre, la prostitución perderá su carácter actual; quedará, tal vez, como vicio, como aberración condenable, y podrán ya adoptarse contra ella, sin daño alguno de la justicia, las medidas más contundentes y rigurosas.

Mientras esto no suceda, los sesudos y *respectables* señores, fomentadores en privado y destructores en público de esa plaga, no pasarán de ser hipócritas comediantes que disimulan con injusticias secundarias otra mayor y más honda, a cuya perpretación contribuyen de no escasa manera.

Nuestra pluma no perseguirá a las desventuradas prostitutas, ni tampoco se moverá para contribuir a una glorificación que nos parece contraproducente y estúpida. Escribirá, sí, tanto como pueda, contra una organización social que, tras de inmolar a sus miembros más débiles, los fustiga y los desprecia.



A menudo solemos decir: «El anarquismo es la abolición del guardia», entendiendo por guardia toda la fuerza armada, toda fuerza material al servicio de un hombre o de una clase para constreñir a los demás a hacer aquello que no quieren hacer voluntariamente.

Ciertamente, aquella fórmula no da una idea ni siquiera aproximada de lo que se entiende por anarquía, que es sociedad fundada en el libre acuerdo, en la cual cada individuo puede conseguir el máximo desarrollo posible, material, moral e intelectual, y encuentra en la solidaridad social la garantía de su libertad y de su bienestar. La supresión de la constricción física no es suficiente para que el individuo adquiera la dignidad de hombre libre, aprenda a amar a sus semejantes, a respetar en ellos los derechos que quiera se le respeten a él, y se niegue a mandar y a ser mandado. Se puede ser esclavo voluntario por deficiencia moral y por falta de confianza en sí mismo, como se puede ser tiránico por maldad o por inconsciencia cuando no se tropieza con una resistencia adecuada. Pero esto no impide que la «abolición del guardia», es decir, la abolición de la violencia en las relaciones sociales, sea la base, la condición indispensable sin la cual la anarquía no puede florecer; más aún: ni puede concebirse.

Es como cuando decimos: «El socialismo es el pan para todos.» «Una cuestión de estómago», como dicen los adversarios con intención denigratoria.

No cabe duda que el socialismo es una cosa más vasta, más elevada que la simple cuestión alimenticia, que la exclusiva cuestión económica. Se puede haber satisfecho ampliamente todas las necesidades materiales sin por esto haberse transformado en socialista, como se puede ser socialista aun debatiéndose en las estreche-

ces de la miseria. Pero esto no impide que no pueda existir, que no se pueda concebir una sociedad socialista si la cuestión económica no se resuelve de modo que no sea ya posible la explotación del hombre por el hombre y no esté asegurada a todos una vida material decente.

Anarquía y socialismo son dos concepciones sublimes (para nosotros se confunden en una sola) que abarcan toda la vida humana y la empujan hacia las más altas idealidades, pero están condicionadas por dos necesidades fundamentales: la abolición del sable y la abolición del hambre.

Es un error y más a menudo una hipocresía de satisfechos, despreciar las necesidades materiales en nombre de las necesidades ideales. Las necesidades materiales son, no cabe duda, necesidades inferiores, pero su satisfacción es indispensable para que broten y se desarrollen las necesidades superiores: morales, éticas e intelectuales.

Nos valdremos de un ejemplo: un cuadro del Tiziano es una cosa excelente, extraordinariamente superior en el concepto humano a las tierras de color que servirían para pintarlo; pero sin aquellas humildes tierras el Tiziano no habría podido hacer sus cuadros. Una bella estatua vale para el placer estético infinitamente más que una tosca piedra; pero sin piedras no se hacen estatuas.

Por consiguiente, ante todo es necesario abolir el guardia, porque sólo cuando queda excluida la posibilidad de la violencia es cuando los hombres consiguen ponerse de acuerdo con un mínimo de injusticia y el máximo posible de satisfacción para cada uno.

Las necesidades, los gustos, los intereses y las aspiraciones de los hombres no son iguales y naturalmente armónicos; a menudo son opuestos y antagónicos. Por otra parte, la vida de cada uno está de tal modo condicionada por la de los demás, que sería imposible, aun cuando fuese conveniente, separarse de todos y vivir por completo al modo propio. La solidaridad social es un hecho al que nadie puede sustraerse; esta solidaridad puede ser consciente y libremente aceptada y, por consiguiente, obrar en beneficio

(1) Inauguramos hoy esta sección, por la que van a desfilar páginas clásicas sobre anarquismo, socialismo, comunismo, colectivismo, sindicalismo, etc., es decir, sobre todas las doctrinas sociales. Páginas, claro está, dispares entre sí, pero cuyo conjunto será, para el futuro, una fuente de información segura, difícil de tener a mano actualmente.

de todos, o impuesta por la fuerza, a sabiendas o no, y entonces se expresa en la sumisión de uno a otro, en la explotación de unos por parte de otros.

Mil problemas prácticos se presentan todos los días en la vida social, que pueden ser resueltos de diversos modos, pero no de varios modos a un mismo tiempo, y cada hombre puede preferir una u otra solución. Si uno, individuo o grupo, tiene la fuerza para imponer a los demás su propia voluntad, escogerá la solución que mejor convenga a sus intereses y a sus gustos, y los otros tendrán que someterse y sacrificarse. Pero si nadie tiene la posibilidad de obligar a los demás a hacer lo que no quieren, entonces, siempre que no sea posible o no se juzgue conveniente adoptar varias soluciones diversas, se llega necesariamente, por mutuas concesiones, al acuerdo que mejor conviene a todos y menos lesiona los intereses, los gustos y los deseos de cada cual. Nos lo enseña la historia, nos lo enseña la observación diaria de los hechos contemporáneos: allí donde no funciona la violencia todo se acomoda del mejor modo posible y a satisfacción de todos; pero donde interviene la violencia triunfa la injusticia, la opresión y la explotación.

Pero ¿es de creer que derribado el gobierno y abolido el Estado con todos sus instrumentos de violencia: ejército, policía, magistratura, cárceles, etc., no podrán las ventajas físicas, intelectuales, etc., imponer la propia voluntad por medio de la violencia? ¿Es de suponer que, efectuada la revolución en el sentido destructivo de la palabra, cada uno respetará los derechos de

los demás y aprenderá en seguida a considerar la violencia, ejercida o sufrida, como una cosa inmoral y vergonzosa? ¿No es más bien de temer que pronto los más fuertes, los más astutos, los más afortunados, que pueden ser también los más malos, los más afectados de tendencias antisociales, impongan la propia voluntad por medio de la fuerza, haciendo renacer el «guardia» bajo una u otra forma?

Nosotros no suponemos, no esperamos que el solo hecho de que la revolución haya derribado las autoridades presentes sea suficiente para transformar a los hombres, a todos los hombres, en seres verdaderamente sociales y para que quede destruido todo germen de autoritarismo.

No cabe duda de que durante largo tiempo se producirán violencias y por lo tanto injusticias y atropellos; pero si los violentos no pueden contar más que con sus propias fuerzas, prontamente les reducirá y hará entrar en razón la resistencia de los demás y su propio interés. El peligro grande que podría anular todos los beneficios de la revolución y hacer retroceder a la humanidad surge si los violentos consiguen utilizar la fuerza de los demás, la fuerza social en beneficio suyo, es decir, si logran constituirse en gobierno organizar el Estado. El guardia no es precisamente el violento, sino el instrumento ciego al servicio del violento.

Los anarquistas que luchan actualmente para destruir todos los órganos de violencia tendrán mañana la misión de impedir que éstos renazcan por obra y cuenta de viejos o nuevos dominadores.

Desahucie de su hogar las tonterías

¿Ha comprado usted ya el Bloc-Almanaque de ESTUDIOS?

Es el almanaque educativo, selecto, útil, que ha venido a sustituir al calendario rutinario, insustancial, perpetuador de la ignorancia y de la mentira.

Este bloc-almanaque constituía una necesidad de los tiempos modernos. Han quedado eliminados los santos, las ñoñeces y necedades, fomentadores de prejuicios. El Bloc-Almanaque de ESTUDIOS inserta cada día una efemérides digna de recordarse, y conocimientos útiles y páginas escogidas de literatura valiosa y selecta.

Ninguna persona amante del progreso y de la cultura dejará de adquirir el Bloc-Almanaque de ESTUDIOS.

Precio: UNA PESETA.



Dr. Eduardo Arias Vallejo

Si ponemos en la platina de un microscopio un óvulo o célula sexual femenina y una gota de esperma y observamos por su ocular lo que sucede, veremos como inmediatamente los espermatozoos o células masculinas existentes en esta gota se dirigen hacia el óvulo, el cual, a su vez, les saldrá a su encuentro. El primero en llegar a él hendirá su superficie. El óvulo se mostrará propicio a la unión y pronto se fusionarán las dos células en una sola como dos gotas de agua forman una mayor al juntarse. La fecundación se habrá realizado.

Es decir, que en la pequeña masa que supone la materia de estas dos células, masculina y femenina, de unos diez milímetros de tamaño, ya existe esa maravillosa energía, de naturaleza desconocida, que hemos de reconocer como origen de una gran parte de las acciones de los seres vivos, como fuente, en fin, de la vida misma.

Esta energía, al manifestarse en los animales y en el hombre, constituye el llamado «instinto sexual» o «libido».

La vida sexual de los animales es sencilla. Se reduce en la mayor parte de los casos a apariciones o intensificaciones periódicas de este instinto (épocas de celo), seguidas de su satisfacción por medio de la cópula.

Si recorremos la escala zoológica observamos que en los animales más inferiores no existe diferenciación de sexos, son asexuados, y su reproducción se verifica por partición de sus células o por autofecundación.

En los peces ya aparece una clara diferenciación sexual, pero la mayoría de ellos no realizan la cópula, fecundando el macho en el exterior los huevos puestos en gran número por la hembra. Esto ya nos revela una característica de la libido, que se ejerce no solamente como atracción por los individuos de sexo opuesto, sino también por sus productos.

Una variedad de los peces del orden de los condrosteos, los esturiones o sollos, nos ofrecen una demostración de la intensidad e importancia que adquiere en algunos casos este instinto. Estos animales nacen en las zonas altas, de aguas tranquilas, de determinados ríos de Alemania y Rusia. Al llegar a su edad adulta los machos se dejan llevar por la corriente hacia

parajes donde las aguas son más movidas y están más próximas al mar, mientras las hembras quedan en las zonas primeras, ya que en ellas les es mucho más fácil depositar sus huevos entre la vegetación de las orillas sin temor a que sean arrastrados por la corriente. Pues bien; una vez al año, en la época de su celo, los machos emprenden en bandadas el regreso hacia las hembras en un verdadero éxodo, pues además de marchar entonces en sentido opuesto al de las aguas les es preciso recorrer kilómetros y kilómetros y todo por unos días de contacto con las hembras, en los cuales verifican su cópula, para emprender después la vuelta a las zonas del río en las que han de permanecer el resto del año hasta la próxima época del celo (Véase a este respecto nuestro libro *La impotencia genital*.)

Los insectos también copulan, pero en algunas variedades de ellos (hormigas blancas, abejas) existen entre los seres con diferenciación sexual clara y delimitada otros asexuados que realizan los trabajos más duros para la subsistencia y defensa de la comunidad. A éstos se les conoce con los nombres de soldados u obreros, según la clase de labor que desempeñan.

Los reptiles ya practican el coito de una manera general, y desde esta clase de animales en adelante así sucede en todos, estando la cópula, y por tanto el instinto sexual, subordinados solamente a la aparición de las épocas de celo.

El mono y el hombre son los dos únicos seres que presentan el celo permanentemente y en los que por tanto la libido se ejerce de una manera continua.

En general podemos afirmar que el instinto sexual se realiza con arreglo a la ley biológica denominada «principio del placer». Cada ser vivo, al percibir las sensaciones externas o del medio ambiente, e internas o generadas en su propio organismo, las clasifica inmediatamente en dos grupos: placientes y displacientes, es decir, agradables y desagradables. Según este principio todas las acciones de los seres vivos pretenden realizar la sustitución de las sensaciones displacientes por las de signo opuesto o placientes. Por tanto, la libido, que sentida con intensidad constituye la «excitación sexual», que es una sensación displaciente, busca su satisfac-

ción en la cópula, en cuyo final se perciben verdaderas sensaciones de placer.

En realidad todos los instintos en general cumplen este principio. El hambre, la sed, el miedo, no son sino sensaciones displacientes, asimismo que, al satisfacerse por la ingestión de alimentos o de agua, la huida o la defensa, se convierten en sensaciones placientes.

Pero además de esto hay que considerar que los instintos tienen un fin que cumplir que es la conservación del individuo. Así el instinto del hambre obliga a satisfacer las necesidades alimenticias indispensables para la pervivencia del organismo. La sed igualmente incita al sujeto a beber y asegura de esta manera el aporte del agua necesaria para la vida. Los instintos de defensa, de huida, de acometividad, procuran alejar del individuo los peligros que le acechan.

El fin primordial del instinto sexual, aunque menos inmediato, más elevado, es el de la conservación de la especie. Sin la existencia de él la procreación y por consiguiente la continuación de una especie serían muy problemáticas, y posiblemente al cabo de cierto tiempo la vida se extinguiría.

El instinto sexual en los animales y en el hombre se produce de una manera absolutamente diferente.

En los animales, como ya hemos dicho, la sexualidad goza de una completa libertad y se produce con sencillez. Podemos esquematizarla en la siguiente forma: Instinto sexual = Excitación sexual = Cópula = Sensación placiente de satisfacción sexual. Esto es, una curva parabólica cuyo punto más alto radica en la cópula.

Pero en el hombre, por encima de la vida instintiva, la única que poseen los animales, existe la consciencia, actividad consciente o razón, parte principal de su personalidad. Por tanto un sencillo impulso instintivo, la libido en este caso, para convertirse en acción ha de atravesar necesariamente los estratos cerebrales en los que está alojada esa actividad mental. En este trayecto, sobre el primitivo impulso se ejerce una serie de censuras y procesos mentales que lo transforman o lo anulan.

Evidentemente, si los instintos se produjeran en el hombre con libertad, éste no se diferenciaría gran cosa de los animales. Es necesario, es imprescindible su perfecto control para que la vida sea bella y útil.

Pero este control, que teóricamente parece una cosa tan fácil, en la práctica se realiza en la mayor parte de los hombres en forma harto deficiente y anormal.

La vida moderna no es sino una sucesión continua de excitaciones a la sexualidad. El instinto

sexual del hombre de nuestros días se halla por tanto en una exacerbación constante. Y al mismo tiempo la censura de la actividad consciente de su personalidad se ejerce con fuerza sobre este instinto. Los prejuicios éticos, estéticos y religiosos pesan grandemente sobre el individuo. De lo cual nace una pugna entre instinto y censura, un verdadero choque de energías que en la mayoría de los casos no trae sino desequilibrio para el organismo que lo padece. Ello es causa de un sin fin de neurosis y de síntomas nerviosos más o menos importantes. El instinto tiende a liberarse de la fuerza que lo coerce, y al no poder hacerlo en una forma clara y definida lo realiza infiltrándose en otras actividades de la vida (arte, trabajo, religión, luchas sociales, relaciones familiares, etc.). Esto es causa de que algunos psicólogos, especialmente la escuela del profesor Freud, sustenten la idea de que la sexualidad podemos encontrarla si nos lo proponemos en todas las actividades del género humano. Evidentemente este pansexualismo es exagerado. Pero el hecho de que la libido imponga su tono a una gran parte de los actos vitales de la humanidad no puede tacharse de incierto. En sucesivos artículos iremos desgranando estas cuestiones y tratando de probar nuestros puntos de vista.

A los suscriptores

Un compañero entusiasta de ESTUDIOS, buen encuadernador, se ofrece a los suscriptores y lectores para encuadernar colecciones por años de la Revista, a los siguientes precios: Encuadernación económica, 3'50 pesetas tomo; encuadernación media, 4'50 pesetas tomo, y encuadernación de lujo, 10 pesetas tomo.

Al hacerse el encargo indíquese la encuadernación que se desee.

Los encargos a Juan Ull, calle Riego, núm. 27. Valencia. Teléfono 11055.

● ●

Nuestro amigo Lucas Agustín ofrece a los lectores de ESTUDIOS la obra *Historia Natural* (Historia de la Naturaleza), por K. Zimmermann, a los precios siguientes: Los 24 tomos, en rústica, que se venden a 3 pesetas cada tomo, por 48 pesetas. Encuadernada en tela, por 70 pesetas. Como dispone de muy pocos ejemplares, se advierte que los pedidos deben hacerse lo antes posible.

Dirección: Lucas Agustín. Puesto de periódicos, calle Chapa, 37. Grao-Valencia.

SPINOZA

Placer equivale a perfección.



Como es y cómo vemos a Etiopía

T. Cano Ruiz



ESTE alud de la guerra italoabisinia nos tiene ciegos. Bien es verdad que la «buena» y «mala» prensa nos viene cultivando el atruendo y nada más que el atruendo. Miremos nosotros la Etiopía verdad, sus condiciones, toda ella, con vista estudiosa y emotiva.

La Abisinia que no hemos visto.—Ver los mapas superficialmente es no ver nada. Y si algo hemos visto apuesto que sólo ha sido el teatro de la guerra, los lugares de combate, de los objetivos, de los asaltos y de las tomas. Cuando más, nos habremos admirado ante Hailé Selassié, con su caballo blanco —¡de guerrero!—, sus arreos militares —¡de emperador!!—, su casco erizado de hombre fiero, su bigote y su pelambreira...: «EL RETO DE ADDIS-ABEBA A ROMA.»

Y nos queda por ver y conocer la Etiopía auténtica, real, con todas sus manifestaciones naturales, con sus condiciones de pueblo, con sus bellezas y con su aire.

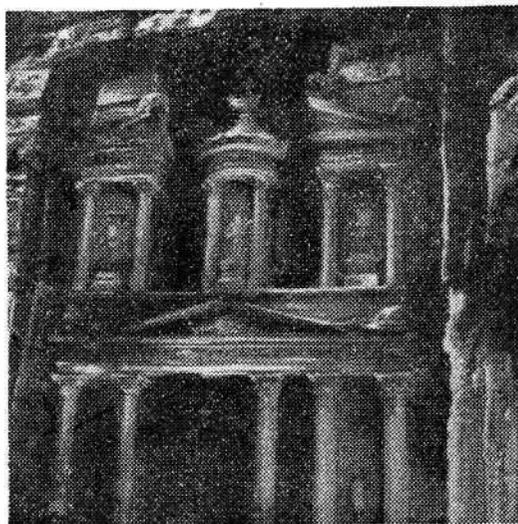
Y la Abisinia que vamos a ver.—Fijémonos en este pequeño gráfico penetrando la vista por sus comarcas. Las regiones que lo adornan están bellamente trazadas, con un positivismo, con una realidad admirable.

Primero, la capital: Addis-Abeba, con sus



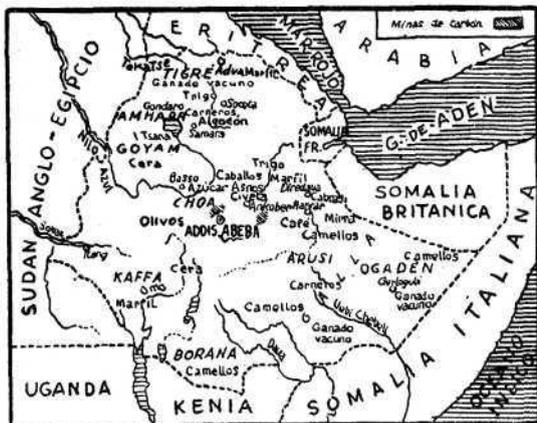
carbones que echan fuego..., que arden..., que quemán... Está rodeada de comarcas muy peculiares en productos diversos. Y las montañas la hacen inaccesible, colocando a esta «nueva flor» a 2.000 metros sobre el nivel del mar. Un bosque de eucaliptos se yergue en el mismo corazón de la ciudad. He aquí sus construcciones, unas modernas, europeas; otras clásicamente autóctonas; con 15.000 edificios y 150.000 habitantes, cuyas creencias religiosas son mutuamente respetadas.

Etiopía por dentro.—Hay una población labrada en roca viva y que señala a los tiempos, a las razas y a la humanidad una grandeza pretérita de las de mayor recordatorio. Ved Petra y su templo del Kazne, imponente obra arquitectónica que desafíalo todo.



Pero lo que más cautiva la atención del hombre moderno es el suelo y el subsuelo —la flora, la fauna y los yacimientos— de que está dotado el país de tanta y tan angustiosa contienda.

He aquí un pequeñito gráfico que nos demostrará las cualidades de que se ocupa todo el mundillo de los negocios—nada más que el mundillo de los negocios— y, por causas bien diferentes, de pura humanidad o de conocimientos, los que no seremos jamás —¡jamás!— mercaderes y tenemos nuestra emoción para todo lo humano, natural, útil y provechoso.



Tan pequeño mapa describe perfectamente la situación de las regiones o comarcas. Veámoslas, pues: Las del Tigré, Amhara y Goyam; las de Choa, de Kaffa y de Arusi; las de Borana y Ogaden. Veamos también cómo en cada región o comarca hay una producción, ora agrícola o agropecuaria, ora mineral o bien aurífera... Esos manchones que cercan al centro, en la capital, son ricos yacimientos de carbón... Y aquí está, lo que ladinamente dicen en Castilla, la madre del cordero.

Entre lobos...—También dicen en mi pueblo que entre lobos anda el cordero... Y venga bien o venga mal, el pueblo etiope es un corderito capaz de andar con lobos y entre lobos. De cómo está acorralado y de qué manera las potencias occidentales llamadas civilizadas (y grandes potencias) se disputan aquel territorio, nos habrá dado una magnífica idea este pequeño mapa que hemos tenido el gusto de reproducir a nuestros estudiosos lectores.

¿No sobran las explicaciones? Fijaos que todo son «SOMALIAS» y todo son Estados europeos que cercan aquello en bendito plan colonizador... Pero lo que no confiesan es que están allá, cercándolo materialmente, para apropiarse cuanta riqueza puedan y porque ambicionan

apoderarse de una de las mejores rutas quizá del tráfico, del comercio y todos los negociados de la India... (¡¡SIEMPRE LA INDIA!!!)

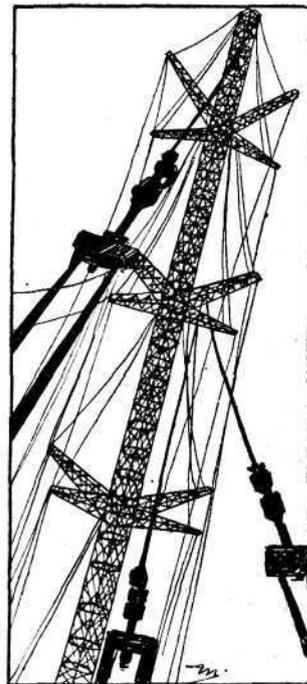
Y lo que no son esas Somalias de distinto cuán voraz adjetivo, es el Sudán Angloegipcio, ponga



por ejemplo, el Bajo Imperio Egipcio, etc., etc., que forman el correspondiente arco de la gran cuerda, de la inmensa tenaza que oprime a Etiopía.

La radio por encima de todo.—Nosotros no rechazaremos todo cuanto los «ballas» chicos y grandes dicen para detractar a Etiopía. Mas queremos terminar este reportajillo reproduciendo la fotografía de la radio de Addis-Abeba, con su torre archimonumental, con sus arcos señeros, con su poder maravilloso de captación, de expansión y de transmisión.

Estamos describiendo y vamos popularizando a este histórico pueblo, el mismo que Preste Juan, cuya leyenda de hidalgo guerrador circuló tanto por las riberas de nuestro Mediterráneo...



LEONARDO
DA VINCI

Cuanto más grande es el hombre, más profundo es su amor.

II. - Medievo: Amor en la ilegalidad



Destronizada y destrozada ya la humilde fraternidad de Cristo por tantos otros Mercaderes que reconquistan el Templo del Hijo del Hombre, la condición humana pasa a la ilegalidad con todo su bagaje de categorías: nuevas catacumbas de la Vida. Bajo el templo gótico que se estira hacia el cielo, como huyendo de la vida, vive el Dios terrible y tenebroso del Dogma..., pero también vive el Demonio.

Los tres «enemigos» del alma, Mundo, Demonio y Carne, son la pesadilla contradictoria de los hombres. Jamás ha estado el hombre más en brazos del Demonio que cuando creyó en él.

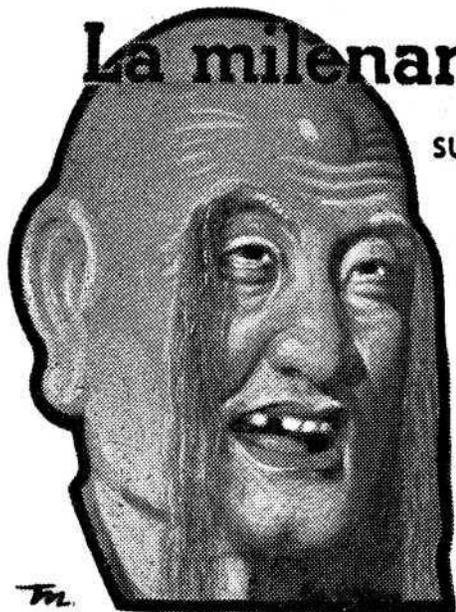
La ilegalidad fomenta lo prohibido, pero lo que tiene que esconderse en las tinieblas pierde la salud y la virtud del aire libre.

Los espasmos del coïto medieval están nublados por el horrible crepitar de las llamas del Infierno.

La milenaria civilización del

SU FILOSOFIA INSUPERABLE EN CUANTO A
ALCANCE ETICO Y BELLEZA

pueblo chino



龍

Julio Augusto Munárriz

LA China forma una vasta República, con unos cuatrocientos millones de habitantes. El origen de su civilización se pierde en la oscuridad de los tiempos. Tan sólo puede afirmarse que es una nación antiquísima y que, ya desde la más remota antigüedad, el saber se consideraba entre los chinos como un alto honor. Aunque tuvo épocas de imperialismo, en las que el monarca era un verdadero déspota, no cayó nunca bajo el yugo militar que se estableciera en el resto del Asia e ignoró siempre la profunda división de castas que forma la base de la civilización hindú. Por ello, a pesar de la enorme miseria que azotó constantemente a aquel pueblo, si se le compara con las comarcas que le rodean puede considerársele como un pueblo dichoso, feliz.

Algunos historiadores afirman que tres mil años antes de J. C. los chinos habían verificado ya notables adelantos en la ciencia matemática. La astronomía formaba parte integrante de las ceremonias religiosas, e incluso entre las costumbres del pueblo estaba difundida la afición a esta Ciencia.

No es fácil que la astronomía china sea copia de la de otros pueblos antiguos, puesto que en tanto que los egipcios referían los movimientos del sol a la eclíptica —que es el círculo que describe la tierra en su movimiento alrededor del sol—, los chinos relacionaban el citado movimiento, así como el de la luna y los planetas, con el Ecuador. Chen-Kung, hermano del emperador chino Vu-Huang, calculó la oblicuidad de la eclíptica 1.100 años antes de J. C. Cinco siglos antes de la Era Cristiana fijaron también los chinos el movimiento de varios cometas, anticipándose con ello a todos los demás pueblos. En los primeros años de la era vulgar publicó un Tratado de Astronomía, que contenía el estudio de los eclipses, solsticios, etc., y en el año 461, el ilustre astrónomo Tsu-Chang calculó la duración del año en 365 días y una fracción aproximada,

valor mucho más exacto que el de los griegos y árabes y casi idéntico al de Copérnico. La astronomía continuó progresando enormemente hasta que, en el siglo XIII, el sabio astrónomo Cochen-King, procediendo con mayor exactitud y mejores métodos a la medición del año solar, halló como valor para la misma el tiempo aceptado en la actualidad. A estas épocas de esplendor y grandeza científica siguió otra de decadencia en la que incluso estuvieron a punto de perder los conocimientos adquiridos.

Es evidente que los chinos conocían la fabricación del papel y de la porcelana desde tiempos remotísimos. Se asegura que fueron ellos los que enseñaron a producirlo a los habitantes de Arabia, quienes, a su vez, trasladaron sus conocimientos a los occidentales. Igualmente se calcula que hace más de dos mil años que los chinos conocían la imprenta, invento que en Europa se realizó en el año 1440 de nuestra era. No vamos a ser prolijos en la enumeración de cuantos datos nos transmite la Historia acerca de país tan extenso y vario, cubierto de fabulosas riquezas naturales, ni transcribiremos tampoco las noticias que se apoyan en la tradición y las leyendas; tan sólo consignaremos algunos datos que parecen de innegable autenticidad y que creemos han de ser útiles al lector. El sistema decimal de medidas fué establecido en la China por el emperador Huang-Ti, en el siglo XXVII antes de Jesucristo. Para ello tomó diez gramos de mijo, con los que formó la «línea»; diez líneas formaban una «pulgada»; diez pulgadas, un «pie», y así sucesivamente. Durante el reinado de este monarca construyéronse vehículos, barcos, etc.; se acuñó moneda, empezó la explotación de las minas, edificáronse templos y erigiéronse monumentos de los que quedan todavía algunos en pie. Asevérase igualmente que Huang-Ti enseñó la Aritmética y Geometría y el ciclo lunisolar de diecinueve años, el cual hasta 2.300 años más tarde no fué conocido en Grecia. Ha sido posible

reunir un caudal tan enorme y antiguo de datos porque desde tiempo inmemorial existió en China la costumbre de anotar los hechos escribiendo libros que, al principio, eran de finas hojas de bambú, después de albisimas telas, y, finalmente, de papel. Se creó un cuerpo especial que cuida de que se consignen diariamente los hechos más importantes y los sucesos históricos más destacados. Entre las bibliotecas chinas que mayor número de volúmenes encierran y cuyos textos datan de más antiguo merecen destacar el Hanli-Yuan, en Pekin, y la Biblioteca y Escuela de Medicina de Nan-King, verdaderos receptáculos y guardadores fieles del saber y la Historia del pueblo chino.

Al igual que todos aquellos pueblos cuya civilización dejó huella profunda e imborrable en la historia, China perpetuó el recuerdo de su grandeza, dinamismo y sapiencia en monumentos de verdadero valor arquitectónico, algunos de los cuales han desaparecido a causa de las frecuentes guerras y sublevaciones que conmocionaron aquel país. Así como Egipto legó a la posteridad sus pirámides ingentes, que son monumentos religiosos que consagran la soberbia de los faraones, y Roma perpetuó en sus arcos y templos la sangrienta memoria de sus acciones guerreras y el torpe fanatismo de sus muchedumbres ignaras, China ha dejado monumentos de utilidad práctica, de objetivos tan nobles como la propia defensa, el desarrollo de las comunicaciones y la conservación de la ciencia. Entre los principales monumentos merecen especial mención los templos de Tsing-Hai-Tseu y el Pao-ngen-tsé o «templo del reconocimiento», así como las diez maravillosas puertas que constituyen los únicos huecos practicados en la Gran Muralla.

Dicha muralla, la mayor del mundo, mide 3.000 kilómetros de longitud por 40 pies de altura y 17 de espesor, y es considerada como un prodigio de fortificación. Fué construída con objeto de contener las incursiones de las tribus nómadas, y comenzaron sus obras el año 303 antes de J. C. La idea de tan magna defensa fué concebida por Vu-Ling, príncipe de la dinastía de los Tchao, bajo cuya dirección se construyó el tramo que va desde los confines de Pe-tchi-li hasta Hoang-Ho. Según explican los *Anales* continuó luego la construcción Liao-Tung hasta la provincia de Chenx-si. Más tarde, los príncipes de Thsin, hacia los años 251-209 antes de la Era Cristiana, continuáronla desde Ling-tao-fu hasta la primera entrada del Hoang-ho en China. Chi-Hoang-Ti, perteneciente a la misma dinastía, hizo completar y juntar estas tres murallas, lo cual fué causa de que algunos historiadores le atribuyeran la construcción de toda la Gran Muralla. Doscientos años duró la construcción de esta obra grandiosa que empieza al Este de Pekin por un macizo elevado en el mar. Está terraplenada y construída de ladrillo en toda la provincia de Pe-tchi-li y en las de Chansi, Chensii y Kan-son, siendo sólo de tierra en la mayor parte de su circuito. Está muy bien pavimentada y su anchura permite que discurran holgadamente por ella seis jinetes de fondo. De trecho en trecho tiene las puertas mencionadas defendidas con torres o bastiones. A pesar de lo monumental e imponente de tal construcción, los chinos no pudieron evitar las

invasiones de los turcos, de los mongoles ni de los manchúes, aunque sí lograron contener las incursiones de las tribus vecinas.

Otra obra de idéntica magnitud y cuya eficacia fué mucho más efectiva, en el Gran Canal, que forma una vía navegable que va desde Cantón a Pekín, recorriendo una superficie longitudinal de 2.700 kilómetros. Por lo general los nativos le llaman Yun-ho (río de transporte), porque el primer objetivo que motivó su construcción fué facilitar el transporte de cereales y demás productos que como tributo recibía el emperador. La construcción de este canal comenzó bajo la dinastía de los Hañ, en el siglo I de nuestra era. Pero debido a que los soberanos que ocuparon sucesivamente el trono imperial cambiaron de residencia creando otras capitales, hubieron de reformarse en distintas ocasiones los planos primitivos, prolongando en otros sentidos el curso del canal. El primero en construirse fué el tramo central, siguiéndole después el meridional hasta finalizar con el septentrional hacia Pekín. Forman el canal, en su mayor parte, ríos canalizados rectificadlos y reunidos por cruces artificiales, provistos de presas y azudes. Los occidentales no llegamos a comprender el alcance y posibilidad de tamañas empresas, cuyos resultados perduran a través de las edades con monumentos que son aún la admiración de la ciencia. El canal hállase atravesado por un sinnúmero de puentes, los cuales constan de tres, de cinco y de más arcos, con la particularidad de que el central tiene mayor elevación que los laterales a fin de dejar libre paso a las embarcaciones sin que tengan que bajar los mástiles.

Muy poco nos dice la Historia respecto a las creencias primitivas de la China. Nada se sabe, pues, en concreto acerca de las máximas religiosas que profesan en sus primeros tiempos, ni de los cultos que practicaron sus primeros pobladores. Únicamente se tienen noticias de las prédicas de Fo-Hi, que parece fué el primero en dar cuerpo a una religión organizada en el Celeste Imperio.

Fo-Hi, que vivió hacia el año 2950 antes de Jesucristo, es el primer organizador religioso de que nos hablan los *Anales* chinos. Según todas las probabilidades fué miembro del Consejo de los Dioses residente en la India y un iniciado de dicha secta, enamorado de las enseñanzas de Ram y de Cristna. Deseoso, como Zoroastro, de dar nacimiento a un pueblo que pudiera conservar y difundir los tesoros místicos que encerraba su alma y los conocimientos científicos adquiridos por la iniciación y el estudio, decidió pacificar y reunir a las tribus amarillas que más allá de los confines del Himalaya vagaban por las estepas, a fin de fundar un vasto imperio que fuese el fiel guardador de la herencia de sabiduría que le transmitieran los antepasados.

Así fué como, bajo el impulso creador de Fo-Hi nació un gran pueblo, constituido a imagen y semejanza de remoto Imperio de Ram, según la versión verosímil de Marc Saunier. El ideal que animara a este pueblo fué el culto a los antepasados, y su suprema adoración, la Ciencia. A los iniciados se les llamó «letrados», denominación que perdura todavía, y celebraban sus reuniones en un Colegio Sagrado, cuya misión consistía en dictar reglas morales y compulsar

el poder ejecutivo de los emperadores. Sobreco- gidos los chinos por el verbo avasallador y arre- batado de Fo-Hi, cuyas prédicas comenzaron a surtir efecto en ambas riberas del río Amarillo, aceptaron sus doctrinas que, en breve lapso de tiempo, reunieron un crecido número de adeptos. Enseñaba Fo-Hi una Trinidad nueva en la que se confundían todos los demás dioses, y reveló a sus seguidores que «Tai-Ieki», o sea lo universal, se manifestaba por medio de «Yn», que representa a la mujer, la pasividad, y «Yank», que es la figuración del hombre, del dinamismo, y cuya consecuencia era «Pan-Ku», el Hijo, es decir, la creación... Al igual que Cris- tina, añadió a esta primera Trinidad otra secun- daria que la formaban «Tien-Hoang», «Gin- Hoang» y «Ti-Hoang». El mediador entre «Tai-Ieki» o manifestación universal y el hom- bre debía ser el culto a «Gin-Hoang», o sea el desarrollo y cultivo del Alma humana, la cual era la única que podía unir el Cielo con la Tie- rra, la Luz con las Tinieblas.

Con ello Fo-Hi intentaba desenvolver en su pueblo la cultura sentimental del corazón, de- mostrando que si éste era capaz de escuchar a los espíritus (ideas) emanados de «Tsin-Hoang», que representaba la inteligencia, llegaría a la felicidad completa, mientras que si se plegaba a someterse al dominio de los hijos de «Ti-Hoang», que significa el deseo, condenábase irremisible- mente al suplicio horrendo de sentirse devorado por la inquietud, que le atormentaría como picotazos de pájaros de presa, hasta dejarle ex- haustos corazón e inteligencia. Estas enseñanzas merecieron el respeto de los chinos inteligentes y sitibundos de fraternidad, quienes resolvieron constituir en el seno de aquel vasto conglome- rado una especie de fortaleza de la Ciencia y de la Mística simbólica. Conscientes del gran valor ético de aquellas concepciones llamaron a su secta «Sociedad Celeste», denominación que luego se extendió a todo el pueblo chino. El símbolo que les distinguía y que representaba su aspiración no fué el Sol en campo azul, como sucediera con los secuaces de Ram, sino la pá- lida Luna que había constituido ya motivo de adoración por parte de sus padres. Esta Socie- dad fué la depositaria de los conocimientos cien- tíficos, astronómicos y literarios de Oriente y desarrolló su cometido con marcada impasibili- dad con relación al resto de la humanidad, en un aislamiento deseado y tenaz. Replegada so- bre sí misma, como una sensitiva a la que el contacto con los vientos molestase, consideró a los demás hombres como seres impuros a los que era necesario alejar. El foísmo, bajo la di- rección de su fundador, instituyó el matrimonio a imagen de la pirámide de Ram, uniendo al hombre y a la mujer por medio del loto de amor, confundiéndoles en un mismo plano en el que el hijo pudiera sonreír como una síntesis carnal de sus almas. Así quedaba creada la Tri- nidad terrestre, simbolizada en principio por la celestial. Formábase así un puro triángulo de amor, reflejo terrestre de la pirámide ultrate- rrena. Pero la familia no quedaba resumida aún en el ternario del hogar, puesto que para cons- tituir la pirámide precisábanse otros triángu- los... La generación presente no era más que una de las cuatro caras de la construcción, fal- taban por tanto las otras tres, triángulos tam-

bién, que expresaban sus cualidades en el pa- sado, en el presente y en el futuro. En esta con- cepción se basa el culto a los antepasados, tan difundido y respetado en la China. Guardar su memoria, rendirles homenaje, presentar su con- ducta inmaculada como ejemplo a los niños, eran los principales asientos de tal culto. De esta forma el pensamiento de los seres fenecidos se- ría cosa sagrada y viviría perennemente en los descendientes, hasta tal punto, que cada gene- ración, respetuosa para con el pretérito, dejaría de encarnar el orgullo del presente y se con- tentaría añadiendo unas páginas a la Historia. Único sistema que podía hacer perpetuar la tra- dición a través de las edades en el tabernáculo purísimo del niño, haciendo vibrar su alma al ritmo de las angustias y de los goces sentidos por aquellos que, con paciente y denodado es- fuerzo, prepararon su advenimiento y desarrollo intelectual.

Para Fo-Hi el hijo era la oración de carne que los esposos elevaban al futuro. Para él la vida constituía el don más preciado. Por lo tanto, debía respetarse tanto en el hombre como en todos los animales y plantas que le fueran úti- les. Era indispensable evitar que el alma multi- color de la Naturaleza se sintiese brutalmente herida. Por ello abolió la pena de muerte —que más tarde instituyeron nuevamente los domina- dores mongoles— y la caza mortífera y cons- tante que, al perseguir sin descanso a los ani- males inofensivos, llenaba de silencio sepulcral las hojas rumorosas de los árboles. A este efecto declaró sagrados una porción de animales, por- que eran los alimentadores de la raza humana y debían respetarse.

Todos los lugares en donde la vida se mani- festaba bellamente, por dondequiera hubiese algo que invitase al ensueño y a la meditación; en todas partes donde el hombre se sintiese pe- netrado de bienhechora y sedante quietud, de- claróse que eran sitios sagrados, a fin de que el ser ignorante no destruyera torpemente su be- lleza en un acto sacrilego de incompreensión. De esta suerte esperaba Fo-Hi inculcar en el espí- ritu popular el respeto a la vida e inducirle a adorarla hasta en sus más insignificantes ma- nifestaciones y en sus obras más imperfectas. Para habituarle a semejante idea decretó que era obligación del ser humano dirigir todas las mañanas una oración a la vida con el fin de agradecerle sus dones. Al propio tiempo, seme- jante plegaria era, a la vez, un estimulante y reparador, pues, al ser una fuerza emanada de la inteligencia, un a modo de ritmo volitivo, po- día neutralizar otras fuerzas contrarias, vivifi- cando de tal modo la voluntad que la hiciese firme e invencible.

Las bellezas de esta concepción filosófica-religiosa debieron influir beneficiosamente en las costumbres y la mentalidad del pueblo chino, aunque, luego, por efecto de las invasiones, de- generara este culto, adulterándose con aporta- ciones de menos profundidad y elegancia. Los anales chinos confirman la época en que viviera Fo-Hi y la de sus inmediatos sucesores como una verdadera Edad de Oro en la que la Sabi- duría floreció con esplendor y llegaron a su más alto grado todas las ciencias.



FALERES, al entrar en el despacho del contraalmirante, saludó, y después de una muda bienvenida sentóse cerca de la mesa ministro de resplandecientes molduras. Por las ventanas, a espaldas de su jefe, veía toda la rada, los grandes acorazados flotando en el agua, las puntas de las grandes velas y el horizonte, dilatado hasta el infinito. Sus ojos de soñador vagaron en la claridad esplendorosa del cielo marino; a la izquierda, los aparejos de un buque de tres palos le produjeron una sensación del pasado, de las navegaciones antiguas, largas y peligrosas, gobernadas por el viento.

La voz del contraalmirante, que le hablaba, interrumpió sus pensamientos. Díjole aquél:

—Querido joven, le he llamado para despedarle la cabeza.

—¿De veras, señor contraalmirante?

—Sí; soy amigo de su padre, le conozco a usted desde niño y me intereso por usted. Claro que esto no será una razón, ni mucho menos, para que yo pueda ser severo. Pero antes de ir más lejos quiero que me dé cuenta de las causas que pueda haber para las quejas que se han formulado contra usted.

Colocó sobre sus labios la punta de un cortapapeles y, mirando fijamente al marino, añadió:

—El comandante Raimundo de Morales, con quien ha hecho usted la travesía del Pacífico en la «Juno», está descontento de usted. No es que no le estime como muy atento y buen oficial; no es que no reconozca las cualidades de ener-

gía moral y física que le adornan; pero se queja de las singularidades de su carácter y, lo que es más grave, de una casi negativa de obediencia de la que se ha hecho usted culpable.

Faleres contestó tranquilamente:

—Ya sé; se trata del asunto de las Marquesas.

Al ver su tranquilidad, el contraalmirante se enojó.

—Precisamente; y yo no tomo la cosa con tanta tranquilidad como parece la toma usted. Veamos: el 25 de septiembre fué usted enviado, con un bote y seis hombres, a reconocer un grupo de islotes dependientes del archipiélago de las Marquesas, islotes que hasta ahora no han sido visitados ni, por consiguiente, descritos; usted ha dado cuenta detallada de la misión que se le confió; usted ha presentado notas topográficas excelentes; usted escribió una información que ha sido insertada en la *Gaceta*... Pero he aquí que gracias a las habladurías de los marinos que le acompañaban, se ha sabido que en el curso de ese viaje de exploración ha descubierto usted una isla que no ha indicado en ninguna carta marina; hacen los hombres que le acompañaban relatos mágicos de la riqueza de esa isla, exaltan la belleza y la dulzura de los indígenas, la abundancia de todo en que viven... Interrogado usted, contesta con subterfugios. La autoridad se enfada; se cruza correspondencia entre la comisaría y la «Juno» y todo el mundo está de acuerdo en que es de suma urgencia hacer conocer a aquel pueblo las ventajas de la civiliza-

ción. Se trata de establecer el plan catastral de las nuevas posesiones e importa que el territorio de la isla esté comprendido en él; naturalmente, se dirigen a usted para pedirle que exponga el sitio exacto de la isla, y se choca con la más inexplicable mala voluntad por su parte: afirma usted no haber anotado la posición de la isla; desmiente usted los relatos de los marineros sobre su riqueza y su población; se le destina a usted para conducir allí una expedición, porque sólo usted ha podido reconocer las corrientes del archipiélago y marcar sus notas indispensables para guiarse en ese laberinto, y pretexta usted una enfermedad y luego solicita una licencia. El comandante Raimundo de Morales no me ha ocultado que iba a dirigir con este motivo una información al ministro de Marina; entretanto, conociendo el interés que tengo por usted, me ha rogado que le hable y que exija de usted una justificación de su conducta; espero esta justificación; sepa usted que estoy dispuesto a escucharle favorablemente pero a juzgarle con severidad si sus explicaciones no me satisfacen.

Faleres levantó sus ojos soñadores, fijos hasta entonces en la inmensidad de la bóveda grisácea del cielo, y dijo, como escuchando una voz interior:

—Señor contraalmirante, voy a exponerle la verdad, toda la verdad. Júzgueme usted, después, como quiera. Partí, en efecto, el 25 de septiembre con un bote que, aunque aparejado, por razón de las corrientes que reinan en las islas, marchó casi siempre a remo. Vi algunas tierras en donde la noción de los europeos había penetrado. Los salvajes que las habitan están en un estado de barbarie espantosa: la embriaguez, el juego, el robo, las pasiones más odiosas y más viles les dominan despóticamente. Aquellos salvajes dominados por los jefes armados de viejas armas debidas a nuestra largueza, no tienen otro consuelo y otro recurso que el alcohol horriblemente adulterado que les ha sido vendido por los negociantes ingleses. En algunas conversaciones que pude tener con los indígenas, me enterneció un nombre que pronunciaban con pesar, como el de una patria perdida o un bien al que hubieran tenido que renunciar. Algunos me mostraron el Oeste, con gesto vago y desolado, repitiendo: «Hawaiki, Hawaiki.» En maorí esta palabra significa: «El país de la abundancia.» La información que yo perseguía se hacía bastante difícil; no había manera de obtener ningún dato preciso. Por fin, gracias a algunos litros de ron, conocí, por un viejo jefe, la existencia al Oeste de una tierra que ellos consideraban como su lugar de origen. Una noche, con gran misterio —porque el viejo jefe estaba bautizado y era cristiano—, me mostró el promontorio sagrado de donde *los dioses habían descendido*: los dioses venían del Oeste con las hordas salvajes, de la tierra bendita de la abundancia: «Hawaiki, Hwaiki.» Resuelto a entrar la isla perdida, me puse a la vela con una brisa larga que nos condujo rápidamente a alta mar. No habíamos corrido aún cuatro horas cuando las olas iban ya a romperse sobre una arenosa playa. A medida que avanzábamos, los perfumes nos acogían, frescos y ligeros como caricias; la verdura de las selvas se extendía sobre la superficie de las olas; ruidos armoniosos encantaban nuestros oídos; y cuando ancla-

mos, salió mucha gente de entre los árboles a recibirnos cantando y bailando. Pasé allí los ocho días más dulces y más nobles de mi vida. La isla venturosa, Hawaiki, la tierra alimenticia, aquella cuyo recuerdo está fijo en la memoria de los indígenas de las islas cercanas, es un paraíso de delicias. Los frutos de los árboles y de la tierra, nacidos sin cultivo; los peces, que llegan a la misma ribera; algunos animales, a los que matan, a decir verdad, muy raramente, bastan a la alimentación de los habitantes, sin que jamás puedan ni siquiera concebir la idea de un trabajo obligado, la necesidad de un esfuerzo fatigoso. No necesitan hacer partes entre ellos, porque viven en la abundancia; por tanto, todo es de todos. Pero si este hecho de absoluta comunidad existe, ninguna ley lo impone: ningún principio formulado los constriñe ni los induce a error, ninguna idea de justicia ni de injusticia les envilece. Señor contraalmirante, he encontrado *el pueblo de la felicidad*. ¡Y se quiere que yo me haga el asesino de esa dicha! ¡Que revele la posición exacta de la isla que la casualidad me ha hecho descubrir! Mañana se enviará un comisario de marina con un recaudador de contribuciones... Pasado mañana..., los indígenas, en lugar de levantar los brazos negligentemente para coger el fruto que sacia y refrigerar a la vez, serían sumergidos en las profundidades de la tierra para arrancar el oro —los ancianos me han dicho que la montaña lo encierra— y tener un pedazo de pan; en lugar de vivir en el ocio y en la comunidad, conocerían el trabajo y el afrentoso sentimiento de la propiedad... Y yo sería el demonio que destruiría aquel Edén, yo renovaré el atentado mitológico... No, señor contraalmirante; ¡aun cuando mi carrera y mi porvenir dependan de eso, no lo haré!

El contraalmirante levantó los hombros y dijo:

—Es usted irrazonable, mi pobre amigo. Pienso usted en sus sentimientos religiosos, en esos sentimientos en los que ha sido educado. Aquellos desgraciados están todavía en las tinieblas del error, sumergidos, sin duda, en el fetichismo más grosero. Para defender a los individuos de males imaginarios, contribuirá usted a perder irrevocablemente sus almas.

Faleres murmuró:

—Adoran un ídolo de piedra, más ancho que alto, ornado en la base de misteriosas y lindas esculturas; otro es como una pizarra sobre la cual se sacrifican flores. Su religión es simple, admirable, encantadora: el sol, la luna, divinos esposos cuyo lecho es el mar; sus hijos, el conjunto de estrellas. Se duerme, se muere; la muerte es el fin de la vida, como la noche es el fin del día. El despertar es el alba. Hay algunos que piensan; otros no piensan nada.

—Alferez —interrumpió el contraalmirante—, he sido demasiado complaciente escuchando sus infantiles palabras. ¿Quiere usted obedecer las órdenes de sus superiores y revelar el sitio exacto de la isla, o no quiere?

—Señor contraalmirante, tengo el honor de presentarle mi dimisión.



Reivindicación de dos filosofías vituperadas

EL PENSAMIENTO DE SOCRATES A TRAVES
DE LOS CINICOS Y LOS EPICUREOS

S. Velasco

EN la escuela cínica descuellan, entre otros, Antístenes, que vivía por los años 380 antes de nuestra era, y, como es sabido, fué el fundador de esta escuela innovadora. Adoptó de Sócrates el principio de que la virtud es el bien supremo para el hombre; propugnó que la virtud consiste en una absoluta independencia de las cosas exteriores. De aquí el menosprecio hacia todo lo que pueda menoscabarla, y el desdén, no sólo de los placeres y de la reputación, sino hasta de los usos que sanciona el trato social. Las teorías científicas calificábalas de sutilezas inútiles bajo todos los conceptos. Refiérese que de resultados de haber oído a Sócrates, dijo a los discípulos a quienes hasta entonces había explicado retórica: «Buscad maestro, que yo he encontrado ya el mío.»

Es realmente difícilísimo reconstruir sin errores el pensamiento de Antístenes, puesto que sus ideas han llegado a nosotros a través de referencias de sus adversarios. Pero gracias a las versiones de Diógenes Laercio sabemos que los cínicos profesaban el más absoluto agnosticismo en cuanto a metafísica. Para ellos la ética era tan sólo un método de vida que no podía ser enseñado más que por el ejemplo, pero extremaron de tal modo su crítica de la civilización que, en algunos casos, lejos de captar adeptos inspiraron antipatía. Sin embargo, su doctrina era un canto a la Naturaleza y a la vida libre, un verdadero poema de la existencia basada en la sublime máxima socrática. Tanto por lo acerbo y duro de las críticas de Antístenes, como por ser bastardo y haber enseñado sus doctrinas en el «cinosargo», así como por el desprecio que sentía hacia el pudor, sus contemporáneos le llamaron «el perro», de cuyo apelativo —*kuon, kunos, kynos*, en griego— deriva el nombre de la secta que fundara.

Diógenes, natural de Sinope y nacido hacia fines del siglo V antes de J. C., fué discípulo de Antístenes, uno de los predilectos. Quiso reducir la Filosofía a la práctica de las acciones que

conducen a una vida dichosa, que consiste, a lo que enseña, en acostumbrarse a vivir con lo absolutamente necesario; pero llegó a tal extremo de exageración el principio adoptado por Sócrates acerca de la sencillez de la vida, que adquirió reputación de maníaco, de extremoso. Fué, sin embargo, un pensador que tuvo la arrogancia de la modestia y la gallardía de ostentar sin rebozo alguno sus convicciones. Fué un gran artista de su propia vida, y a cuantos le interrogaban, decía: «Opongo a la fortuna el valor; a las leyes, la Naturaleza, y a las pasiones, la razón.» Para Diógenes el verdadero filósofo era el hombre que sabía despreocuparse de las leyes, ser indiferente ante los accidentes externos y dominar sus pasiones. Quizá por este estricto sentido de la filosofía «natural» reprochó a Antístenes algunas debilidades, con todo y haber vivido el fundador del cinismo de manera sencilla y humilde. Diógenes declaróse abiertamente ateo y se burlaba de la religión, hasta el punto de decir a un sacerdote que le estaba loando los goces de la vida ultraterrena: «Bien, ¿y qué aguardas para irte al otro mundo?»

Fué un propagandista incansable de su doctrina y constantemente realizaba actos que venían a ser unas a modo de parábolas vivientes, por lo cual adquirió tanta celebridad que fué el hombre más famoso de su tiempo al par que el cínico más vehemente y el discípulo más fiel de Antístenes. Nada dejó escrito. En cambio, Crates de Tebas, también adscrito al cinismo, fué el poeta de la secta y compuso unos versos admirables acerca del «zurrón»; fueron cínicos célebres, además, Mónimo, Onesícrito, Metrocles, Menipo, Menodemos y Peregrino.

Las doctrinas de los cínicos y de los Cirenaicos pueden reputarse como corolarios opuestos de las enseñanzas socráticas, si bien las modificaron en no pocos respectos, puesto que el amor a la virtud y el menosprecio de los placeres, que inculcaba el hijo de Sofronisco, no eran el cinismo de Diógenes, y, menos aún, la voluptuosidad.

sidad de Aristipo. Usando uno y otro el método del maestro llegaron a conclusiones muy distantes de las que aquél había señalado.

De esta suerte, la influencia del pensamiento socrático se percibe tanto en sus más leales discípulos como en aquellos que, siguiendo el método por aquél establecido, hubieron de desviarse de su doctrina.

El epicurismo, sin embargo, al armonizar estas dos tendencias, logró realizar una síntesis que, indudablemente, Sócrates habría aprobado.

Epicuro nació en Samos el año 341 antes de nuestra era; aficionado desde su juventud a las disquisiciones, oyó a los discípulos de Platón y de Demócrito si bien dió preferencia a estos últimos. Según Epicuro, el fin de la cultura es la felicidad. Al bien moral absoluto que preconizara Platón, sustituye el bienestar individual; y, como el hombre sólo puede conseguir la dicha por el recto uso de su razón que le enseña a liberarse de los males de la vida y a anhelar los placeres que la hacen agradable y alegre, dió suma importancia a la parte de su doctrina que contiene los principios de aquella facultad privilegiada.

Existen, según el filósofo de Samos, en la inteligencia humana, las sensaciones y las anticipaciones. Aquéllas traen origen de las emanaciones de los cuerpos que más tarde combinanse con los órganos de los sentidos; éstas son las sensaciones generalizadas, las cuales, haciendo al hombre capaz de raciocinar, constituyen la diferencia esencial que distingue de los brutos. Como las anticipaciones, así denominadas porque constituyen el punto de donde arranca el raciocinio, no son más que el resultado de la acción del entendimiento en las sensaciones, se sigue que éstas constituyen el origen de todos los conocimientos. El error: no está en las sensaciones, porque emergen de la acción de la Naturaleza y no de la del hombre: encuéntrase en las anticipaciones, que son obra exclusivamente de la inteligencia de ésta, por lo que debe compararlas siempre con los elementos de que ha hecho uso para formarlas. Las causas del dolor son: internas y externas. Las externas provienen del mundo material y de la sociedad; así, la Filosofía ha de enseñar conocerse uno a sí mismo —de acuerdo con la recomendación de Sócrates— y a conocer también los principios constitutivos de las cosas para adaptarlos a la propia conservación y a los placeres del individuo. Asimismo ha de estudiar las normas y leyes de la sociedad a fin de no quebrantarlas y atraer sobre sí las consecuencias de su infracción. Cífranse todos los anhelos en el alcanzar la felicidad; desaparecen, por lo tanto, las aflicciones que producen las luchas de la ley moral y del deleite, puesto que todo consiste en el cálculo que mejor conduce al fin apetecido. El hombre ha de perdurar sin entregarse a los excesos que pudieran menoscabar su salud o hacerle perder la tranquilidad del alma.

Adoptó Epicuro la hipótesis de Demócrito, sustentando que los cuerpos constan de átomos indivisibles y eternos; pero, además del movimiento en línea recta que el primero les atribuyera, supuso otro movimiento en línea oblicua, por medio del cual, agitándose en todos sentidos y uniéndose unas veces y separándose

otras, habían llegado a formar los cuerpos y a producir los fenómenos del Universo. El alma es de materia más sutil que el cuerpo; pero están unidos ambos tan estrechamente, que la disolución del cuerpo trae consigo la del alma. La condición inexcusable de la felicidad es el ateísmo; de suerte que lo que dice acerca del bienestar de los dioses ha de considerarse como una a modo de condescendencia de su parte a las preocupaciones del vulgo, toda vez que sus divinidades ni han creado el mundo ni se cuidan de los destinos humanos.

El móvil que indujo a los hombres, que comenzaron a vivir errantes, a reunirse en sociedad, es la utilidad, para aumentar así los bienes de que hasta entonces habían disfrutado y apartar de sí los males que les aquejaban. Como quiera que el pacto social sólo descansa en el interés del individuo, se disuelve después que desaparece el provecho de conservarlo. Queda, pues, excluida la idea de la justicia absoluta. Epicuro, aunque difiere, en su doctrina, de Platón y de los demás discípulos de Sócrates, hubo de seguir la ruta de éste, sustituyendo las especulaciones predominantemente teóricas por un objetivo práctico. Todas sus doctrinas encamiñanse a la moral. Pero la confusión de la idea de justicia con la de interés en los observadores superficiales hace que las consecuencias de su sistema, mal interpretado, hayan sido consideradas como nocivas a la virtud del individuo y a la moralidad de los seres.

La mayor gloria de Epicuro, al decir del insigne Han Ryner, cuya tesis compartimos, fué, en primer lugar, la independencia de ideas que manifestó, permaneciendo a una altura que los librepensadores modernos no han podido alcanzar, puesto que éstos, al rechazar los dogmas, veneran, sin embargo, nuevos ídolos; se inclinan ante las afirmaciones de la ciencia o frente a los postulados de un ideario social cualquiera. Epicuro utiliza la ciencia, pero sin esclavizarse a ella, y entre las distintas hipótesis que explican un fenómeno se contenta con estudiarlas todas sin mostrar preferencia por ninguna. La única afirmación de Epicuro en este respecto era la de que todo efecto tenía causas naturales, por las que no debe inquietarse el hombre. Su posición ante la muerte resumíase en esta sublime frase citada por Han Ryner: «La muerte no concierne al vivo ni al difunto; en tanto existo, ella carece de realidad; cuando la muerte se entroniza, yo dejo de existir.»

Su teoría del placer constituye una verdadera obra maestra que algunos discípulos infieles y ávidos, especialmente los romanos, deformaron y afearon con prácticas innobles. Para Epicuro la esencia del placer era la pureza, y su principio, el desprecio del dolor, que podía ser aniquilado con el recuerdo poético de aquellos placeres pretéritos que fueron saboreados normalmente. Todo el arte tenue y transparente de Epicuro, su concepto de la sabiduría y de la ética resúmese en aquella admirable distinción entre los placeres, a los que calificaba de «necesarios», tal el comer y beber; «indiferentes», como el deseo de variedad, y de «despreciables», como la apetencia de gloria y honores. Esta división genial basta para elevar a Epicuro al pináculo de la sabiduría y es el mentis más rotundo para aquellos que la vituperan.

Del niño y de su educación actual



Mauricio Pujo

No conocéis al niño; os contentáis con verle a través de la *Bibliothèque Rose*. Me parece que todos los pedagogos, todos los poetas y todos los novelistas han conspirado para daros de él una idea convencional que no puede ser más falsa. ¿Cuándo surgirá el escritor bastante poderoso para recordar su infancia, bastante sincero para enseñaros el alma del niño con sus alegrías y sus dolores, sus pasiones de amor o de odio, toda su vida moral, casi tan complicada y generalmente más intensa que la vida tan descolorida por el ocio y el aburrimiento que encontramos en la juventud y en la edad madura? No habéis tomado al niño en serio. Vuestra sociedad no le reserva su sitio, y no ha visto que en él, bajo su incompreensión, sus rudezas y sus sonrisas, murieron muchas cosas nacientes o, para vivir, tuvieron que rebelarse y sufrir. Para vosotros no ha sido más que una cosa hasta que, pasados algunos años, le permitisteis ser hombre.

Entretanto, le dejasteis crecer lejos de vosotros, generalmente en uno de esos establecimientos comunes donde se enseña a todos las mismas ciencias, el mismo latín y hasta los mismos principios morales, enseñanza que debía devolverlo a vuestro mundo semejante a una máquina, dispuesto a realizar su función de tal. No habéis pensado que necesitaba algo más que el afecto egoísta y frívolo que le concedéis; que el alma que podía nacer en él tenía necesidad de ser comprendida y sostenida y que para ayudarla a florecer necesitaba mucho más respeto

y amor. Le habéis privado de la educación, que no debe ser una esclavitud del niño, sino que es, por el contrario, el cuidado y la protección que debe dársele a fin de que logre él mismo hacer destacar su libertad y su humanidad. Si recuerda haber conocido este cuidado y esta protección asociará tal recuerdo con el de aquellos lejanos tiempos de las caricias maternas. Porque el amor estuvo con él en los comienzos de su vida, y para hacérselo olvidar se necesitarán largas residencias entre los maestros a quienes lo entregáis, después de esas separaciones de las que no comprendisteis las lágrimas, la tristeza infinita, los presentimientos... Entonces tendrá que renunciar a la vida moral o crearse sólo en el sufrimiento, andando a tientas en un mundo cuyo sol le velasteis, con el corazón cerrado a la confianza, chocando e hiriéndose contra las cosas con la desesperación de sentir las o de comprenderlas e irguiéndose contra ellas, refractario y dolorido.

Le abandonasteis bajo los plátanos de un gran patio, en el crepúsculo de un día de entrada, en una casa de educación que vosotros escogisteis laica o religiosa según vuestras opiniones políticas. Allí conoció la vida, tal vez un poco menos hipócrita, pero en cambio un poco más brutal que la que vosotros lleváis entre los hombres. Le pusisteis allí en medio de sus semejantes pensando que con su contacto obtendría la primera experiencia. Porque parece como si supierais que prepararéis hombres para entrar en un mundo malo, y esa «experiencia» que deben

adquirir es para vosotros el objetivo verdadero, y la educación no es otra cosa que el arte de desilusionar. No os engañasteis, y para conseguir ese objetivo no hay medio mejor ni más seguro que el internado, que es la forma más común, al mismo tiempo que la más lógica de la educación actual. En los pensionados el niño aprende la vida al modo de los que arrojan al agua para que aprendan a nadar: la mayor parte se ahogan y los que logran salir a flote llegan a la playa extenuados.

Allí conoció la lucha, ley suprema de la sociedad infantil como de la sociedad humana, y desde la primera hora tuvo que tomar sitio en ella. Allí ha podido ver el triunfo de la fuerza material sobre la fuerza intelectual o moral, la gloria y el respeto que prodigan a la primera y la reprobación que parece inherente a la segunda, y el ridículo y el desprecio con que sería acogida si intentara aparecer en las relaciones entre los camaradas, aunque sólo fuese para demostrar un poco de generosidad o de compasión, y la vergüenza que la obliga a ocultarse y la relega al aburrimiento de las cosas y de las clases. Allí ha visto la victoria de los fuertes sobre los débiles, aceptada como la cosa más natural del mundo, junto con las pequeñas maldades particulares desarrollándose libremente y ejerciéndose como si fueran derechos. Allí ha podido ver también la maldad colectiva, esas atmósferas de crueldad que amotinan contra una misma víctima a la multitud de pequeños seres que se vuelven feroces y espantosos por el solo hecho de encontrarse reunidos, por esa ley de imitación que parecen sufrir fatalmente y hacia la cual vosotros les conducís al condenarles a buscar la unión con su ambiente. Esta ley la encontraréis en todas partes en el mundo infantil, pero jamás ejerciéndose en torno de un acto inteligente o abnegado, porque aquí es donde los espíritus se aíslan al elevarse. En cambio la veréis aprobando y legislando las palabras más groseras y los actos más brutales, con sus tumultos y sus sonrisas. Habéis vuelto odiosa y repugnante la risa del niño.

Allí ha visto sobre todo el monstruoso envilecimiento de los débiles ante los fuertes, la veneración que reina alrededor de los más malos, las bajezas que se arrastran a su lado, que les acompañan para aplaudir sus maldades y para burlarse de sus víctimas. Habrá visto a camaradas que se esforzaron para reducirse a ser lacayos o bufones a fin de conseguir una sonrisa de sus torturadores, mientras éstos, habituándose a su actitud, repitiendo sin alegría las mismas palabras estúpidas, los mismos gestos crueles, reídos adulonamente, no parecen los menos indignos de lástima en semejante infierno. Allí ha visto a los mismos profesores dejarle sin otra defensa material y moral que los castigos y los encierros, o no interviniendo sino para consagrar el derecho de la fuerza y del número, a veces sumándose a ellos para aplastar al que no quiso someterse, sin darse cuenta de que una palabra, una sola sonrisa suya, podía violar más dolorosamente, más irremediablemente que todos los sufrimientos materiales, el virgen sentimiento de justicia en el frágil corazón del niño.

Desgraciado de él si no nació esclavo, si se niega a aceptar este orden de cosas y a tomar

parte en ellas, si no quiere ser opresor u oprimido según sea su fuerza o su habilidad, porque entonces escoge el dolor en el dintel de la vida, y con este dolor tendrá que hacer todo el duro camino de los primeros años; es la guerra emprendida con sus solas fuerzas contra todo un mundo que se vuelve furioso contra él. En el patio, durante las horas febriles del recreo, tendrá que hacer frente, acorralado contra la pared, a un semicírculo de caras burlonas y malignas. Esto significará, para el refractario, las rebeldías impotentes y sin auxilio, los llamamientos desolados a una justicia imposible, las indignaciones que laten vanamente en las venas, que palpitan en el pecho hasta hacerle estallar; serían las noches en vela llenas de lágrimas, y los sueños insensatos de liberación o de venganza, el desarrollo demasiado precoz y demasiado violento de una imaginación donde se refugiarán, como si fuese el único país libre y suave, todas sus esperanzas, todos sus pensamientos y todos sus sentimientos, consumando tempranamente el divorcio de su vida interior con la vida real que se agita en torno suyo.

Pero entonces necesitará poseer un alma bastante fuerte para soportar sin debilidad esta contradicción ante el mundo exterior. Y su alma necesitará acumular mucho desprecio, cada día más en aumento, a medida que avance, para protegerse a cada instante, para renunciar a obrar y a exteriorizarse, si no quiere volver a tener que encerrarse más dolorida y más lastimada que antes. Necesitará tener un alma bastante rica para no sufrir con su aislamiento, para que no se ciegue el tesoro de sus quimeras y poder conservarlas hasta mejores días en que pueda realizarlas. Tendrá que proteger su inteligencia contra el vértigo que la tienta ante un mundo incomprensible. Tendrá que proteger su corazón contra la sequedad del orgullo en el que habrá tenido que amurallar su personalidad para ponerla a salvo.

Pero tiene asimismo necesidad de toda su altivez; le precisará erguirse cada vez más. Durante los días nebulosos del décimotercer año, su corazón tal vez despertó; fué sin duda durante las vacaciones cuando tuvo uno de esos sueños tan dulces de amor infantil que llenan la vida de esperanzas desconocidas y en el que el alma puede quedar purificada y a salvo para toda una adolescencia. ¡Y cómo os burlasteis entonces de él, complaciéndoos en hacer que se sonrojara, en hacer que se avergonzara de sus sentimientos como si fueran cosas anormales que es necesario ocultar! ¡Con qué ligereza os reísteis de sus alegrías y de sus tristezas, sin pensar que jugabais con un corazón, cándido e inexperto sin duda, pero muy real y capaz de sentirse herido! Al lado de aquel corazón que sufría, pusisteis vosotros la brutal ironía cuando precisamente requería mucho tacto, mucha bondad y acaso consuelo, llevando el desconcierto a aquel espíritu que estaba despertando, haciendo pensar, sobre la voluntad que tanteaba un esfuerzo, todo un mundo que iba a disolverla o quebrantarla. Parece como si adrede se hubiese conspirado para que en el alba de la vida moral encontrara en las cosas que le rodean una invitación a no nacer.

Y si supisteis cerrar aquel corazón, nada hicisteis para detener los sentidos. ¡Que el niño

vuelva al colegio, ya que en él tiene que aprender a vivir! Sí, ya conocerá la vida, tendrá toda su ciencia completa antes de que se la dé el instinto. Pero de cómo sea este aprendizaje, su espíritu conservará la mancha perennemente. Que haga provisión de aseo para defender su alma y su cuerpo, porque la corrupción le acechará. Confusamente al principio, la entreverá susurrando y agitándose en la sombra, pero luego el misterio correrá su velo poco a poco y la verá claramente en todas partes alrededor suyo. Verá el vicio no como si fuese una excepción, sino como una ley general y fatal, puesto que la castidad en las comunidades infantiles es casi tan rara como la virginidad entre los hombres. Tendrá el espectáculo de toda una prostitución organizada, ya complaciente, ya venal. Pero aun más desconcertante que la depravación física, el mal moral que la sigue desfilará ante sus atónitas miradas. Pasiones locas que llegan hasta la desesperación, remordimientos horribles que se retuercen en la vana queja de almas que se extinguen para siempre; y en sus noches de insomnio horrible, acaso llegue a sus oídos el ruido de sollozos comprimidos que lastimarán su corazón.

Padres y maestros se habrán marchado, tranquilos y confiados, descansados sus ojos y su conciencia por el espectáculo de la alegría de las horas de recreo después de las clases, del trabajo realizado. Pero, ¿es que olvidaron ya su niñez, o es que hay cosas nuevas que desco-

nocen? A esta pregunta responden que hay cosas necesarias y que *no quieren* saberlas. El que las denuncie verá revolverse contra él la reprobación de todos los pudores, ya que esta vieja sociedad es anglicana y su virtud se rebela cuando se le pone ante los ojos una de sus llagas más repugnantes.

Así se plantea ante el niño la alternativa de aceptar este mundo que le ofrecéis o de renunciar a él. Su elección data de los primeros días. Si lo acepta, que marche por el camino trazado sin debilidad y sin repugnancia y que olvide, si quiere ser feliz, que habría sido posible otra existencia. En cuanto a ti, pequeño niño delicado detenido en el borde de la vida y que te extrañaste de estas cosas, tiende contra ella tu esfuerzo tanto como puedas, pues te desilusionarán siempre; pero haz provisión de valor. que la lucha que emprendes tal vez no concluya nunca.

Alimenta la llama del sol en ti mismo, pues después de estos horizontes sombríos tendrás que atravesar otros más sombríos todavía. Tal vez llegue el momento en que su luz irradie sobre todo el mundo. Pero, entretanto, cierra los ojos, cierra los oídos, cierra el corazón. Aprende a hacer tu vida solo, y ciñe más estrechamente sobre tu cuerpo los pliegues del blanco manto en que te refugiaste, aunque tu alma tenga que palidecer un poco y envolverse algún día con este manto como si fuese una mortaja.

Bloc-Almanaque Educativo de ESTUDIOS

A V I S O I M P O R T A N T E

Advertimos a los corresponsales y paqueteros que no hayan recibido todavía sus pedidos de Almanques, que éstos quedarán servidos dentro de breves días.

Como la publicación de este Bloc-Almanaque ha sido para nosotros una especie de ensayo, habíamos calculado una tirada reducida, cuyo número de ejemplares han rebasado en mucho los pedidos. Así es que hemos tenido que disponer a toda prisa una segunda edición, que quedará ultimada estos días, y en seguida serviremos los pedidos pendientes por riguroso orden de recepción.

Que nos disculpen todos esta involuntaria demora.

Para el año próximo prometemos organizar la publicación de este Bloc-Almanaque con el tiempo suficiente para que queden todos satisfechos.



HACE algunos años empecé un plan de especialización en la escuela de Kirkstall-Road de Leeds. El escuchar constantemente las lecciones de clase en todas las materias preparadas y dadas por los alumnos, me ha convencido de la imposibilidad en que se encuentra un maestro para dar completa interpretación a todas y cada una de las materias del programa. Gustos, preparación, disposición y conocimientos, todo estaba contra él. Era evidente que cada maestro enseñaba mejor aquellas materias de las cuales sabía más, materias que eran, invariablemente, las que más le habían interesado. Cada maestro posee una o más de estas materias y su entusiasmo y fervor respecto a ellas estimula a menudo a sus alumnos, y de este modo asegura un trabajo mejor con mucho menos gasto de energía.

Discutimos el asunto en varias reuniones de maestros y hablamos de las preferencias de cada uno de ellos. Luego le fueron asignadas a cada maestro dos o más materias especiales; el horario fué dispuesto de conformidad, y desde entonces se adaptó la especialización en la enseñanza en nuestra escuela con marcado éxito. Escuchando cientos de lecciones en materias generales a menudo preparadas cuidadosamente y viendo el escaso resultado de todo, se intentó la enseñanza en secciones. Las clases se dividieron en tres secciones: una contenía los niños inteligentes, otra los niños de mediana inteligencia y la tercera los más débiles y atrasados. Con esto se mejoró toda la enseñanza de la clase; pero aun dejaba algo que desear: había que encarar el problema del individuo, pues cada niño es único y su personalidad jamás es idéntica a otra.

Cada vez que el niño realiza un acto voluntario, la acción tiene un efecto directo en la formación de su carácter; y a medida que el tiempo va pasando lo vuelve una unidad distinta, que reclama un tratamiento distinto y separado, porque sólo se logra éxito tratándolos individualmente y aplicando nuestros métodos conforme a la disposición y capacidad de cada niño. Hace tres o cuatro años esta idea condujo al trabajo individual para los niños de séptimo grado, asignándoles un trabajo semanal. Luego

surgió el Plan Dalton; pero antes de entrar en detalles haré un sumario de las desventajas de la enseñanza de clase tal como se realizaba. desventajas que nos impulsaron a adoptar un plan diferente. Niños rápidos son detenidos, y niños lentos avanzan en perjuicio de su actividad mental, impulsados por el maestro que desea alcanzar un promedio dudoso.

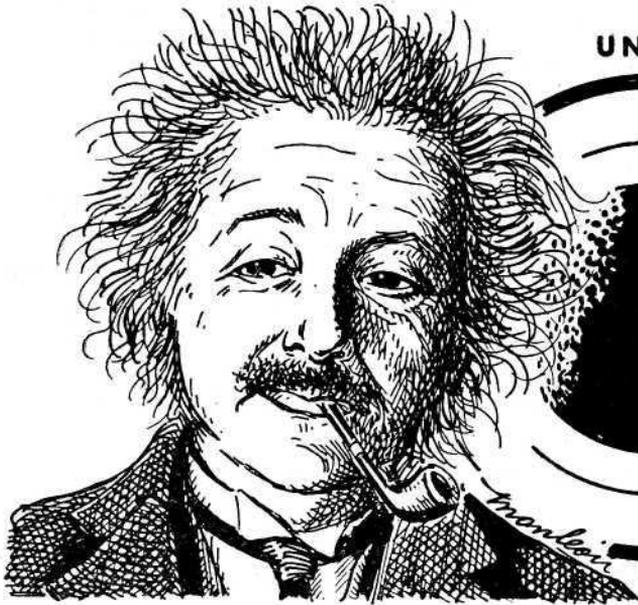
Los niños perezosos trabajan lo menos posible y se amparan en los más entusiastas. Hay muy poca cooperación y ésta es uno de los principios vitales del éxito. La obra del maestro se reduce a depositar en la mente infantil una carga de hechos nuevos, que se resuelve en «hablar un poco, señalar un poco y hablar un poco más». mientras los niños permanecen pasivos e indiferentes. Para que una lección sea eficaz, el alumno debe ser un elemento más activo que el maestro. Por otra parte, el niño debe dedicarse a una materia determinada en un tiempo también determinado, se sienta o no dispuesto para ello, y el que encuentra una materia difícil le dedicará tanto tiempo como el que la encuentra fácil. Esta disposición engendra en el niño una antipatía por esa materia, en tanto que si pudiera dedicarle más tiempo y encontrara más ayuda, vencería esas dificultades y encontraría interés en el mismo trabajo que antes le era odioso; y finalmente, la promoción más rápida es un problema serio con el método ordinario de clasificaciones.

Para evitar estas desventajas, algunas materias deberán ser enseñadas individualmente y otras por grupos.

Toda la enseñanza puede ser dividida ampliamente en dos secciones: Primera: La que procura el desarrollo de las fuerzas mentales necesarias para llegar a ser un ciudadano inteligente y útil. Segunda: La que tiene por fin el desarrollo físico, el juicio social y las manifestaciones sentimentales.

Teniendo presente estos dos fines y hablando en forma amplia podemos dividir nuestras materias escolares en dos grupos, correspondientes a los fines ya nombrados:

Primero: Las materias académicas: lectura, matemáticas, ciencias, gramática, historia, geografía, etc.



UN DUELO CIENTIFICO

Einstein contra Bohr

William L. Laurence

EL mundo científico sigue con profundo interés la polémica que acaba de surgir entre Einstein y Bohr, los dos grandes físicos que han alcanzado la inmortalidad en vida. El tema de esta controversia es la naturaleza fundamental de la realidad física, problema primordial que ha preocupado a todos los grandes filósofos, poetas y sabios en el curso de la historia de la humanidad.

La polémica no ha sido suscitada por la teoría einsteiniana de la relatividad, que Bohr acepta sin reservas, sino por la teoría de los «*quanta*» y en particular por el famoso principio de la inseguridad, según el cual es imposible conocer a la vez la posición y la velocidad de una partícula de materia.

La piedra angular de la Ciencia.—La teoría de los «*quanta*» constituye uno de los pilares del pensamiento moderno. Sobre sus principios se basa la ciencia de la estructura y constitución del átomo. En otro tiempo, el mismo Einstein contribuyó en gran medida a su desarrollo. Sin embargo, con esa audacia que caracteriza

Segundo: Las materias que tienden a la preparación física, incluso juegos y bailes, música, literatura, excursiones para el estudio de la Naturaleza, etc.

Las materias académicas pueden ser enseñadas individualmente y a veces en grupos pequeños, cuando los niños tienen el mismo desarrollo. Habrá cooperación, pues los menores se sentirán animados a buscar la ayuda de los mayores.

Las otras materias serán enseñadas en clase, pero la clasificación será por edad y no de *standards*. En éstas habrá cooperación común, y sólo con un uso feliz de estas dos cooperaciones se podrá obtener la mejor vida social y el carácter más fuerte.

todos sus trabajos científicos, hoy declara Einstein que tal teoría es «incompleta», porque no da «una descripción completa de la realidad física», y añade que debe existir otra teoría capaz de ofrecer una imagen completa del universo.

La actitud de Einstein la podemos resumir como sigue: Los físicos creen en la existencia de realidades materiales independientes del espíritu humano. El hombre construye teorías e inventa palabras nuevas, tales como *electrón*, *protón*, *positrón*, *neutrón*, para explicarse a sí mismo lo que sabe del mundo exterior y para profundizar en su conocimiento.

Según Einstein, toda teoría antes de ser admitida debe someterse a dos pruebas. Ante todo debe permitirnos calcular los hechos de la Naturaleza y estos cálculos deben ser confirmados exactamente por nuestras observaciones y experiencias. Además, debe darnos una imagen universal y objetiva de la realidad, es decir, todos los elementos del mundo físico deben tener en ella un equivalente.

Una teoría que cumpla la primera condición podrá, según Einstein, ser calificada como «correcta», pero sólo cuando responda a la segunda condición la podremos llamar «completa». Pero la teoría de los «*quanta*» que sale triunfalmente de la primera prueba, no resiste la segunda. Es, por lo tanto, «incompleta».

¿La teoría de los «*quanta*» deforma la realidad?—Esta imperfección de la teoría de los «*quanta*» reside, según Einstein, en los inesperados resultados del principio de la inseguridad, que ha revolucionado el pensamiento humano. De una parte, nos dicen que el choque entre un *photon* o *quantum* de luz y una partícula de materia como un electrón se efectúa según ciertos principios fundamentales: la conservación de la energía y la conservación del momento, es decir, tal como ocurre en el choque entre dos bolas de billar, por ejemplo. Pero

de la misma manera que es imposible prever, antes del choque, el movimiento que seguirán las bolas, también, según el principio de la inseguridad, nos es imposible predecir los resultados del choque entre un *photon* y un electrón. Podemos medir exactamente la posición del electrón o su velocidad después del choque, pero somos incapaces de medir las dos cosas al mismo tiempo. Y esto no es un enunciado teórico, sino un hecho experimental.

Si admitimos que la capacidad de prever el comportamiento de dos cuerpos en circunstancias dadas está inseparablemente ligada en nuestro espíritu a la idea de relación de causa a efecto, el descubrimiento del carácter imprevisto de la conducta de las partes constituyentes del átomo lleva a los sabios modernos a la conclusión de que el universo, en lugar de estar regido por leyes inmutables basadas en la relación de causa a efecto, es una cadena ininterrumpida de acciones recíprocas entre cuerpos físicos y estados de energía; dicho de otro modo: el universo está regido por el azar. El indeterminismo ha suplantado, pues, al determinismo.

Contra este aspecto de la teoría de los «cuánta» se ha levantado Einstein. Se resiste a creer que tal imagen responda a la realidad. Sostiene que una teoría no puede ser aceptada si no abarca todos los hechos. Una teoría que, como la de los «cuánta», es capaz de explicarlos individualmente, pero se muestra insuficiente cuando se trata de explicar sus relaciones recíprocas, no es perfecta y debe por tanto ceder el puesto a otra teoría capaz de dar una imagen más completa de la realidad.

«Suponed —dice Einstein— que miramos la realidad a través de un espejo deformante: ¿de-

bemos sacar en conclusión que la realidad es deformante?» A lo cual los partidarios de la teoría de los «cuánta» responden: «¿Y si el único medio que poseemos de mirar la realidad es este espejo? ¿Cómo podremos saber que es deformante?» Y Einstein replica: «Tengo dos espejos, cada uno de los cuales me da una imagen incompatible con la del otro. Debe existir un tercero en el que se concilien estas contraindicaciones.»

El problema del dualismo.—El sabio danés Niels Bohr, laureado con el premio Nobel y a quien se debe la descripción del movimiento de los electrones en el interior del átomo, continúa la discusión con Einstein. «El error de vuestro razonamiento —le dice— reside en que usted es monista y cree en la existencia de una sola imagen exacta del universo. Pero, en realidad, el mundo es esencialmente dualista. Usted no mira la realidad a través de dos espejos; lo que es doble en usted es la persona que mira, porque todo el universo es el prototipo cósmico del doctor Jekyll y M. Hyde.»

Y Bohr declara que es falso escoger entre el libre albedrío y el determinismo, entre la causalidad y el azar. Tanto unos como otros son partes integrantes de la misma realidad, los lados cóncavos y convexos de una misma esfera. Son verdaderos, cada uno en diferente momento, y es imposible conocer ambos simultáneamente.

Bohr está convencido de que el principio de la inseguridad no es imputable a nuestra falta de conocimiento, como lo cree Einstein, sino que es un elemento inherente al propio mecanismo de nuestro conocimiento.

G U Y D E
MAUPASSANT

No hay nada tan sublime, cuando se ama de veras, que dar siempre cuanto posee la vida, entregando los pensamientos, el cuerpo, todo lo que se tiene; gozando que se da, aun exponiéndolo todo, a fin de poder dar cada vez más.

¡Abajo la guerra!

EN EL HOSPITAL DE SANGRE



Georges Duhamel

Los primeros días de marzo fueron frescos, con alternativas de nieve y de sol. Cuando el aire estaba puro, oíamos vibrar la vida de los aviones y resonar sus combates. La seca pulsación de las ametralladoras, el tiro incesante de los *shrapnells*, formaban sobre nosotros como una cúpula crepitante. Los aeroplanos alemanes abrumaban nuestros contornos con bombas, que silbaban largamente antes de destrozar el suelo o las casas. Una de ellas cayó a pocos pasos de la sala en que operaba yo a un herido del cráneo. Me acuerdo de la breve mirada que lancé hacia fuera y de los gritos y de la huida a todo correr de los hombres en la calle.

Una mañana vi un avión que cruzaba las colinas de Meuse, arrastrar súbitamente tras de sí, como un cometa, una espesa cola de humo negro, y luego caer a pico con una bella llama clara, brillante a pesar del sol. Y yo pensaba en los dos hombres que estaban viviendo aquella caída.

La situación militar mejoraba de día en día, pero no cesaba el rigor de la batalla. Los «calibres» que el enemigo empleaba para la destrucción de los hombres hacían heridas horrosas; más crueles, seguramente, en su conjunto, que aquellas cuyo espanto habíamos visto durante los veinte primeros meses de una guerra que fué impía desde antes de nacer. Todos los médicos pudieron advertir el atroz éxito logrado en tiempo tan breve por el perfeccionamiento de las balas dilacerantes. Y nosotros admirábamos amargamente que el hombre pudiera aventurar su frágil organismo a través de las deflagraciones de una química apenas disciplinada que alcanza y aun excede en brutalidad a las ciegas fuerzas de la Naturaleza. Admirábamos, amargamente, que una carne tan delicada, ama-

sada con armonía, creadora de armonía, soportara, sin disgregarse al punto, choques tales y tales destrozos...

Muchos hombres no llegaban con uno o con varios miembros completamente arrancados, y llegaban vivos aún... Algunos traían no una, sino, a veces, treinta, cuarenta heridas y aun más. Examinábamos cada cuerpo con método, e íbamos de triste descubrimiento en triste descubrimiento. Nos hacían recordar a esos navios desamparados que por doquiera hacen agua. Y precisamente porque despojos semejantes parecían destinados a hundirse sin remedio, nos aferrábamos a ellos con la tenaz esperanza de conducirlos, acaso, a puerto y volverlos a flote.

En los momentos de aglomeración era imposible desnudar y limpiar debidamente a los hombres antes de conducirlos a la sala de operaciones. Y entonces el problema consistía en aislar, en lo posible, la obra del bisturí del barro, de la grasa, de la miseria circundantes. He visto yo soldados cubiertos de tal cantidad de piojos, que todas las vendas estaban llenas hasta las mismas heridas. Los infelices se disculpaban, como si aquella infección les hubiese sido imputable...

En momentos tales, los pacientes se sucedían tan de prisa, que no conocíamos de ellos más que la herida; el hombre tornaba a marchar, aun sumido en el sueño; habíamos tomado por él toda clase de decisiones sin, por decirlo así, haber oído su voz ni mirado su cara.

Para evitar la aglomeración invencible se evacuaba rápidamente a todos los operados no sujetos a la amenaza de complicaciones. Llenábanse de heridos automóviles que se sucedían sin interrupción delante de la puerta. Algunos volvían a poco acribillados de cascos; el conductor no había tenido la suerte de pasar entre los obuses, y con frecuencia él mismo estaba

más fuerte es una ley natural?

¿La ley del



M. Gerald Heard

COMENCEMOS por los reptiles. Hace pocos días estuve viendo los gigantescos fósiles del South Kensington Museum. Pude allí convencerme de que estos curiosos ejemplares producidos en la fábrica de la vida, algunos de los cuales alcanzan la dimensión de un pequeño submarino, poseían un cerebro apenas poco más grande que una nuez. Parecerá extraño. Pero aun nos lo parecerá más el saber que uno de los más grandes de estos gigantescos lagartos posee, además del cerebro contenido en el cráneo, otros dos: uno entre los hombros y otro entre las caderas.

El doctor Mathews afirma, en su estudio sobre el sistema nervioso, que estos reptiles tenían reacciones tan lentas, que si se pinchaba con un alfiler la extremidad de su cola, había tiempo suficiente para escapar antes de que la fiera se diese cuenta de lo ocurrido... Sólo el hecho de

también herido. Otro tanto solía acontecer a los camilleros que circulaban por el camino: les llegaba a su vez, y regresaban conducidos en sus mismas parihuelas.

Una noche se dió el *alerta de gas*. Llegaban bocanadas de viento que arrastraban un acre olor. Se puso, por precaución, a todos los heridos, la careta y las gafas. Colgamos aquellos artefactos en la cabecera de las camas de los agonizantes..., y esperamos. La ola, felizmente, no llegó por completo hasta nosotros.

Aquella noche nos trajeron un soldado que tenía varias heridas causadas por un «obús de gas». Tenía los ojos completamente hundidos bajo los párpados tumefactos. Su ropa estaba tan profundamente impregnada por el veneno, que a todos nos acometió la tos y se nos saltaron las lágrimas; en la sala persistió bastante tiempo un penetrante olor de ajos y de éter amílico.

Siempre hay una porción de cosas imprevistas, y durante aquella alarma yo pensaba en los operados sumidos en el sueño clorofórmico, y a los que sería necesario dejar despertarse para ponerles, sin perder momento, la careta, porque si no...

que este animal posea tres cerebros, complica considerablemente el problema de su inteligencia. «Pero estas bestias no eran plenamente conscientes, objetan algunos, obraban simplemente por reflejos, como un mecanismo de resortes.» He aquí una cuestión que quizá no se resuelva jamás.

Estas formas de vida, tan curiosas a pesar de su simplicidad, desaparecieron del globo hace más de cien millones de años. Pero aun hoy pueden encontrarse, en ciertas regiones salvajes, una o dos especies de la misma familia, cuyo estudio nos es posible realizar. Existen actualmente dragones-reptiles. ¿Cómo son su inteligencia y sus sentimientos?

Un dragón peligroso.—En el Museo tuve ocasión de ver un dragón del género Komodo que acababa de morir en el Parque Zoológico. ¿Cuáles eran sus características? Fue capturado en 1927 en la jungla javanesa; era el terror de la región. Un verdadero dragón armado, acorazado, indomable. «Es un animal muy peligroso», me dijeron. Sin embargo, desde su llegada a Londres fué confiado a miss Proctor, una genial naturalista que solía tratar a los reptiles como nosotros tratamos a los perros y a los gatos. El dragón acabó por encariñarse con ella. Esta mujer excepcional supo tender un puente entre el hombre y el dragón. El monstruo salía todas las mañanas a dar un paseo por los jardines, acompañado de su guardián. Pero a pesar de familiarizarse con su encierro, era demasiado tonto para aprender ciertas cosas. Por ejemplo, no había manera de hacerle comprender que no se debe andar sobre el césped. No llegaba a comprender que los parterres tienen una finalidad de orden decorativo y no pueden confundirse con un plato de ensalada... Este dragón sucumbió de un ataque cardíaco (cosa tanto más extraña por cuanto se trataba de un animal de sangre fría, pero no sin haber demostrado que su condición de reptil estúpido no le impedía mostrarse afectuoso con sus amigos humanos).

Es evidente que la inteligencia y la afección no deben considerarse como cosas relacionadas directamente, lo que no deja de ser reconfortante para muchos de nosotros. Se puede po-

seer una exquisita sensibilidad sin estar dotado de gran inteligencia. Esto viene a dar un nuevo giro a la cuestión más interesante quizá de todas las que plantea el problema de la vida y sus manifestaciones. Siempre hemos considerado como una cosa natural la coexistencia de la brutalidad y la falta de talento. Así ha nacido la imagen poco atractiva del hombre de las cavernas, en plan de aplastar a sus vecinos y aterrorizar a su familia. Una afirmación de esta naturaleza, que se ha pretendido justificar científicamente, tiene en la práctica resultados muy interesantes. Y estos resultados, a mi parecer, son más perniciosos que los más detestables films de *gangsters* y vampiresas. Citemos el ejemplo de Bernhardt, que en 1914 declaraba que el *struggle of life*, la lucha por la vida de Darwin, justificaba que Alemania hiciese la guerra. O también, citemos el ejemplo de Mussolini al afirmar que la guerra, ley de la Naturaleza y de la vida, es para el hombre lo que la maternidad para la mujer. Estas afirmaciones se basan en lo que Mussolini considera un descubrimiento de la biología. A mi parecer, una ciencia que sienta estos principios no tiene nada de moderna. Es una biología anticuada.

La inteligencia del mono.—El doctor Kluver, de los Estados Unidos, ha demostrado que hasta los monos menos inteligentes pueden aprender a servirse de instrumentos. Este descubrimiento constituye una verdadera revolución en nuestra manera de enjuiciar la inteligencia en el mundo animal. Hasta ahora se había admitido que sólo los antropoides eran capaces de ello. Se admitía generalmente que las facultades intelectuales de los monos estaban demasiado poco desarrolladas para poder efectuar estos actos.

El método educativo seguido con estos animales nos ofrece incidencias aun más curiosas que los mismos resultados. El doctor Kluver ha descubierto que con una gran solicitud y eliminando por completo la sensación de terror, de miedo al hombre, se obtiene más de estos pequeños cerebros que con una dirección rigurosa y autoritaria. El doctor Jellog, psicólogo muy conocido, ha consagrado una obra al chimpancé, que educó junto a su hijo. Una vez más el afecto del hombre ha hecho salir al mono de su estado animal y lo ha enrollado en el camino que separa al antropoide de la raza humana.

La naturaleza del hombre.—«No hay nada que pueda cambiar el instinto», «nada puede cambiar de naturaleza humana», se dice corrientemente. Pero estas afirmaciones se hacen

a veces para excusar la brutalidad y la cobardía. Los más recientes trabajos científicos parecen desmentir estas falsas verdades. Siendo así que puede cambiarse la naturaleza del animal, y habiéndose demostrado que ésta no es fijada por el instinto, es una barbaridad afirmar que la naturaleza humana es inmutable. Si el hombre reconoce verdaderamente el valor de comprender —y por comprensión entendemos también la comprensión intuitiva, es decir, la simpatía— no existe bestia alguna que pueda resistir a esta fuerza.

¿La evolución consiste en que el más fuerte, el más brutal, aplasta al más débil? Los nuevos descubrimientos se pronuncian en contra de esta teoría. Aquellos dragones gigantes no tenían necesidad de armarse: la Naturaleza les dotaba de potentes bayonetas. Y, sin embargo, su raza se ha extinguido. ¿Cuál fué, pues, el animal que le sobrevivió? ¿Qué animal ha dado nacimiento a nuestra raza? Esto ha sido siempre un enigma. Pero hoy encontramos a nuestros antecesores que triunfaron sobre aquellos enormes monstruos acorazados en la lucha por la vida. ¡Y eran seres pequeños y mezquinos, sin garras ni corazas! Pero podría argüirse que el hombre descende de un feroz antropoide del género de los gorilas, lo cual no puede afirmarse en manera alguna. Los últimos descubrimientos parecen probar que el gorila es una especie de fósil viviente, en vías de desaparición, pero nunca uno de nuestros antecesores. El hombre de Neanderthal, con los arcos superciliares muy acusados, no puede tampoco considerarse como uno de nuestros antecesores. El y su raza han desaparecido hace mucho tiempo.

Nuestros antecesores.—¿Cuáles son, pues, nuestros antecesores? Esta cuestión parece haberse resuelto con las excavaciones efectuadas por el doctor Leakey en el Este africano. Los esqueletos descubiertos por este sabio tienen un millón de años, en opinión de los especialistas. Encontró, entre otras cosas, los más primitivos útiles de piedra. Ciertamente, conocíamos ya estos útiles, pero jamás habíamos visto los huesos de los hombres que se servían de ellos. El doctor Leakey cree haberlos encontrado. Estos descubrimientos han levantado nuevas discusiones, pero si el doctor Leakey está en lo cierto (recordaremos a este propósito que sus descubrimientos concuerdan con los de Galley Hill, en el valle del Támesis, y con los de Clichy, cerca de París), estos hombres de la Edad de Piedra eran muy parecidos a nosotros, con huesos ligeros y débiles. Una vez más, como vemos, es el ser delicado y sensible el que triunfa en la lucha por la vida.

BALZAC

La esposa es para el marido lo que éste ha querido hacer de ella.

III. - Siglo XX: Amor financiero



A los tiempos dorados de la égloga humana suceden las oscuridades medievales. Luego un atisbo de Renacimiento y, de nuevo, año tras año, va doblando la Vida bajo el peso de tanta losa de plomo.

Mil guerras y conmociones caen sobre los ámbitos de la vida: el dogma religioso y las costumbres feudales saltan hechos añicos, y por un momento parece sonreír el Amor del Hombre.

Pero la pujanza tiránica de los rascacielos, de las Sociedades anónimas, de los prepotentes Bancos, crean una nueva moral, un nuevo Dios: el Dinero, con el que todo se compra, con el que todo se vende.

El perfil del Amor está ahogado por la negra perspectiva: conveniencia, infidelidad, infelicidad, prostitución, hambre, miseria...

Así lo quiere el áureo Moloç de nuestros tiempos.

Egipto resucitado



RESUMEN DEL EGIPTO EN LA ANTIGUEDAD
Y ASPECTOS DEL EGIPTO MODERNO, A
PROPOSITO DEL CONFLICTO ANGLOEGIPCIO

Manuel de Heredia

INTRODUCCION

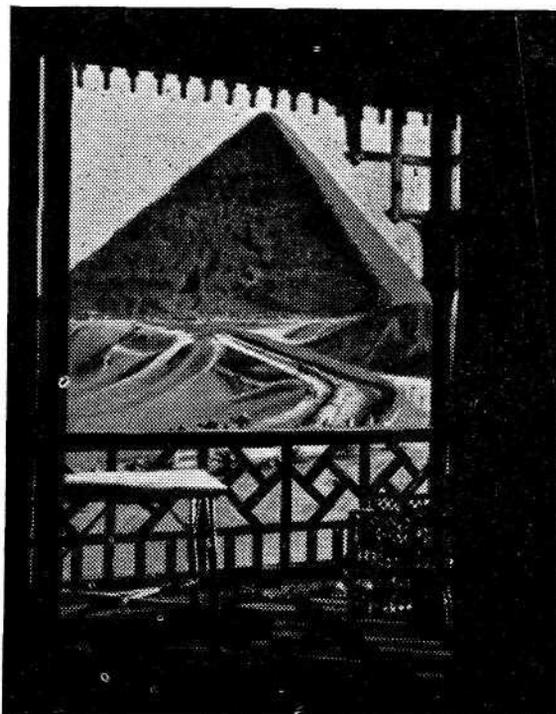
Es hora de que los escritores fijen su atención en la pavorosa tragedia de los pueblos débiles. Va siendo hora de que la intelectualidad analice causas, hondee en la Historia e investigue en lo profundo de cada país, para adentrarse en la verdad ecuanímente, teniendo por guía y faro de sus propósitos la causa de la civilización, sí, pero también como norte de sus ideales la justicia y la equidad, cima máxima de la cultura y de la ortodoxia del hombre íntegro.

No basta con el «porque sí»; es preciso averiguar, bucear, para decir: «por esto». No hay que limitarse a inclinarnos por las simpatías que una doctrina política y social nos inspire. Es preciso saber si el objetivo principal y *circunstancial* de una doctrina, que compartimos o no compartimos, en un momento dado puede ser admisible y laudable. En este supuesto, un combate sistemático resultará inicuo y absurdo.

A propósito del conflicto italoabisinio hay un pueblo, el egipcio, que merece nuestra especialísima atención. Víctima de un imperio tiránico y ambicioso, atraviesa en estos momentos por un gravísimo instante de su vida. Luchando con sus indiscutibles derechos de independencia, contra el poder omnívoto de Inglaterra, Egipto fija sus ojos en el mundo civilizado dispuesto a alzarse contra el «árbitro paternal» que *manu militari* se dispone a servirse del país oriental para sus fines especulativos y miserables, disfrazados con el atuendo cínico de una protección que jamás, jamás, jamás, ha dispensado a aquellas razas distintas a la suya, que en inglés no tienen otra denominación natural que la de «razas inferiores».

Los recientes desórdenes acaecidos en El Cairo, las protestas justas de la intelectualidad egipcia, el clamor del supermilenario pueblo, merecen ser oídos de todos los países del Universo, porque es la protesta apagada, pero rotunda de un esclavo que pide la libertad; el grito imperioso de un pigmeo atropellado por un gigante, la llama-

da enérgica de una raza que ha parido al mundo las excelencias de una civilización gloriosa y única, expandiendo en los sutiles aires del Oriente las primicias de un arte incomparable que ha mordido, a través de los siglos, en las **almas** más diversas, en los espíritus más opuestos, en las razas menos afines, en el temperamento, en fin, de todos los seres y eso que ninguna idea extranjera se mezcla con la forma clara de sus columnas ancestrales, tan claras, tan transparentes, como ese cielo del Egipto, como este sol,



...estas pirámides, almas de piedra perenne, enraizadas en las mismas entrañas del suelo egipcio...

oriental, que besa las aguas del Nilo misterioso y abraza las finas arenas del ardiente Sahara, ese inmenso océano de tierra, que es como el pensamiento estéril de un poeta voluptuoso y sensual que busca el amor en su pluma y el goce en sus propias ideas.

Sin paliativos: existe un conflicto angloegipcio. Un latente conflicto angloegipcio. Y sobre él desarrollaremos nuestro trabajo ahondando cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Intentaremos demostrar que el pueblo egipcio tiene derecho a rebelarse contra una tutela odiosa que no se avergüenza de afrontar la imponente acusación de una raza simbolizada en estas pirámides, almas de piedra perennes, enraizadas en las mismas entrañas del suelo del Egipto, fecundo en gloria y ubérrimo en civilizaciones.

CAPITULO PRIMERO

Egipto.—En el ángulo nordeste de Africa, en aquella parte en que una región más alta de este continente se allega a la mar, y en lejanos tiempos, de los que no queda ni la más remota idea, el río Nilo, que cruza el centro de esta parte del Universo, fundó, en el extremo septentrional de su corriente, que surca desiertos y estepas,



El templo de Abou Simbel aparece guardado por colosos hieráticos, maravillas de piedra que impresionan hondamente al escritor.

un valle maravilloso, largo y estrecho, que más tarde, por las inundaciones anuales y con la capa de limo que cada vez abandonan las diversas aguas del Nilo, fué paulatinamente engrandeciéndose con terrenos fértiles hasta que al transcurrir de los años y tras un trabajo constante y laborioso, gran parte del desierto se transformó en la vasta comarca fabulosamente exquisita y bella, denominada Egipto. Resguardada por todos los lados, basada al Norte por el mar Mediterráneo y limitada al Sur por la catarata que vierte con estruendo inaudito sus limpidas aguas al Nilo, entre Arsuan y Filae.

Al hablar de Egipto, la pluma ni puede ni debe sustraerse de ofrendar a ese río maravilloso unas líneas que, si bien concisas, den a conocer la gran importancia del Nilo para estas tierras y de la influencia que su cristalina linfa ha dado al ambiente de este pueblo, de su propio misterio, de su pensar y de su sentir; de su propia vida, que debe exclusivamente a los beneficios de su corriente pródiga, de su caudal inapreciable. El llamado padre de la Historia, Herodoto, califica a Egipto como don del citado río.

El origen del Nilo ha sido, geográficamente desconocido hasta hace pocos años —pocos para el correr del mundo—. Actualmente se sabe que alcanza una longitud de 12.000 estadios, desde las montañas de Etiopía hasta su desembocadura en el mar. Del monte de la Luna nacen los ríos que se confunden y descomponen en otros diversos, cuya enunciación no corresponde a estas páginas, hasta que en el Este se juntan las aguas distintas en el río Grande que circuye la isla Meroe, tan extensa como Peloponeso, y, desde aquí, ya el Nilo corre en una sola corriente dibujando infinidad de curvas y desembocando en el Mar Grande, junto al faro (Alejandría).

El Nilo, que parece ser hasta ahora el río de mayor curso del globo, es de tan particular historia, que al desconocerse por los primitivos habitantes su origen, lo atribuían a gracia especial y oculta de la Divinidad y, por lo tanto, era inescrutable para el hombre su procedencia. Únicamente los egipcios, cuando morían en gracia de los dioses, llegaban a conocerlo, según ellos, en su peregrinación subterránea (expedición de difuntos por el más allá) por los Campos Eliseos. Un pasaje del capítulo 146 del *Libro de los Muertos*, la magna obra, monumento sin par del Egipto de los faraones, y cuyo ejemplar se colocaba junto a los cadáveres como guía en la otra vida, indica que el origen del Nilo estaba reservado únicamente a los dioses, siendo asequible al hombre a su muerte, si fallecía en olor de santidad.

Así, pues, vemos que, tanto para su tierra como para sus hombres, el Nilo es base fundamental de Egipto. Hace fecundar a la primera y crea una imaginación propia en los segundos, la que más tarde habrá de florecer y revelarse maravillosamente en el arte, en la ciencia, en la civilización, en la cultura toda, faro un día de los humanos, huella honda, imperecedera página de perlas en el Libro de Oro de la Historia Universal.

Egipto se aisló del mundo y creó un nuevo método de vida. Políticamente deja el recuerdo de un pasado esplendoroso, de unas dinastías de monarcas que se desenvolvían en una atmósfera suprarrealista dependiente de lo incognoscible y que, como dioses, concebían ideas grandiosas.

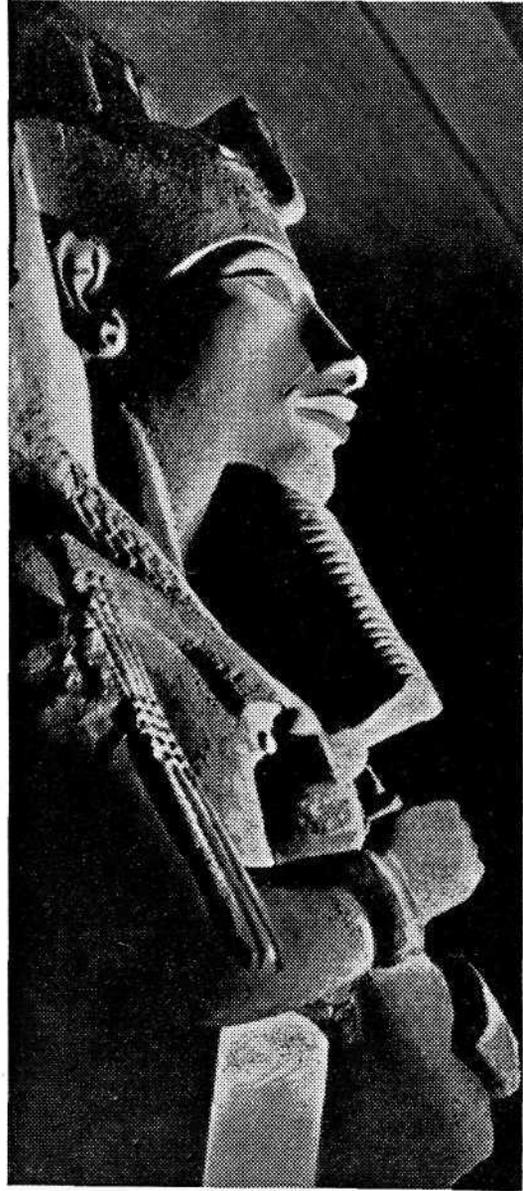
como esas pirámides, asombro del orbe, templos de muerte cantando la vida, por desafiar con su permanencia al tiempo.

La civilización egipcia data, aproximadamente, de unos diez mil años antes de J. C., incluyendo, es claro, los tres mil quinientos años que según el eminente egiptólogo Petrie corresponden a las primeras manifestaciones prehistóricas, de las que apenas quedan recuerdos que permitan reconstruir aquéllas.

Durante tan fantástico lapso de tiempo, han imperado en Egipto treinta dinastías; aparte de las naturales formas genuinamente autoritarias y despóticas, hijas de la época, engendradoras de tiranos y de innúmeras clases privilegiadas, vemos surgir hombres tan eminentes como Aadmeh-neb-pethti-Ra o Amasis I, libertador de Egipto y creador del nuevo Imperio, fundador también de la gloriosa dinastía XVIII, que floreció en 1580. Insigne protector de las Letras, del Arte, de la Ciencia, de la Agricultura y del Comercio; propulsor entusiasta del más elevado movimiento patrio del ancestral Egipto. Más tarde, Tutmosis, que en sus cincuenta y tres años de reinado dejó su nombre esculpido por toda la Eternidad en el Obelisco pétreo de la Fama, por sus admirables gestas de soldado, sabio y artista. Ramsés I y Ramsés II, que perduran aún a través de los siglos mostrando en las líneas de sus gigantescas estatuas su espíritu creador y fuerte, sus ideaciones maravillosas y sus temperamentos polifacéticos infiltrados en los más mínimos detalles, subsistentes todavía en el alma egipcia.

Nace con personalidad propia una nación de ensueño; surge una tierra de promisión; se ha moldeado un paraíso terrenal. Y así como una mujer bella atrae miradas codiciosas; así como un manjar delicado excita el apetito; cual un claro diamante despierta la ambición; así como un abismo atrae a otro abismo; exactamente como la vida engendra la muerte; un beso adormece los sentidos y una flor conmueve un alma sentimental, este oasis, Egipto, atrajo las miradas codiciosas de los hombres y empieza Cambises, el dominador persa, la conquista de la patria de los faraones, y aunque su imperio es dulce y su mandar amable, trunca la gloriosa tradición e inicia una política dominante que al correr de los años ha de tener imitadores de toda índole, conquistadores sempiternos de Egipto, que habrán de disputarse su posesión destruyendo así una civilización y una cultura, aunque no una raza que todavía se conserva íntegra, personalísima, característica, cuyo exponente máximo marcó la celeberrima Biblioteca de Alejandría que, si destruida por el devastador incendio, no pudo ahogar éste los gérmenes del saber que aquélla sillebró.

Sigue a Cambises la dominación romana, en la Edad Media; continúa la conquista árabe, que hace del país un virreynato gobernado en nombre de los califas. En el año 864, Ahmed Ibn Tulum se proclama sultán independiente, pero cae con estrépito y le sustituye Mohamed el Ichid en 969. Funda Muzz, el relicario arábigo, la joya del Oriente africano, El Cairo, y también se corona califa de Egipto... Su reinado es feliz y su dinastía le sucede hasta 1517, en que el sultán de Turquía, Selim I, pone sus ojos en Egipto y decide apoderarse de él, lográndolo e imponiendo



Semblante iluminado por una inspiración divina, magistral concepción del alma egipcia... He aquí el símbolo de una raza fuerte y pensadora.

sus banderas y su poderío. La conquista turca ha sido segura y decisiva; hasta la Edad Moderna no ha de desprenderse el país del yugo musulmán. Es Francia la que, viendo allí un tesoro inapreciable, se lanza, ahita de colonias, a afianzar conquistas anteriores, iniciando así un empuje europeo que había de abatir el poder de los turcos. Francia ha sido vencida, pero Europa se ha dado cuenta de su posición y se prepara a conquistar el fecundo suelo sobre el que se asientan las pirámides.

Y aparece Inglaterra que, oculta, como siempre, tras la cortina, subleva a los mamelucos y escribe el prólogo de una labor de zapa que en poco tiempo tendrá por epílogo siniestro la posesión de un botín incalculable. Por la astu-

cia, por «via diplomáticas», con caricias y promesas, pero guardando en su interior el plomo y la pólvora que habría de lanzar como en 1896, ante el asombro del mundo civilizado, sobre esa coqueta mágica de Alejandria —la ciudad de Alejandro Magno, de la inteligencia y del saber legendario oriental—, cañoneada y casi destruida por el genio colonizador del inglés o, mejor dicho, por las arterias políticas pseudocivilizadoras de la Gran Bretaña.

En 1803 un ejército de albaneses, siguiendo instrucciones del sultán de Turquía, iniciaba de nuevo una acción para apoderarse otra vez de Egipto. Lo logra, y en 1805 funda el virreynato con Mehemet Alí, hombre comprensivo e inteligente, moderno y culto. Sobre las sagradas cenizas del antiguo reino erige una patria nueva, pero el nacionalismo egipcio, disconforme con el intruso, a pesar de su laudable política, porque necesita vivir su vida, porque precisa a su atropellada independencia, se decide a la reconquista, y en 1881, el coronel Arabi-Bajá provoca un movimiento revolucionario que termina con la subida al Poder del militar patriota, el cual se asigna la cartera de Guerra.

Inglaterra ya había infiltrado su espíritu; la zarpa del leopardo estaba allí, ostensible, mandando e imprimiendo soberanía vergonzante, pero omnipotente. No le agrada la actuación de Arabi-Bajá e inicia negociaciones para que rectifique la ruta emprendida; el ministro se niega y añade a su negativa un bello gesto: apide sean suspendidos los poderes otorgados a la Comisión francoinglesa de intervenciones (algo así como vigilancia amistosa para percibir el 90 por 100 de los beneficios del país). Es entonces cuando la Gran Bretaña, atónita ante el rasgo patriótico que se le antoja atrevimiento intolerable, reprime el levantamiento del pueblo egipcio en favor de Arabi-Bajá con un bombardeo infame sobre Alejandria, ciudad en que desembarcan las tropas inglesas haciendo huir al Gobierno y sentando una vez más su inimitable dialéctica de los fusiles y de las bombas. ¡Ah!... Inglaterra

ha cumplido con su deber en uso de los derechos que le otorga su calidad de potencia protectora. ¡Egipto es un protectorado del Imperio británico!



¡Alejandria!... La filigrana de sus minaretes es como un canto al arte árabe y a la cultura de Oriente, que tiene en la ciudad de Alejandro el Magno su sede patriarcal.

MICHELET

En cosas de amor no hay medias tintas ni medianías. El que no ama con fuerza irresistible a su mujer, ni es estimado ni es querido por ella. La esposa se aburre, y el aburrimiento, en la mujer, se halla muy cerca del odio.

Al día con la Ciencia



LA EDAD DE LAS ALEACIONES

Alfonso Martínez Rizo

LAS circunstancias de la vida del hombre sobre la superficie de la Tierra han estado siempre determinadas y definidas por los elementos de que el hombre ha podido disponer para atender a sus necesidades.

Así puede establecerse perfectamente, después de transcurridos muchos siglos, la enorme diferencia que forzosamente ha existido entre la vida de los hombres en la Edad de Piedra, con instrumentos cortantes de sílex como único elemento, y los de la Edad de Bronce, en la que los hechiceros, rodeándose del mayor misterio y hasta permaneciendo invisibles, extraían, fundían y forjaban esta aleación, disfrutando la humanidad de las inmensas ventajas que proporciona el empleo de sustancias metálicas.

Caracterizada así la vida de cada época por los elementos de que el hombre puede disponer, vivimos indudablemente en la edad de las aleaciones, porque todos los adelantos de la técnica moderna que hacen posible el milagro de la actual civilización se fundamentan en los conocimientos adquiridos sobre el mejor empleo posible de los metales, o sea en la técnica de las aleaciones.

Las sustancias metálicas tienen inapreciables cualidades que se mejoran en grado extraordinario cuando se saben emplear en la forma más conveniente. Los metales puros raramente se emplean, tanto más cuanto que es difícilísimo obtenerlos en estado de perfecta pureza. Se empezó precisamente por utilizar una aleación: el bronce. Luego fueron utilizadas otras muchas obtenidas por procedimientos empíricos. Hoy, en cambio, el arte de mezclar y combinar unos metales con otros obedece a principios fundamentales científicos. Y los resultados, como veremos en este artículo son altamente sorprendentes.

Empezaremos por echar un vistazo a los diferentes elementos que entran a formar parte de las aleaciones que ya veremos que no pueden ser definidas, como se hacía en las químicas de fines del siglo pasado, diciendo que son simple-

mente mezclas de diferentes metales incorporados por fusión.

Hay cuerpos que no son metálicos y que entran a formar parte de las aleaciones, con papel tan importante como el desempeñado por el carbono en los aceros.

Diferentes cuerpos.—El hierro es el más importante y útil de los metales, con una producción mundial anual de 140 millones de toneladas, así como el más barato de todos. Su precio varía principalmente con el valor de la moneda, viniendo a ser de unos 50 céntimos de peseta el kilo para el hierro dulce en bruto.

Le sigue en importancia el cobre, del que cada año se producen en el mundo 1.400.000 toneladas, viniendo a ser su valor trece veces mayor que el del hierro, con importancia capital en las instalaciones eléctricas.

El plomo se beneficia en cantidad parecida, aunque algo menor (1.300.000 toneladas), y su precio viene a ser tres veces mayor que el del hierro.

El aluminio, este metal de tan importante provenir y tan empleado en la aviación y el automovilismo, sigue en importancia al plomo por su producción y consumo, con 1.200.000 toneladas al año, siendo su precio unas 14 veces mayor que el del hierro. Nótese que costando casi lo mismo que el cobre por unidad de peso, es mucho más barato que él por unidad de volumen, dada su menor densidad.

De cinc se produce y se consume cada año un millón de toneladas, y su precio viene a ser tres veces mayor que el del hierro.

El estaño, mucho más caro, costando 30 veces más caro que el hierro y doble que el cobre, solamente acusa una producción anual de toneladas 130.000.

El níquel tiene una producción anual de toneladas 30.000, con un precio 37 veces mayor que el del hierro.

De mercurio únicamente son extraídas al año unas 5.000 toneladas, alcanzando un precio 80 veces mayor que el del hierro.

La producción de plata es mayor que la de mercurio, con 7.000 toneladas anuales, y su precio viene a ser el del hierro multiplicado por 470.

El oro que cada año se extrae de las minas sube a unas 600 toneladas, y su precio, comparado con el del hierro, es 17.000 veces mayor. De platino únicamente se extraen cada año unas tres toneladas, siendo su precio 3'64 mayor que el del oro y 62.000 veces mayor que el del hierro.

Estos son los principales metales base de las incontables aleaciones empleadas por la industria, existiendo también aún otros metales de aplicación industrial, como son los siguientes:

El tántalo, sumamente duro, utilizado en las puntas de las plumas estilográficas y en instrumentos de pequeña cirugía.

El cobalto, que reemplaza ventajosamente al níquel.

El cadmio, empleado en orfebrería.

Además existen otros metales y cuerpos no metálicos que entran asimismo a formar parte de las aleaciones y que únicamente se emplean en dicha forma, figurando entre los metálicos:

El magnesio, sumamente ligero, empleado en aleación con aluminio.

El manganeso, el vanadio, el cromo, el tungsteno y el molibdeno, que intervienen en la obtención de aceros especiales.

El calcio y el bario, empleados a veces en la obtención de metales de antifricción.

El tungsteno entra también en la composición de los filamentos metálicos de las lámparas incandescentes.

El cerium es empleado en las aleaciones de las piedras de encendedor.

También son empleados metaloides, como el antimonio, el bismuto, el boro, el silicio y, sobre todo, el carbono.

Principales aleaciones.—De todas las aleaciones industriales la más importante es la formada por el hierro y el carbono: fundición y aceros. Ya nos ocuparemos con especial atención de ellas al tratar del temple, señalando ahora únicamente las principales clases de aceros conocidos.

Los aceros al níquel, con un 2 por 100 de este metal, tienen una tenacidad doble que los ordinarios.

Adicionando al acero ordinario de 1 a 2 por 100 de vanadio, disminuye su fragilidad y aumenta su resistencia a los esfuerzos repetidos.

Los aceros al cromo, con algunas centésimas de cromo, son muy duros y poco atacables, por lo que se emplean en cuchillería y en placas de blindaje.

Los llamados aceros rápidos contienen cromo y tungsteno y gozan de la preciosa propiedad de no destemplarse cuando son calentados por encima de 500 grados, con tal de que hayan sido templados a 1.200. Esto permite trabajar con las herramientas de estos aceros diez veces más aprisa, sin que el calor ocasionado las destemple.

El nicromo contiene 60 por 100 de níquel, 28 por 100 de hierro y 12 por 100 de cromo, y sirve para fabricar las resistencias de los radiadores eléctricos.

El permaloy, con 78 por 100 de níquel y 22 por 100 de hierro, tiene propiedades electromagnéticas muy notables.

La platinita tiene 54 por 100 de hierro y 46 por 100 de níquel y goza de la propiedad de tener un índice de dilatación calorífica casi igual que el del cristal, siendo usada en forma de hilos para atravesar el cristal en las lámparas de incandescencia, para lo que, antes de ser conocida esta aleación, era usado el platino.

El invar, con 64 por 100 de hierro, 36 por 100 de níquel y 0'2 por 100 de carbono, tiene un índice de dilatación calorífica sumamente pequeño, por lo que es empleado en la fabricación de aparatos de medida, así como en relojería.

Tras de los aceros y aleaciones del hierro siguen en importancia las del cobre. Este es demasiado blando en estado de pureza, por lo que se emplea casi siempre aleado con el cinc, formando los latones, o con el estaño, formando los bronce. Hace poco hemos hablado de las curiosas propiedades del bronce al glicinio, de recentísima invención.

Las aleaciones de antifricción están formadas por granos de metales muy duros (como por ejemplo el antimonio) envueltos en una masa plástica (como, por ejemplo, plomo y estaño).

Los caracteres de imprenta están hechos con una aleación de plomo y antimonio (85 por 100 y 15 por 100) muy dura en estado sólido y muy viscosa en estado de fusión, lo que permite moldeos muy finos.

Finalmente existen las aleaciones ligeras, de alta importancia en la aviación y el automovilismo, con base siempre de aluminio. Los bronce de aluminio tienen el 95 por 100 de aluminio y el 5 por 100 de cobre, con 3 de densidad y características mecánicas superiores a las del aluminio puro. El alpacax tiene el 87 por 100 de aluminio y el 13 por 100 de silicio, con densidad análoga y una tenacidad muy grande, sirviendo para la fabricación de objetos moldeados por fusión. El duraluminio tiene 2'8 de densidad y es una aleación compleja con el 95 por 100 de aluminio, el 5 por 100 de cobre y trazas de magnesio. El magnalio tiene el 90 por 100 de aluminio y el 10 por 100 de magnesio, y su densidad es 2'5. Finalmente, en estos últimos días, el profesor Chaudron, director del Instituto de Lila, ha descubierto una aleación de aluminio, magnesio y manganeso, a la que ha llamado alumag, dotada de notables propiedades, entre las que se destaca una gran resistencia a la corrosión.

Los cristales metálicos.—Entendemos por cristales cuerpos geométricos limitados por superficies planas, como, por ejemplo, el cristal de roca, el alun, la sal de cocina o el azúcar candi. Teniendo esto en cuenta, si le preguntáis a una persona poco versada si los metales están cristalizados, es seguro que, acordándose de los carriles del tren, de la sartén de la cocina o de las monedas que lleva en el bolsillo, responda rotundamente que no.

Y, sin embargo, todos los metales, puros y aleaciones, tienen constitución cristalina, como lo demostró ya en 1885 el sabio francés Floris Osmond.

Pero estos cristales son muy pequeños, en general de menos de una décima de milímetro y otras veces aun mucho menores, por lo que se les llama microcristales, y sólo pueden ser observados con ayuda del microscopio.

Le cabe a Floris Osmond la gloria de haber creado la metalografía microscópica, y así como los biólogos han sabido aprovechar el microscopio para estudiar la constitución íntima de los organismos vivientes, la metalurgia, desde que dicho sabio inició esos estudios, ha sabido aprovechar también el microscopio para estudiar y conocer la naturaleza íntima de los cuerpos metálicos.



FLORIS OSMOND
Ingeniero francés
(1849-1912)

Creador de los métodos modernos para el estudio de las aleaciones.

Así se ha podido ver que todos los cuerpos metálicos tienen una constitución microcristalina y están constituidos por infinidad de pequeños cristales microscópicos, teniendo cada uno de ellos una orientación distinta y estando unidos unos a otros por una especie de cemento metálico que es parte metálica no cristalizada.

Recientemente se ha logrado obtener esos cristales metálicos aislados y de grandes dimensiones, o sea de varios centímetros, empleando diferentes procedimientos sumamente delicados, y se ha visto con enorme sorpresa que tales cristales son blandos con la consistencia de la cera.

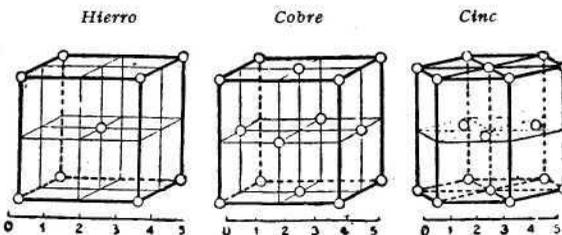
Este hecho viene a confirmar la hipótesis establecida hace más de veinte años por el inglés Beilby de que en los metales ordinarios los cristales son blandos, y es precisamente la parte amorfa o no cristalizada que los une y conglomerera la que les da su resistencia característica.

Cuando se trabaja un metal se le martillea, se le lamina o se le pasa por la hilera, el metal cambia de propiedades mecánicas y generalmente aumenta su tenacidad y su dureza, así como su fragilidad, disminuyen su plasticidad, su ductilidad y su maleabilidad y disminuye también su densidad, efectos que desaparecen con el recocido, o sea calentando el metal hasta cierta temperatura y dejándolo enfriar lentamente.

Y parece ser que ello es debido a que el trabajo a que es sometido el metal rompe y deshace muchos cristales microscópicos blandos y los transforma en parte amorfa dura y resistente.

Todo esto, como veremos después, lo aclara perfectamente la micrometalografía.

En América, el físico Hull, siguiendo una sugestión del alemán Laue, y utilizando una curiosa propiedad de los rayos X, ha venido ocupándose, desde hace diez años, en determinar la posición de los átomos en los cristales microscópicos de los metales. Hasta el presente ha encontrado nuevos tipos, de los que son los más sencillos los que representamos en las figuras 1, 2 y 3. El tungsteno de los filamentos de las lámparas incandescentes y el hierro a la temperatura ordinaria tienen en sus cristales la forma representada en la figura 1, que es la de un cubo conteniendo un átomo suplementario en su centro, o sea un cubo centrado. El cobre, el aluminio, el plomo y los metales preciosos tienen en sus cristales la forma representada en



FIGURAS 1, 2 y 3
Principales estructuras de los cristales metálicos.

la figura 2, o sea la de cubos con un átomo suplementario en el centro de cada una de sus caras. La figura 3 corresponde al cinc y al magnesio. Las figuras señalan también las dimensiones de estas agrupaciones cristalinicas de átomos metálicos. Las pequeñas escalas, situadas debajo, están graduadas en diezmillonésimas de milímetro. Si se trata, pues, de un microcristal de cobre cuyas dimensiones en décimas de milímetro sean 8, 3 y 2, en cada una de dichas tres dimensiones contendrá dicho microcristal respectivamente 2.200.000, 850.000 y 550.000 cubos, como el representado en la figura, de manera que el número de cubos contenido en el cristal microscópico será, en total, 1.334 seguido de quince ceros, y cuéntese que en cada cubo entran 14 átomos.

Se ve, pues, que la técnica moderna de los metales se fundamenta en bases científicas perfectamente establecidas que permiten hasta conocer el número de átomos contenido en cada uno de esos cristales microscópicos.

El análisis térmico.—Osmond estableció por primera vez este método para el estudio de las aleaciones, fundándose en que todas las propiedades físicas y mecánicas están íntimamente ligadas entre sí, de manera que, estudiando una de ellas, puede deducirse de tal estudio el conjunto de las propiedades de determinada aleación. Dicho estudio se hace sobre los puntos de fusión y solidificación.

Pongamos un ejemplo:

Obtenemos una serie de aleaciones de cobre y de plata variando las porciones sucesivamente (95 de plata y 5 de cobre, 90 de plata y 10 de cobre, 85 de plata y 15 de cobre... hasta llegar a 5 de plata y 95 de cobre). Y determinamos cuidadosamente las temperaturas en que empieza la fusión y la solidificación para las diferentes proporciones.

Si los resultados son representados gráficamente, tendremos la figura 4, en la que la línea

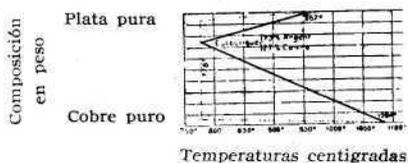


FIGURA 4
Diafragma de fusibilidades.

de puntos representa la temperatura de los comienzos de fusión de las aleaciones sólidas y la línea de trazo lleno las temperaturas de comien-

zo de solidificación de las aleaciones líquidas. Se ve en ella que para una cierta proporción (73 por 100 de plata y 27 por 100 de cobre) la temperatura de fusión es la más baja posible. Se dice que se trata de una aleación «eutéctica».

Este diagrama es de los más sencillos. En otros más complejos, la curva que se obtiene pone de manifiesto la existencia de «soluciones sólidas» y de «combinaciones químicas».

El examen micrográfico.—Este método, también establecido por Osmond, es interesantísimo, ya que permite ver con los ojos de la cara los misterios de la constitución microcristalina de los metales y las aleaciones.

Para realizar el examen micrográfico se prepara una superficie plana y pulimentada de la aleación que se desea estudiar. Mediante el ataque por diferentes productos químicos y a causa de la diferente velocidad de ataque de los diferentes componentes, adquiere dicha superficie diferentes aspectos. Finalmente se examina con el microscopio la superficie así preparada o se obtiene de ella una fotografía microscópica, siempre con una amplificación comprendida entre 50 y 200 diámetros.

Este examen nos enseña que las aleaciones pueden estar formadas:

1.º Por microcristales de cuerpos simples. La figura 9 es la microfotografía de cristales de cobre puro.

2.º Por microcristales de cuerpos compuestos. Tal es el «cuerpo puro» compuesto de 85 por 100 de bismuto y 15 por 100 de magnesio, cuya microestructura vemos en la figura 5.



FIGURA 9
Cobre recocido.



FIGURA 5
Cuerpo compuesto.

3.º Ocurre a veces que los constituyentes son mezclables, no sólo en estado líquido, sino aun en estado sólido. Se trata entonces de verdaderas soluciones sólidas muy homogéneas, como lo demuestra la microestructura del bronce formado por 95 por 100 de cobre y 5 por 100 de estaño que vemos en la figura 6.

4.º En fin, cuando los constituyentes no son mezclables en estado sólido pueden dar, para una constitución determinada, lugar a una eutéctica o aglomeración de cristales alternados, en la que el conjunto es lo más homogéneo posible, como lo indica el nombre derivado del griego y que quiere decir «buena disposición o depósito». La figura 7 es la microfotografía de una aleación eutéctica que contiene 87 por 100 de plomo y 13 por 100 de antimonio. La figura 8 es la micrografía de una aleación en la que hay exceso de uno de los constituyentes. Se trata de una aleación de 70 por 100 de bismuto y 30 por 100 de antimonio. Los cristales del bismuto

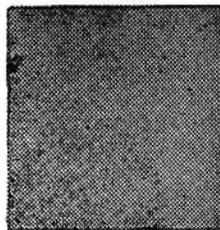


FIGURA 6
Solución sólida.

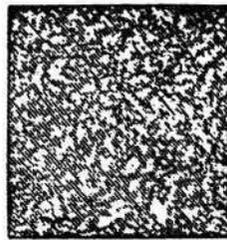


FIGURA 7
Eutéctica.

en exceso, más claros, se destacan sobre el fondo más oscuro de la eutéctica formada por 55 por 100 de bismuto y 45 por 100 de antimonio.

Ya hemos dicho que la figura 9 es la micrografía de cristales de cobre puro recocido. El mismo cobre, tras de ser forjado, presenta en su micrografía el aspecto bien diferente de la figura 10, que deja ver una mayor homogeneidad correspondiente a una mayor resistencia.

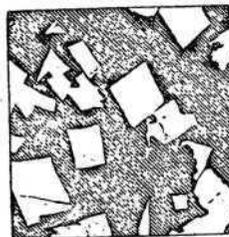


FIGURA 8
Metal y eutéctica.

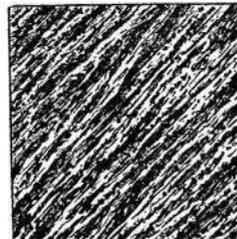


FIGURA 10
Cobre martillado.

El temple y el recocido.—Ya hemos dicho que cuando a un metal se le hace sufrir deformaciones permanentes, haciéndolo pasar por la hilera, por ejemplo, gana generalmente en tenacidad y pierde en ductilidad, efectos que desaparecen con el recocido.

El temple consiste en elevar la temperatura del metal, aunque sin llegar al punto de fusión, y enfriarlo rapidísimamente.

Y el temple, aplicado a determinadas aleaciones, produce en alto grado el mismo efecto que el forjado, el laminado o el paso por la hilera, efecto que desaparece igualmente por el recocido, o sea calentando y dejando enfriar lentamente.

Pero así como las deformaciones permanentes modifican, en general, a todos los metales, son pocos los que admiten el temple: en general los aceros.

Y es porque el temple únicamente puede producirse cuando la aleación tiene dos formas cristalinas diferentes, una a la temperatura ordinaria y otra a una temperatura elevada.

Al elevar la temperatura del acero, se modifica su forma cristalina. Si se deja enfriar lentamente recupera la forma cristalina correspondiente a la temperatura ordinaria. Pero si el enfriamiento es brusco, la forma cristalina correspondiente a la alta temperatura, que es más homogénea, no tiene tiempo de transformarse y subsiste.

La micrometalografía lo deja ver claramente.

La figura 11 es la microfotografía de un acero recocido y la 12, la de un acero templado.

Haciendo variar la temperatura y la rapidez del enfriado se tienen diferentes grados de temple, sobre los que el examen micrográfico da excelente información. Así se ha logrado domi-

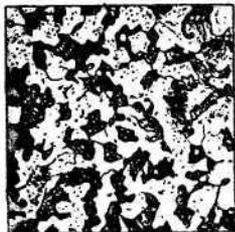


FIGURA 11
Acero recocido.



FIGURA 12
Acero templado.

nar perfectamente la técnica del temple sin tener que andar a ciegas, por tanteos empíricos, como ocurría antes.

Los aceros inoxidable.—Ya hemos indicado que el hierro y sus aleaciones son los elementos metálicos más usados por la industria actual.

Feró el hierro y sus aleaciones tienen el grave defecto de la oxidación o, mejor dicho, de la corrosión. El aire húmedo lo ataca y lo destruye rapidísimamente.

Así como han quedado numerosos vestigios de la Edad de Piedra, cuando hayan pasado muchos siglos, quedarán escasísimos vestigios de la edad en que ahora vivimos, porque el hierro que tanto empleamos es incapaz de resistir como el sílex a los agentes exteriores.

Y no ya con miras a que nuestras obras lleguen a lejanas edades futuras, sino tan sólo para que tengan en nuestros días una duración aceptable, el empleo del hierro obliga a gastar enormes cantidades de pintura que hay que renovar con extremada frecuencia. El viaducto de Madrid ha muerto víctima de la incuria por no ser atendida su pintura, víctima de la corrosión.

Y es que el óxido de hierro, que tan fácilmente se forma por la acción del aire húmedo, es poroso y permite que la oxidación penetre hasta el corazón de las piezas de hierro.

De manera que el encontrar un hierro o, mejor, un acero inoxidable es algo de altísima importancia.

Los aceros al cromo, de los que ya hemos hablado, y que son empleados en cuchillería, resisten extraordinariamente la oxidación, pero dicha resistencia ha sido aún mejorada añadiendo cierta proporción de níquel.

Los primeros aceros inoxidable al cromoníquel, patentados hace años por Krupp, actualmente conocidos con el nombre V2A, contienen próximamente 20 por 100 de cromo y 7 por 100 de níquel, y casi todas las fábricas de acero fabrican este tipo, en el que el tanto por ciento entre el cromo y el níquel suma 30.

Pero el verdadero tipo de acero inoxidable es el llamado acero austenítico 18/8, que contiene 18 por 100 de cromo y 8 por 100 de níquel, aparte de pequeñas cantidades de otros cuerpos que aumentan su resistencia a la corrosión para determinados agentes.

Para débiles porcentajes de cromo y níquel se obtienen aleaciones muy duras y poco resistentes a la corrosión, llamadas martensitas. Cuando crece el porcentaje se llega a obtener las llamadas austenitas, resistiendo bien a la corrosión. El acero 18/8 constituye la austenita con el mínimo posible de los metales caros, cromo y níquel.

Tratándose del límite pudiera correrse el peligro de una regresión al estado martensítico, lo que se evita con el «supertemple», o sea, un temple a 1.200 grados.

Las propiedades químicas de este acero inoxidable 18/8 son verdaderamente notables.

Este acero resiste muy bien a los agentes siguientes: ácido bórico, láctico, oxálico, pirogálico, sulfuroso, tártrico y steárico; ácido acético a frío, mezcla sulfúriconítrico, en todas proporciones; ácido nítrico puro, a todas concentraciones y temperaturas; sosa, potasa, amoníaco, agua amoniacal, sulfato de cobre y de hierro; aire húmedo, vapor de agua, agua de mar, *niebla salina*, aguas de minas; frutas, carnes, pescado, leche, cerveza, vino, sidra y vinagre.

Por el contrario, este acero resiste menos bien, aunque mejor que los aceros ordinarios, al ácido acético en caliente, ácido clorhídrico, ácido sulfúrico, cloruro estañoso y agua de bromo.

Ofrece cierta resistencia a la oxidación en caliente y a la corrosión producida por los humos de los hornos. Cuando se quiere aumentar su resistencia a la corrosión por humos más o menos sulfurosos, se le agrega un poco de silicio y de tungsteno.

El acero 18/8 se encuentra corrientemente en el comercio, en forma de barras, flejes y chapas, éstas, generalmente de un espesor de uno a dos milímetros y pulimentadas con brillo especular que, aunque no es indispensable, aumenta la inatacabilidad.

Este acero ha producido una verdadera revolución en la industria química, desterrando las costosas y frágiles tuberías de gres y las calderas con revestimiento interior de vidrio.

Los nitratos, los productos nitrados, las pólvoras sin humo, la dinamita, el celuloide, las materias plásticas, la seda artificial, todas estas industrias químicas y otras muchas más han encontrado inmensos beneficios con el empleo de este acero, cuya resistencia a los disolventes y oxidantes sólo es superada por los metales preciosos, siendo empleado dicho acero en tubos, grifos y recipientes de toda especie, bombas para ácidos, refrigerantes, torres de condensación, tubos sin soldadura y serpentinas de caldeo. También se emplea en tintorería, en las cubas, agitadores y bobinas; en la industria del blanqueo para todas las piezas en contacto con el agua oxigenada y con el hipoclorito, así como en las cubetas de las industrias fotográfica y cinematográfica.

La industria general ha adoptado este acero para los recalentadores de vapor y para las puertas de esclusas marinas. Ford lo emplea en numerosas piezas de sus automóviles, radiadores, tapones, linternas y faros. En las industrias de la alimentación ha recibido numerosos empleos y hasta en la decoración de exteriores e interiores, bastando un golpe de plumero para mantener su brillo inalterable. En el Empire State Building, que es en la actualidad el rascacielos

El pudor en la Biblia



La noción de pudor es engendrada y está justificada, créese comúnmente, por los peligros de los apetitos desordenados que provocaría la exhibición de los cuerpos en el estado de naturaleza: el pudor no sería más que un medio de salvaguardia contra la impudicia. En realidad, es fácil demostrar que nuestra representación colectiva del pudor está constituida por otros muchos elementos que esa precaución de seguridad individual y social; descubriríanse en ella supervivencias hebraicas, griegas, romanas y germánicas que, en forma de tabús vivaces, dirigen todavía nuestra moral de civilizados.

Un examen sumario de la mentalidad bíblica, que constituye, gracias al magisterio secular del cristianismo, una aportación considerable en la formación de la mentalidad europea, nos permitirá concebir en su origen esa disociación parcial de la moral sexual y del tabú del pudor.

Moral y pudor.—En primer lugar, no es necesario, a mi juicio, recordar que la moral sexual de los tiempos bíblicos es muy distinta de la que se halla en vigor en el seno de las religiones que se oponen a la Biblia. La conservación legítima de concubinas por patriarcas en gracia de Dios, la prostitución sagrada instituida en el templo de Jerusalén, la fornicación ordenada por el Eterno al profeta Oseas, todas estas cosas muy normales para la moralidad del pueblo elegido, son difícilmente asimilables para nuestra conciencia moral en su estado actual. Y se avienen bastante mal a la noción corriente de pudor.

Pero aun en las particularidades que le son

más alto del mundo con sus cuatrocientos metros de altura, han sido empleadas 150 toneladas de acero inoxidable, en placas decorativas exteriores.

Conclusión.—Unase a todo lo señalado lo que explicamos recientemente del bronce al glicinio, y será indispensable sorprenderse de los adelantos de la técnica de las aleaciones.

Pero nótese que todos ellos dimanaban de los trabajos desinteresados de los sabios que no soñaban con ganancias, ni siquiera con aumentar la felicidad humana, sino que únicamente ambicionaban «saber».

Y el día en que ese noble desinterés que ha guiado a los sabios y a los investigadores esté al alcance de todos, cuando no tengamos que preocuparnos del tuyo y del mío, ni de la dura conquista del pan... entonces las ciencias puras, con un avance arrollador, abrirán amplios cauces para una técnica aun más completa y más llena de posibilidades asombrosas.

comunes con la moral sexual de la Europa contemporánea, la moral sexual de la Palestina antigua no hace coincidir en modo alguno todas las prohibiciones que pesan sobre la actividad genésica y todas las prohibiciones por razón de pudor. Aun hoy se muestra una ilustración crucial, en varias comunidades judías, por el paño nupcial perforado, que salvaguarda la prohibición del desnudo en el propio seno de la legítima y santa actividad conyugal.

El desnudo solitario.—Es que, para Israel, el desnudo es vergonzoso, aun cuando se sustraiga a las miradas.

Si Adán y Eva, en el Edén, pudieron permanecer desnudos y no sentir vergüenza por ello, no es, como lo han pretendido sutiles teólogos, por razón de la inocencia sexual original, sino porque no poseían nada aún del santo y justo conocimiento de lo que está prescrito y de lo que está prohibido; en efecto, bajo amenaza de muerte, prohibición de gustar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal les había sido hecha por Yahweh, celoso de no compartir con sus criaturas el conocimiento moral, que constituye una de las superioridades de los dioses, siendo la otra la existencia eterna que destila el árbol de la vida (cap. III, versículo 22). Mas he aquí que la serpiente, el más avisado de los animales (capítulo III, versículo 1) y manifestamente el mejor informado, les desengaña: la amenaza de Yahweh es falaz, y si gustan del fruto prohibido serán semejantes a los dioses (versículos 5 y 22), que saben lo que es bueno y lo que es malo. Así, hagámoslo observar de paso, para el redactor yahwista del Génesis, y asimismo para los lectores del libro sagrado, el tabú del desnudo es inherente a la naturaleza del desnudo, y es conocido por tal por los dioses, lejos de que se extraiga su origen de una decisión divina.

Ahora bien; tan pronto como han comido el fruto, Adán y Eva se sonrojan de su desnudez. Esto es lógico, puesto que han adquirido el conocimiento. Pero es de sí mismos de quien se avergüenzan y no el uno a causa del otro, toda

vez que son los únicos habitantes humanos del Paraíso. Por lo que atañe a Dios, si tienen temor (versículo 10) porque han infringido el tabú del desnudo, no sienten vergüenza propiamente hablando, ya que se dejan revestir por él con vestidos de piel (versículo 21). De este modo, aun solitaria, la desnudez es vergonzosa.

La desnudez de los parientes próximos.—Esto es lo que explica, por extensión, la prohibición para el judío de ver la desnudez de los parientes próximos, porque ésta participa de su propia desnudez: «No descubrirás la desnudez de la hija de tu hijo o de la hija de tu hijo, pues es tu desnudez.» (Levit. XVIII, 10). Y las prohibiciones que pesan sobre los demás parientes—nada más que sobre parientes—hállanse formalmente justificadas por este mismo parentesco, en el curso del mismo capítulo bíblico.

Por eso Cam está maldito, por haber mirado con complacencia a su padre Noé desnudo (*Génesis*, IX).

El pudor y la dignidad social.—Pero la desnudez vergonzosa en sí, lo es también, naturalmente, y con más gravedad, cuando se la expone a las miradas ajenas. Es una vergüenza que ataca a la persona, y que es tanto más grave cuanto que la persona se halla más elevada en dignidad en la jerarquía social.

Es por esto que la prohibición está más claramente formulada por lo que atañe al sacerdote y precisamente para el momento augusto del culto: «No subirás a mi altar por gradas, a fin de que tu desnudez no se manifieste.» (*Exodo*, XX, 26). «Hazles calzoncillos de lino para velar su desnudez; que lleguen desde los riñones a los muslos. Aaron y sus hijos estarán revestidos con ellos cuando entren en la tienda de asignación o cuando vayan al altar para el culto del santuario; así no cometerán la falta y no morirán.» (*Exodo*, XXVIII, 42, 43).

Por la misma razón, la infracción es grave cuando es cometida por un rey. David, durante el traslado del arca santa a Jerusalén, «danza con todas sus fuerzas ante el Eterno», aunque no esté vestido más que con una estola de lino (II Samuel, VI, 14). Por eso su esposa Michol le reprocha con menosprecio el hallarse descubierto, él, un rey, como un «hombre cualquiera» para quien la falta es mucho más venial. Mas David se justifica: «Descubrirse es humillarse, y humillarse y envilecerse ante Dios es muy honorable: volverá a comenzar y más aún.» (Versículos 21 y 22).

El pudor y las emanaciones de la personalidad.—Pero hay que observar que la representación colectiva del tabú del desnudo no es la única que haya formado la actitud mental del pueblo judío con respecto al cuerpo humano. Se sobreponen otras corrientes colectivas de representaciones, la más importante de las cuales es la creencia, casi universal, y que sobrevive, además, al estado difuso, en las emanaciones de la personalidad por los orificios y las prominencias del cuerpo. He estudiado en otro lugar (1) por qué la mentalidad popular, así como

puede comprobarse en el folklore y en las palabras y en los gestos picarescos, atribuye al miembro viril, como a las demás protuberancias corporales, el poder de propulsar la potencia personal, y de hecho y por consiguiente, el símbolo decisivo de la personalidad y de la fuerza.

Se encuentran muy claramente vestigios de esta representación colectiva en la circuncisión. Es muy de notar que la noción hebraica de pudor, la más clara y la más rígida del mundo mediterráneo, no hubiese bastado para hacer elegir, como señal de alianza en Yahweh e Israel, otro criterio que la mutilación parcial de un órgano declarado vergonzoso. No logrará uno explicar esa lección ni por el análisis del concepto de alianza ni por los datos biológicos comprendidos en la noción de órgano masculino. No nos lo explicaremos más que si nos atenemos al valor simbólico de este órgano; Yahweh, que ama los sacrificios, esto es, el renunciamiento a un bien, pide que sea extraído en ofrenda y en consagración una parte de lo que representa lo mejor y lo más noble de la personalidad del fiel; por ende, el fiel simboliza la ofrenda y la consagración de sí mismo.

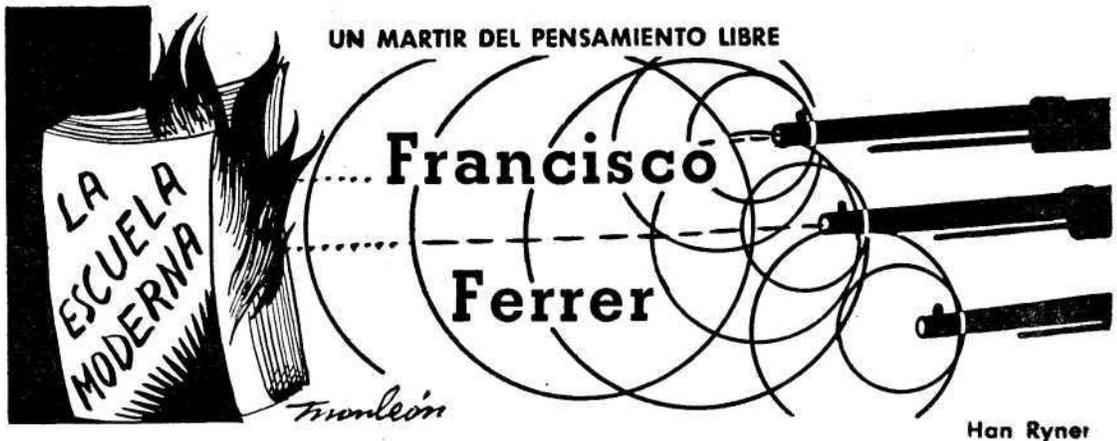
Esta explicación se confirma al estudiar la extraña proposición del rey Saúl. Queriendo perder a David, del cual está celoso, le promete su hija si le trae cien prepucios de sus enemigos nacionales, los filisteos. David, piensa, hallará la muerte en la tentativa. Pero el joven héroe vuelve triunfante y «cuenta» a Saúl no cien, sino doscientos prepucios de enemigos (I Samuel, XVIII). No se dirá que Saúl ha querido obtener la iniciación religiosa de incrédulos: el espíritu de proselitismo era desconocido de los judíos de aquella época; y, por otra parte, David mata a sus enemigos antes de mutilarlos. (Versículo 27). Si Saúl puede creerse «vengado de sus enemigos» (versículo 25) desde el momento en que es dueño de sus prepucios, es porque detenta así, como trofeo, la mejor señal de la victoria más completa sobre su personalidad.

Así se comprende también que la ley del pudor no prohiba en modo alguno al venerable patriarca Abraham hacer uso del rito más solemne del juramento, el palpamiento de las partes sexuales viriles. (*Génesis*, XXIV, 1, 9), pues este rito se sitúa en otro plano de la mentalidad colectiva. Por medio de este palpamiento del lugar privilegiado de la dignidad personal se vincula uno muy gravemente con respecto a la persona. De igual manera, en los cantos homéricos, el suplicante lleva ventaja sobre aquel que implora desde el momento en que logra asir su mentón o sus rodillas, partes saledizas de su cuerpo.

Hay mucha distancia de estas creencias bíblicas a nuestras ideas corrientes. No obstante, descubriríase aún su curiosa supervivencia en el pudor moderno e incluso entre nosotros.

(Traducción de E. Muñiz)

(1) *La representación colectiva de la sexualidad. Comunicación al Primer Congreso Internacional de Psicología aplicada. París.*



ERAN tan sencillos sus modales que sólo a fuerza de reflexión podían, quienes le trataban, darse cuenta de su simplicidad, y, a pesar de algunas apariencias secamente pedagógicas o cálidamente apostólicas, Francisco Ferrer Guardia resultaba ser el más bondadoso de los hombres y también el más sensible. Al saludarle por vez primera, y heridos en sus convicciones por ignorar la profunda belleza del áspero propagandista, algunos individuos se mostraban recelosos y reservados, sin querer dar importancia alguna a sus palabras, considerándole exclusivamente como un importuno; sin embargo, ni siquiera estos incipientes adversarios podían olvidar aquellos ojos negros, relucientes como una llama, ni su voz fuerte y precisa, a la vez que entusiasta y algo ronca.

De mediana puede calificarse la estatua de Ferrer; pero los rasgos de su fisonomía, coronados por una vasta frente, eran netos y elocuentes. Sin inquietarse por los dictados de la moda ni del aspecto externo, llevaba los cabellos cortados de manera indefinida y ostentaba un poblado bigote y una corta barba puntiaguda. Casi siempre vestía un traje gris, que no llamaba la atención y que no preocupaba en lo más mínimo a su propietario. ¿Cómo todos aquellos detalles, exentos de rebusca y banalmente limpios, podían armonizarse para dar la impresión de que quien los poseía era un hombre de pensamiento profundo, plétórico de voluntad, perseverante y fuerte?

En su juventud atendía a sus más perentorias necesidades dando lecciones a domicilio. Pero había un lujo del que no sabía prescindir: ayudar a sus camaradas necesitados. Para satisfacer esta suntuosa inclinación de su sentimentalidad se limitaba a tomar diariamente una sola comida. Pero estos favores insignificantes le dejaban insatisfecho. Tenía proyectos mucho más vastos y, a su juicio, en mayor grado útiles. Aquel pobre profesor aspiraba, nostálgico y ávido, a realizar maravillosas generosidades pedagógicas.

La fortuna llegó a él de repente. ¿Podía suceder de otro modo en un hombre de sensibilidad activa que se arruinaba todos los días para realizar el bien inmediato? Sus magníficos sueños, que eran al principio llamadas y torturas, no le dejaban economizar para su realización. Pero

una herencia considerable le permitió, por fin, poner en práctica lo que tanto deseaba.

La ingenuidad de los veinte años le había lanzado a la acción insurreccional. Pero, al poco tiempo, las experiencias y la meditación apagaron —hasta el extremo de que no volvió a encenderse más en él— la llama infantil de la esperanza revolucionaria. Para cambiar el modo de ser de la humanidad no reconoció ya otro medio más eficaz que la educación. Sólo ésta —decía él mismo— «facilitará el avance y hará que la conquista de todo ideal generoso sea mucho más fácil». Ocuparse de revolución y reformas sociales «sin saber cómo educaremos a nuestros hijos» era, a sus ojos, «empezar por el fin y perder el tiempo».

Fundó, pues, con este objeto, en la católica e ignorante España de entonces, una escuela: La Escuela Moderna, de cuyas enseñanzas, con una neutralidad sistemática y encomiable, apartaba lo mismo la religión que la política. Se prohibía a los maestros toda explicación tendenciosa. «Hagamos de nuestros hijos muchachos instruidos», decía Ferrer; y afirmaba que, de esta suerte, al llegar a hombres, protegidos contra todo prejuicio y acostumbrados a los métodos científicos y críticos, encontrarían por sí mismos la verdad social.

Esta Escuela Moderna publicaba un Boletín, y, al poco tiempo, Ferrer pudo abrir una editorial.

Mateo Morral, empleado durante algún tiempo en la editorial como traductor, profesaba, según pudo comprobarse al examinar su correspondencia con los agitadores rusos, un gran desdén hacia el pedagogo. Decía de él que era «uno de esos débiles y timoratos que creen que con pronunciar discursos está todo solucionado». El 31 de mayo de 1906, este Mateo Morral realizó un acto que creyó, indudablemente, más útil que un discurso.

Aprovechando las fiestas del matrimonio del rey, arrojó contra el cortejo una bomba que mató algunos caballos y unos guardias, cosa que, con toda seguridad, no habría logrado ningún discurso. Las autoridades aprovecharon esta feliz coyuntura para detener a Ferrer y llevarle a los tribunales. La acusación se basaba en unos párrafos de algunas cartas del acusado, en los que se hacía una especie de apología del asesino.

nato político y de las bombas. Afortunadamente, la maniobra fué descubierta, apareciendo en claro otras que permanecían en el misterio. Y la opinión pública, de ordinario tan inerte, se agitó un poco ante el celo excesivo desplegado por la policía. Y los jueces no se atrevieron a condenarle. A pesar de ello, la bomba lanzada por Mateo Morral fué útil para la autoridad, puesto que se cerró gubernativamente la Escuela Moderna. Esta actitud gubernamental demostró una vez más al pacífico y sistemático Ferrer, que era imprescindible buscar la emancipación humana en el seno de la educación, y solamente en ella».

Imposibilitado de educar directamente a los hijos de los obreros españoles, fundó en Londres una revista titulada *La Escuela Renovada*, y multiplicó las ediciones de obras liberadoras. Hizo traducir al español libros de Elíseo Reclus, Kropotkin y otros educadores. Además, anunciaba la realización de dos proyectos amenazadores para la gente de orden: la apertura, en Barcelona, de un Museo Pedagógico y de una Escuela Normal.

Tanto el clero como el Gobierno se irritaban ante tan invencida actividad y contra tantos desafíos y «crímenes».

En julio de 1909, Ferrer se hallaba cerca de Barcelona, en su propiedad del «Mas Germinal», en el término municipal de Mongat. Sin pensar en que se producía un motin en la ciudad y que éste aumentaba en proporciones, fué a Barcelona para atender los quehaceres de su editorial. Mientras estaba en la Ciudad Condal corrió el rumor de que Ferrer se había puesto al frente de un grupo de revolucionarios, en Premiá, y que habían quemado un convento. Sin embargo, en dicha población no se registró ningún incendio. Pero había gente «honrada» que afirmaba que otras personas le habían visto. Sin duda, con los ojos de la fe. Este pretexto fué suficiente para que le detuvieran de nuevo. Sólo la primera detención hace vacilar a la «Justicia», y aun no en todas ocasiones.

Esta vez las autoridades estaban resueltas a extinguir una luz excesivamente obstinada y que, según pretendían, se había trocado en incendiaria. Cuando asesinaron a Ferrer la rebelión estaba sofocada desde hacía meses. Pero el asunto Morral había demostrado que los jueces profesionales no son siempre lacayos perfectos ni verdugos de una docilidad absoluta. Queriendo, por tanto, que su crimen tuviese un éxito seguro y una apariencia legal, los asesinos mantuvieron en Barcelona un estado de guerra ridículamente inútil, y se apresuraron a entregar a Ferrer a un Consejo de guerra.

Entonces se trataba, efectivamente, de juzgar y condenar. Era indispensable, basándose en un pretexto cualquiera, destrozarse a un enemigo a quien no habían podido desalentar. «En nombre propio y en el de todos los prelados de Cataluña», el obispo de Barcelona dirigió al Gobierno una emocionante y mortífera protesta contra los sucesos de Barcelona (la llamada «semana trágica») en el mes de julio, y acusaba «a los que de ello son responsables, es decir, a los partidarios de las escuelas sin Dios». De no eliminar a esos criminales, «la paz entre los pueblos llegaría a hacerse imposible». Esta aniquilación necesaria era esperada confiadamente por el clero

catalán, seguro «de los sentimientos religiosos del Gobierno, de su amor a la patria y de su compasión hacia las desdichas de la Iglesia».

La confianza del obispo era fundada. El asesinato judicial fué llevado a cabo con una decisión y un impudor digno de militares. Por estúpidos que queramos suponerles, los jueces no podían ignorar la inocencia del acusado. Para fingir que le creían culpable precisaban no sólo deformar e inventar hechos, sino también taponarse los oídos, unas veces prudentemente y otras con ingenuidad.

Tres mil personas se hallaban detenidas a causa de los sucesos. Todas fueron interrogadas acerca de la participación de Ferrer en los mismos. Los que declaraban haberle conocido eran sometidos a torturas, a fin de que afirmaran que Ferrer había dado órdenes, consejos o dinero. Pero, ¡ay!, muy pocos de los detenidos conocían al inculpado, y quienes sabían de él afirmaban no haberle visto durante los sucesos. Sin embargo, a fuerza de buscar entre estos tres mil y de cultivar entre ellos los más cobardes sentimientos, se descubrieron o crearon ochenta testigos que afirmaban que el acusado había quemado iglesias o un convento en Premiá, donde no ardió ningún edificio. Según parece, había tratado también de hacer proclamar la República en aquel pueblo. Pero incluso estos testigos decían no haber visto tales cosas personalmente, sino que se las habían contado. Los más atrevidos declararon haber oído pronunciar a Ferrer palabras subversivas. De entre los ochenta eligieron a cuatro que fueron careados con Ferrer. A cambio de lo que declararían contra el acusado se había acordado concederles la libertad. Ferrer cogió a los desgraciados en flagrante delito de mentira y demostró que en sus afirmaciones había contradicciones ridículas. Estos careos, que resultaban poco favorables para la acusación, fueron interrumpidos. Ya no volvió a hacerse ninguna otra tentativa de este género.

Por medio de groseras maniobras se impidió que declarasen los verdaderos testigos, aquellos que podían demostrar lo que había hecho Ferrer durante los desórdenes. Algunos de éstos, al ver que no se les citaba, se ofrecieron espontáneamente, pero el juez les contestó que se presentaban demasiado tarde. El comandante don Valerio Raso Negrini, encargado de instruir el sumario, declaró que éste se consideraba concluso. Y, no obstante, don Valerio continuaba interrogando a los presos, buscando entre ellos cualquier apariencia de cargo contra Ferrer.

Este quiso que se citara a personas que podían demostrar su inculpabilidad. El Valerio Raso se negó a ello, con indignación, afirmando que todos los plazos legales habían expirado.

Tuvieron buen cuidado de no asignarle defensor alguno hasta la expiración de estos plazos famosos, y a todas las peticiones del defensor se opuso la misma objeción legal. Se ataba al hombre antes de decirle: «¡Defiéndete!»

La policía realizó en el domicilio de Ferrer un registro que duró once horas. Así fué posible encontrar, en la correspondencia de este maestro, un documento *comprometedor* que el fiscal esgrimía como arma poderosa y con aires de triunfo. Se trata de un borrador en el que Ferrer prometía publicar en su revista un artículo de Aristides Pradelle, vergonzosamente titulado:

«El triunfo del dinamismo atómico.» La palabra «dinamismo» equivalía, según convencimiento de los agentes de la autoridad y del erudito fiscal, a... dinamita (1).

Es indudable que la presencia de ciertas personas que carecen de fe, molesta, como en determinadas manifestaciones espiritistas, las investigaciones policíacas. Por comprometedor que fuese el terrible vocablo «dinamismo», deseaban, a toda costa, enriquecer esta primera cosecha. Se expulsó a la familia y, lejos de toda mirada escéptica, se reanudaron los registros. Secundados por soldadesca «capacitada» y por guardias civiles, los policías se instalaron dos días y dos noches en el «Mas Germinal», sondearon los muros, derribaron algunos de éstos, exploraron los pozos y las conducciones de agua. Por fin, cual triunfantes prestidigitadores —¡Señores, nada en las manos, nada en los bolsillos!— llevaron al juez más de un papel escalofriante.

Por fin —¡oh alegría!— habían hallado una circular número 1, que, según el fiscal, era «todo un programa de subversión social, y que, entre otros artículos, contenía uno referente a la destrucción de los bancos y, además, la fórmula de la plancastita».

Esta dichosa «circular número 1», que no circuló nunca, que no había sido hallada en poder de ninguno de los tres mil detenidos, estaba escrita a máquina; pero a la prueba iban ajenas dos cartas escritas a pluma y otra corregida. El falsificador al servicio de la policía había realizado su trabajo con toda perfección, pero los peritos sólo pudieron declarar, por complacer al Gobierno, mas con inquietud en la conciencia, que tales correcciones «podían haber sido escritas por la misma mano que algunas letras trazadas por Ferrer». No obstante, añadían, tal vez avergonzados: «No podemos afirmarlo categóricamente.» El acta de acusación y el informe fiscal fingen ignorar estas dudas poco valerosas, y dicen, dogmáticamente militares, que: «Los peritos calígrafos afirman que las correcciones debieron ser hechas por Ferrer.»

Este respondió siempre a todas las acusaciones e interrogatorios con sencillez y verdad, diciendo que era sociólogo y filósofo, pero no químico ni revolucionario; que tan sólo creía en el progreso forjado por la educación y que sus actividades eran únicamente las de un pedagogo y un editor.

Las sesiones del Consejo de guerra —conservemos el nombre oficial de la comedia innoble y asesina— comenzaron el 9 de octubre en la sala de actos de la Cárcel Celular. Poco antes habían impuesto a Ferrer la vejación de medirle y habían aprovechado la oportunidad para vestirle con un miserable y ridículo traje por el que, según parece, habían pagado catorce pesetas. Al reclamar Ferrer los vestidos que llevaba antes

de la medición, le contestaron que no poseía vestido alguno, puesto que todos sus bienes habían sido confiscados. Y era cierto; no poseía nada: escudándose en el mismo pretexto, tan fantástico, antes de haber sido sentenciado le negaron incluso un pañuelo de bolsillo. Tales procedimientos extrañaron incluso a los mismos carceleros.

Entre dos hileras de soldados el acusado entró en la Sala con paso calmo y sin manifestar siquiera desdén. Saludó al tribunal y al público con un movimiento de cabeza, y, sonriendo, se excusó por no haberse presentado con un traje más apropiado y respetuoso. Pero cuando iba a explicar el porqué, el presidente, don Eduardo Aguirre de la Calle, teniente coronel del regimiento de Infantería de Mallorca, interrumpióle afirmando, de manera brutal, que el momento no era oportuno para tales explicaciones.

La farsa pública que comenzara con esta primera negativa a oír al acusado, continuó así, gloriosa e insolentemente militar. El defensor capitán Francisco Galcerán, demostró, sin embargo que, a veces, puede cobijarse una conciencia noble bajo un uniforme. Demostró elocuentemente la inocencia de su patrocinado, la inconsistencia de los cargos y la irregularidad escandalosa del procedimiento seguido (1).

Si no se hubiese tratado de llegar al asesinato que se estaba preparando, la audiencia pública habría resultado admirablemente cómica. Se prescindió de interrogar al acusado y de llamar a ningún testigo.

Los códigos se han hecho para permitir los crímenes. La ley militar española autoriza tales procedimientos, y, sin embargo, semejante legalidad parecía monstruosa, incluso a los mismos que ordenaban aplicarla. El Gobierno exigió a las agencias telegráficas comunicaran al mundo entero que había habido interrogatorio y desfile de testigos. Por desgracia para aquél, el *Times* tenía un enviado especial en Barcelona que hizo conocer la verdad.

Al final de las pretendidas sesiones, fingieron los jueces hacer una concesión, preguntando a acusado «si tenía algo que alegar».

Ferrer, tomando en serio la pregunta, comenzó a decir:

—Tengo mucho que alegar; todavía tengo que decirlo todo en un juicio en el que se han negado a escuchar a mis testigos y en que...

Entonces el presidente se levantó, gritando:

—No permito al acusado hacer manifestaciones extemporáneas.

Y, mientras los soldados se llevaban a Ferrer, el señor Aguirre, seguido de sus asesores y cómplices, pasó al salón de deliberaciones y del asesinato.

(1) Cuando se trata de la inteligencia y la buena fe de los señores oficiales, lo verdadero puede no ser verosímil. Pero el «sabio» fiscal, enemigo de Ferrer, no es un caso único en los anales de la Justicia española. En 1897, no recuerdo qué escritor catalán fué perseguido por haber publicado la traducción de *El Cuervo*, famoso cuento de Edgar Allan Poe. En este poema se nombra a la diosa Pal-las. La policía y los jueces militares —¡tan inteligentes!— confundieron esta divinidad griega con el anarquista Pallás, que acababa de ser condenado por haber arrojado una bomba. El traductor estaba acusado de realizar propaganda anarquista y de excitar a la rebelión, sin que hubiese tenido concomitancia alguna con aquélla ni con ésta.

(1) El verdadero valor nunca deja de ser castigado entre los soldados. Después de la ejecución de Ferrer, Galcerán fué encarcelado. Las protestas indignadas de los Colegios de Abogados de París, Londres y otras capitales, hicieron retroceder al valiente ejército español, y Francisco Galcerán fué puesto en libertad.

El 15 de octubre de 1909 se reunieron las Cortes en Madrid. Para evitar que algún diputado diese estado parlamentario a las protestas universales y reclamase el restablecimiento de las garantías constitucionales en Cataluña y el levantamiento del estado de guerra, que desde hacía dos meses era ya una medida inútil, y exigiese, además, que Ferrer fuese juzgado por un tribunal ordinario y no por un Consejo de guerra, se precipitaron extraordinariamente los últimos actos del proceso y de la ejecución.

El 12 de octubre, el preso fué trasladado a Montjuich. A la mañana siguiente, hacia las ocho de la noche, pasó a presencia del gobernador de la fortaleza. Allí, el juez instructor, asistido por su secretario y rodeado de soldados armados, le leyó la sentencia de muerte pronunciada por los jueces marciales. «Sentencia ratificada por el capitán general y acerca de la cual el Consejo de Ministros no ha creído conveniente solicitar la clemencia real.»

Ferrer escucha en silencio. Su frente palidece tígeramente, y su labio inferior esboza una mueca de asco. Con mano indiferente y segura, sin temblores ni vacilación, estampa su firma al pie del documento en que reconoce habersele leído la sentencia. Sin pronunciar una sola palabra ante el Valerio Raso, bravo más cobarde que ningún otro, puesto que mata al amparo de la ley, se deja conducir a su celda, que encuentra ocupada por soldados y guardias civiles. Le cachean minuciosamente, como si temieran el suicidio de un hombre al cual ya no darán ni un solo segundo de soledad y al que han de matar a la mañana siguiente. Le quitan la corbata, el cuello, los botones, todo lo que puede constituir o utilizarse como cordel. Le hacen vestir una camisa especial y, sin permitirle llevar consigo las fotografías de los seres amados, lo conducen a otra celda donde queda en capilla.

Esta había sido instalada con un arte emocionante y macabro. El altar estaba cubierto de un lienzo negro, que hacía más horribas las desnudas calaveras y las tibias cruzadas. Sobre el mismo había una custodia de oro, consoladora para algunos, pero irritante para otros. Estaba allí el padre Font, jesuita muy conocido en aquella época. Comenzó a hablar, con palabras banales, y, a su juicio, consoladoras como la custodia y la hostia. Ferrer lo apartó con tal gesto de repugnancia, que el hombre enrojeció, luego plegó sus labios en una sonrisa crispada y se alejó. El jesuita fué reemplazado por el limosnero de Montjuich, cuya tenacidad se había hecho célebre. A partir de las primeras palabras, el condenado movió los hombros y se volvió de espaldas al importuno.

—No quiero tener nada de común con las ropas negras—dijo.

La ley piadosa no permitía dejar solo a un hombre al que la ley magnánima torturaba antes de matarlo. Incitado por la ley y por su gran amor hacia el prójimo, el limosnero continuaba «asistiendo» a Ferrer. Numerosos Hermanos de la Caridad le asistían también. En distintas ocasiones le propusieron traerle alimentos, licores, cigarros. Con un gesto, Ferrer los rechazaba. Pero, viendo que los ofrecimientos se renovaban con excesiva obstinación, dijo, por fin, a sus perseguidores:

—Para mirar de frente a la muerte, de igual manera como miré siempre a la vida, no tengo necesidad de embriagarme con vuestro alcohol ni con vuestra fe ridícula, y menos apelando a vuestra cobarde esperanza.

Los religiosos se arrodillaron en dos hileras. Muy humanas, la ley o la costumbre prohibían al condenado sentarse. Esperaban, de esta suerte, obligarle a arrodillarse y, doblando la máquina (según los preceptos de Pascal), obtener el atontamiento, la renuncia a los fueros de la razón y sumir al reo en una emoción de terror y espe-

ranza. Pero el inquebrantable Ferrer, a pesar del agotamiento físico ocasionado por la celda, en exceso húmeda y sucia, dedicóse a pasear toda la noche por entre las dos asquerosas hileras de estúpidos orantes.

Las tentativas del limosnero para inducirle a rogar «al Dios de todas las misericordias» no obtenían otra respuesta que movimientos de cabeza, miradas desdeñosas y, finalmente, sonrisas irónicas.

—Hermano mío —dijo, al fin, la voz melosa— sería dichoso si por lo menos se dignara usted expresar un deseo...

—Sea —contestó Ferrer—. Dictaré mis últimas voluntades, si es que ello es posible.

Ferrer había sido «condenado a pagar subsidiariamente los perjuicios causados durante el levantamiento popular por los incendios, los robos y los destrozos en las vías de comunicación» «La totalidad de los bienes de Francisco Ferrer Guardia» había de ser embargada, según la sentencia, a fin de garantizar esta responsabilidad civil. Quizá los que acompañaban a Ferrer en aquel instante ignoraban tal detalle; tal vez quisieron que el que iba a morir fuera a la muerte con esa vana satisfacción; o bien pensaron que los bienes que Ferrer poseía en Francia no podrían ser incautados, lo cierto es que nadie hizo al condenado objeción alguna y que se llamó inmediatamente al decano del Colegio de Notarios, de Barcelona. Ferrer, paseándose siempre entre las dos hileras de arrodillados, dictó al señor Juan Permanyer un testamento largo y prolijo.

Por medio del mismo dejaba asegurada la existencia de Soledad Villafranca, la amiga de los días difíciles. Repartía el resto de su fortuna entre la Escuela Moderna y sus hijas. Pero rogaba a éstas que lo dejaran todo, si podían, en manos de las personas que designaba para continuar su obra. Y explicaba ésta y la imperiosa necesidad de llevarla a cabo. Se alegraba de morir como un mártir. Esperaba que su suplicio, al llamar la atención universal acerca de su obra inundaría más eficacia a su ejemplo.

Cuando el notario se hubo marchado, los monjes hicieron una nueva tentativa de conversión. Contaban católicamente con que aquel hombre maltratado por dos meses de cautividad en un calabozo de «riguroso castigo», húmedo, sin aire, sin luz, sucio hasta oler mal; que aquel enfermo desquiciado por una noche de insomnio, de angustia y de ininterrumpido caminar, tendría, seguramente, algún momento de debilidad. Pero él les dijo:

—Señores, tengo mis ideas, y de ellas estoy tan absolutamente convencido como puedan estarlo ustedes de las suyas. Si desean discutir conmigo, hablemos, si no déjenme en paz.

Uno de ellos, alto y moreno, descendiente visible de algún moro demasiado bien convertido, insistía con celo. Ferrer le objetó:

—A pesar de lo absurdo de vuestros dogmas tal vez habría sido cristiano, señor mío, cuando vuestros más célebres apologistas eran mártires. Pero desde hace muchos siglos os habéis convertido en verdugos. A todo lo largo de la Historia desprecio a los perseguidores. En atención a la dignidad de mi muerte, les agradeceré, señores, que no me obliguen a ninguna aplicación

demasiado actual acerca de mi opinión con respecto a los verdugos.

El moro, demasiado bien convertido, se atrevió, agitando los brazos amenazadores, a gritar que Ferrer iba a comparecer ante un Dios irri- tado.

Entonces el condenado rió por última vez en su vida. Después de tal desahogo apaciguador, repuso:

—Si existiese un Dios no sería tan injusto ni tan imbécil que dirigiese su cólera tan mal como usted pretende. Está usted deshonrando a su ídolo. Haya lo que haya después de la muerte, ya las balas de los soldados me arrojen a la nada o a otra vida, prefiero mi lugar que el de usted. Mas ya que aquí cada uno está satisfecho y se siente orgulloso de lo que la suerte le depara, creo que podríamos tener la discreción de callarnos.

—Escuche, señor Ferrer, es por su bien...

—Al hablar de los suplicios ultraterrenos no hay ningún ser noble que pueda escuchar lo que ustedes dicen.

—Jesús, que murió para salvar a todos los hombres...

—Está sonriendo, si es que sobrevive en alguna parte, a Francisco Ferrer, que morirá por los hombres.

A las 8'45 de la mañana llegaron las autoridades, después de haber permanecido el reo doce horas en capilla. Fueron sorteados los soldados que habían de formar el pelotón ejecutor, así como los religiosos que tenían que «asistir» y perseguir hasta el fin al condenado.

Ferrer se encaminó al lugar del suplicio entre dos hileras de soldados y con las manos atadas a la espalda. A su lado andaba el limosnero, que seguía obstinado en susurrarle al oído palabras que, a ojos vistas, le molestaban. Menos odiosamente indiscretos y aceptando su derrota, los Hermanos de la Caridad le seguían, mudos.

—Señor —dijo, por fin, Ferrer, excitado por la insistencia del cura—, ¿se empeña usted en robarme los últimos minutos que me restan de vida? ¿No podría usted hacerme el favor de callar y dejar que piense según mi propio ritmo? Y si sois tan cruel que estas consideraciones no os mueven al silencio, ¿no teméis destruir mi esfuerzo de serenidad y arrancarme alguna blasfemia casi tan impía como vuestras oraciones?

Pero el limosnero, con una valentía soberbia, dijo:

—Cumpliré con mi deber hasta el fin, señor. La caridad exige...

—Esta caridad exige que usted turbe mi paz final y haga más pesado mi martirio. Ejerza, pues, su caridad, noble verdugó suplementario. Procuraré no volver a cometer la ridiculez de contestarle.

No obstante, unos pasos más allá, dijo:

—Gracias, cura. Sin usted mi alegría sería demasiado calma y mi muerte, excesivamente fácil.

Acababan de llegar. El gobernador del castillo preguntó al condenado:

—¿Tiene usted algún ruego que hacer o desea entregarnos alguna cosa?

Ferrer expresó el deseo de ser fusilado en pie y dando la cara al pelotón, sin que le vendaran los ojos.

Los oficiales se agruparon para deliberar. Uno de ellos volvió al poco rato. Explicó que llevaban su condescendencia hasta el extremo de consentirle que recibiera la muerte sin arrodillarse. Pero era necesario vendarle los ojos. Queriendo seguramente demostrar cuán semejante es la famosa cortesía militar a la hipocresía clerical, declaró con solemnidad:

—No se permite a los traidores morir viendo al enemigo.

Le vendaron los ojos, y, sin desatarle las manos, permaneció arrimado al muro. Tenía el pie derecho ligeramente hacia adelante; la cabeza erguida y algo echada hacia atrás, como si por debajo del pañuelo mal ajustado estuviera viendo lo que pasaba ante sí —quizás lo veía, en efecto— y permanecía en una posición de tranquilidad más que de desafío.

Con voz fuerte y sencilla, gritó:

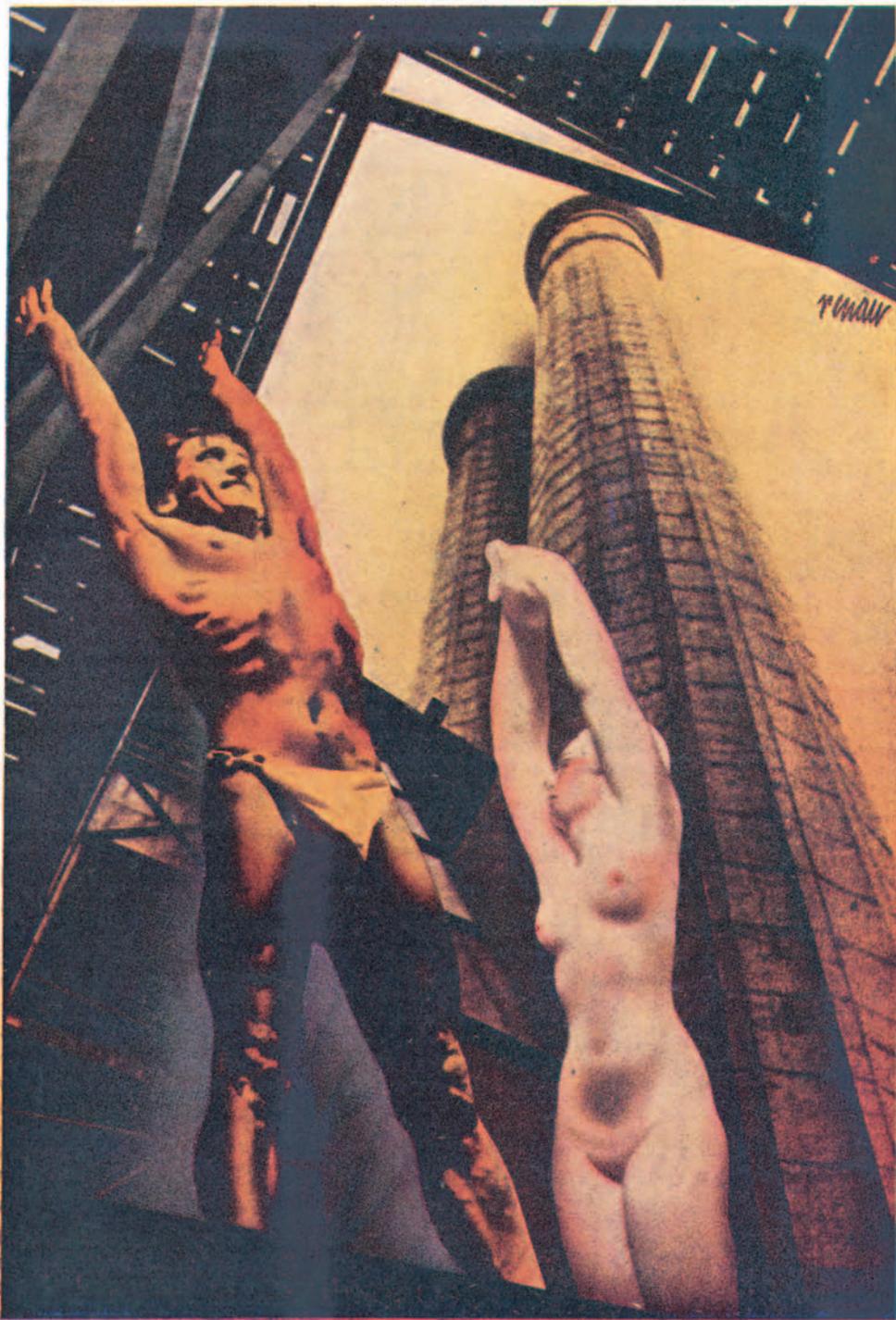
—Muchachos, vosotros no tenéis la culpa. Apuntad bien. Viva la Escuela Moderna. Muero inocente y dichoso de...

Pero un gesto autoritario había dado orden de ¡fuego! y los fusiles acababan de disparar. Ferrer cayó al suelo sin terminar la frase comenzada. En nombre de la justicia y por instigación del clero catalán, tres balas acababan de destrozar un cerebro culpable sólo de haber pensado siempre libre, noble y fraternalmente.

NIETZSCHE

¡Es mucho más allá de ti en donde debes amar un día! ¡Aprende, pues, a amar!

IV. - ¿...? El Amor Humano



El Amor, esa pura amistad de la sangre, no puede establecerse en el vacío de un idealismo subjetivo.

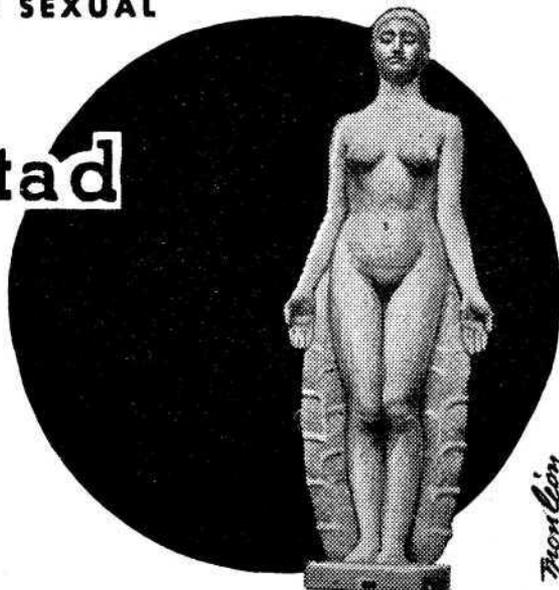
Esa sangre —sangre oprimida, reprimida hoy— capaz de amar hasta extremos infinitos, debe derramarse aún a raudales para conquistar su derecho a amar.

Porque el amar —en el sentido más ubicuo del término— es la consecuencia final de la condición humana.

Y porque su ambiente es una colectividad social sin trabas al libre desarrollo de la convivencia humana.

Hay que destruir aún, hay que odiar aún para dejar vía libre al verdadero AMOR de mañana.

De la pubertad



Dr. Marcel Viard

EN la pubertad, el hombre joven se muestra inquieto, tímido, se repliega sobre sí mismo y busca más y más su independencia moral. Quiere pensar y obrar por sí sólo, sin consejos y se rebela contra la tutela de sus padres. Niega, contradice y se obstina. Aspira a la libertad, rehuye la vida de familia por fre-



countaciones más o menos dudosas, con la esperanza de ver satisfechos deseos imperiosos, pero aun confusos.

Estos deseos deben ser disciplinados, orienta-

dos, satisfechos en la sublimación y no por el único gesto brutal, que es perfectamente despreciable. Ciertamente, es útil que el joven aprecie la gracia física de la mujer y que experimente una emoción a la vista de sus formas y de los movimientos de su cuerpo, pero importa que asocie la belleza moral a la belleza física para gozar plenamente del encanto femenino.

Muchos hombres no llegan a ese estado y continúan siendo toda su vida «muchachitos», sin tener la menor idea de las desilusiones que provocan en sus compañeras, más finas, más delicadas, más evolucionadas, más puras.

El hombre no debe considerar a la mujer como una adversaria, como una rival, como una autoridad capaz de sojuzgarle.

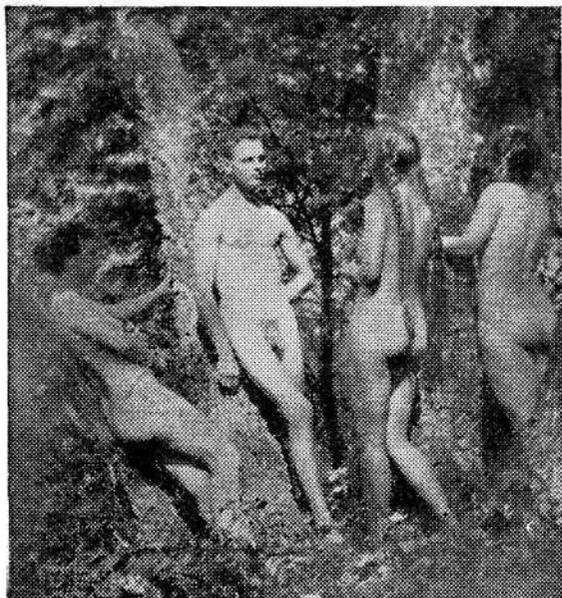
Es imposible comparar dos seres que tengan cada uno una mentalidad distinta, una manera de sentir diferente y diferentes gustos. No se comparan, no se oponen, se completan. El papel del hombre es el de pensar, obrar, dirigir, proteger y ordenar.

El de la mujer es el de amar, consagrarse, darse toda entera e incluso sacrificarse si es preciso.

También ella se siente atormentada por su instinto, sobre todo en el momento de su pubertad, pero evoluciona con más prontitud y se estabiliza con más facilidad.

Infinitamente más que el hombre, la mujer siente la importancia de una unión no sólo física y material, sino también de una unión sentimental, de ese sincronismo emocional, tan raro, de esa afinidad moral que procuran la verdadera felicidad. Estas son intuiciones que permanecen vagas durante largo tiempo. La mujer necesita una experiencia larga para llegar a la feminidad lúcida y razonable. Es entonces cuando aparece la ternura que transforma al amor en un sentimiento inalterable y que implica una naturaleza afectiva muy rica y una abnegación total.

He ahí en qué sentido, sobre todo, hay que



orientar la educación sexual. Hay muchas cosas bellas que decir, que son verdaderas, y que desarrollan poderosos y bellos sentimientos.

Hay que repetir a las jóvenes que si su sonrisa expresa la dulzura y la bondad deben procurar el desarrollar en ellas estas dos cualidades. Que si sus ojos son profundos, deben dar a sus sentimientos esa misma profundidad.

Ellas son capaces de ello y el hombre lo sabe. Tanto es así que cuando el hombre busca el consuelo o la dicha, se vuelve hacia la mujer instintivamente. Parece que los hábitos contraídos en los primeros años de la vida no pueden desaparecer con el tiempo. Muchos hombres adultos vuelven a ser, en las circunstancias desdichadas, verdaderos niños en brazos de una mujer.

En fin, no en vano se hace apelación a la sentimentalidad femenina y a su virtud. Más que el hombre, ella sufre en sus debilidades. Siempre hay lucha entre su conciencia y el mal, entre sus deseos sensuales y su necesidad imperiosa de belleza moral. Parece que en ese cuerpo, for-

mado para el placer, se oculta un ideal presto a evadirse de su prisión carnal.

Sólo por esto la maternidad da a la feminidad su perfecto desarrollo y expansión.

¿Es, pues, tan malo el aprender todo esto a la juventud? Y repetir a nuestros hijos siempre que la ocasión se presente:

«Respetar a todas las mujeres como a tu madre e indistintamente.»



NIETZSCHE

Vuestro blasón debe ser: Amar mucho más de lo que sois amados y no quedar jamás en segundo lugar.

La maravilla

de

nuestra

estructura



Monleon

Dr. Bussens

EL hombre, a la vez que es el ser que vive más alejado de la Naturaleza y el que más ha vencido sus fuerzas, se ha adaptado a su medio, en el curso de las transformaciones seculares de su tipo original, con una precisión admirable.

El hombre y los animales prehistóricos eran más grandes que nuestros contemporáneos, cuya talla aumentó, sin embargo, en las regiones templadas en estos últimos mil años. En los climas extremos, el hombre sigue siendo pequeño, como los lapones y los malayos, por ejemplo. La talla del hombre debe tender, empero, a nivelarse, pues las facilidades de transporte, el aumento del confort, la distribución más ramificada de los alimentos y sobre todo la población de los ejercicios físicos, son factores de unificación del tipo humano que determinaba, hasta en estos últimos siglos, la influencia preponderante del clima.

Una buena treintena de animales son más voluminosos que el hombre, pero centenares lo son menos. Excepción hecha entre los bípedos, se mueve en el agua a la manera de los cuadrúpedos. Por regla general, los animales permanecen fieles a su medio. La vida mixta del pez volador es una excepción, y los cuadrúpedos de nuestros climas, incluso en el verano, tienen prisa por salir del agua aunque flotan en ella sin aprendizaje; desde el punto de vista naturalista, el pájaro de la serie cisne, pato-oca, merece el título de rey de la creación, puesto que el aire, el agua y la tierra les son igualmente familiares, esto sin querer quitar una ilusión a los últimos leones, a los cuales su platónica realeza no preserva de una implacable masacre en la selva. En cuanto a los que hallaron el vivir y el dormir en un jardín zoológico y pasan allí días monótonos a expensas del Estado, les supongo demasiado buen sentido para poner en paralelo el enrejado del palacio y el cetro de monarca.

Según la intensidad del sol, la piel del hombre se pigmenta. Del Polo al Ecuador, pasa del claro al sombrío. La escasez del sol en el Norte y los vestidos gruesos, mantienen la piel blanca en invierno; el estío corto de Escandinavia tos-

tará rápidamente a los hijos de aquel pueblo tan deportivo. Descendiendo hacia el Ecuador, encontraremos sucesivamente la piel bistre de los levantinos, morena de los cabileños, bronceada de los nubios y roja sombría de los cafres. Siendo el azul y el verde los tonos predominantes de la Naturaleza, fué evitado este color para la piel humana por un cuidado de respetar agradables contrastes de coloridos.

La consistencia de nuestro cuerpo es variable: dura y resistente en su parte superior, donde se alojan los órganos más delicados; es semifirme en el tórax, donde el enrejado de las costillas protege corazón y pulmones. En el abdomen, una simple capa de piel, de grasa y de músculos recubre nuestras extensibles vísceras. Organos de los movimientos, nuestros miembros, son flexibles en el reposo y duros en movimiento, según una ley de ritmo y de alteración tan difundida en la Naturaleza.

¿Cuál es el papel biológico del hombre en la Naturaleza?

Si el agua es la sangre del globo, cuyo corazón sería el océano, la marcha de las nubes, así como las arterias, llevan el agua a todas las partes de la Tierra. El agua se infiltra en ella por innumerables ramificaciones, como las capilares, y vuelve a la mar por las venas de los ríos.

El hombre y los animales circulan, nacen y mueren, trabajan, luchan, vivifican y transforman la Tierra como los glóbulos en la sangre.

El hombre primitivo era un silencioso; vivía por gestos y después brotaron de su garganta sonidos articulados para las necesidades más imperativas. Vocabulario muy sucinto, ronco y espontáneo en el origen del lenguaje en la raza humana. Hasta el descubrimiento de la T. S. H., la mayor parte de nuestra población rural se satisfacía con unos centenares de palabras.

Poco a poco el hombre venció las fuerzas de la Naturaleza, luego se alejó de la que había vencido, se civilizó y aumentó el número de sonidos y después el de signos gráficos para expresar sus ideas. El hombre actual patalea en la verbosidad, sobresale en la fraseología y retrocede ante la acción. Los animales ignoran la nerviosidad porque no abusan de la palabra. Sin embargo,

se comprenden entre sí. Por la actitud ciertamente y por transmisión de pensamiento quizá. Los pájaros expresan por sonidos sus estados de alma, y entre el trino gozoso de la alondra, temeraria escaladora de las nubes, y el grito triste del buho solitario se matiza toda la psicología del canto entre los pájaros.

Un sabio americano, el profesor Yerkes, que estudió el lenguaje de los monos, reconoció en ellos treinta y siete sonidos distintos que emplean en las mismas circunstancias. Observemos que esta evolución del mono le orienta hacia el individualismo, mientras que se observa conjunto y disciplina en el desplazamiento de los peces, en la emigración de las aves y en los trabajos de las hormigas, en las cuales la comunicación del pensamiento no ha adoptado todavía el medio de lenguaje.

Dícese que el hombre es muscularmente inferior a los animales. Los detractores de la Cultura Física se han apresurado a recordarnos que el tigre salta cinco veces y la pulga 30 veces su altura. Sí, pero el hombre no tiene más que dos piernas. No obstante, en altura salta cerca de dos metros y en longitud siete metros y medio o sea cuatro veces su talla.

La hormiga arrastra cargas más pesadas que ella, pero tiene seis patas para apoyarse en el suelo. El hombre, en equilibrio sobre dos piernas, puede levantar un peso doble del suyo. El hombre ha atravesado los 24 kilómetros del Canal de la Mancha; ¿cuántos peces podrían producir en línea recta y sin descanso una carrera de quince horas? Sobre sus cuatro patas, el camello y el mulo transportan cargas durante largas horas, pero el colí indio o africano, aunque bípedo, y porque es vegetariano, lleva 50 kilogramos durante 30 kilómetros por la selva. En plena velocidad, el hombre conduce al caballo en algunos centenares de metros; pero, ¿qué pura sangre haría en un mes los 5.000 kilómetros de la vuelta a Francia?

El hombre es, por tanto, físicamente, con frecuencia, igual y, a menudo, superior a los animales de su peso. No lo era hace cien años, y la decadencia física que nos amenazaba hace medio siglo, hállase conjurada hoy por la popularidad de la cultura corporal.

La longevidad de los mamíferos es en razón directa de su peso. Los insectos viven algunas semanas. Perros y gatos, algunos años. El elefante llega a ser centenario. El hombre actual alcanza como término medio sesenta años, término que se trata de mejorar en los países donde la higiene preocupa a los Gobiernos.

En la Edad Media, un hombre de cincuenta años era un viejo. La oscuridad, la falta de aseo en las habitaciones, la monotonía y la penuria de los alimentos eran la causa de ello. Situación análoga en las colonias, donde el indígena de cuarenta años es casi un inválido. Algunos países quieren llevar el término medio de longevidad hasta setenta años. Advirtamos que la longevidad no es un criterio, sino más bien la conservación de las aptitudes, y nuestra Europa cuenta algunos septuagenarios que, en natación, hipismo, patinaje o tennis, pueden darnos quehacer.

Lo mismo que durante nuestra vida embrionaria, uno tras otro y durante nueve meses, nuestros órganos se diseñan, se forman y des-

pués se acaban, de igual modo el envejecimiento alcanza a un órgano más pronto que al otro, según el uso, el desgaste y el abuso que de él hayamos hecho.

El cuerpo humano tiene proporciones que estudiaron en la antigüedad, sobre todo Policleto, Lisipo, Vitruvilio; después, en la Edad Media, Miguel Angel y Alberto Durero. Las definieron con el nombre de Canon. Pará los egipcios, el dedo medio, comprendido diecinueve veces desde el dedo gordo del pie hasta el occipucio, servía de unidad de medida a los pintores y a los escultores de esta civilización. Los griegos prefieren como unidad la palma de la mano. En la Edad Media, la altura de la cabeza fué elegida como medida, lo que facilitó las mediciones, pues ocho cabezas igualan la altura del cuerpo. He aquí algunas proporciones fundamentales:

De uno a otro hombro, dos longitudes de cabeza; del pie a la rodilla, dos longitudes de cabeza; brazo, antebrazo y puño cerrado, igualan tres cabezas; antebrazo y mano abierta, dos cabezas; la línea que reúne los ojos, divide la cabeza en dos partes iguales.

El cuerpo armónico es, pues, cuatro veces más alto que ancho. Esta proporción no puede compararse con la de los monumentos, pues los templos egipcios, griegos o romanos, de ordinario cuadrados o rectangulares, son más anchos que altos. Los monumentos romanos, bizantinos y árabes adoptaron la curva exclusivamente empleada en la arquitectura humana, pero permanecieron fieles, en sus monumentos, al principio de la base más grande que la altura. En tanto que el estilo ojival, para mostrar su vuelo hacia la altura, concibió torres esbeltas cuya altura es a veces el décuplo de la base. Por la sencillez de sus proporciones y por la elegancia de sus curvas, el cuerpo humano inspiró la mayor parte de los estilos: las esfinges del Alto Egipto, cariátides de la Acrópolis, estatuas de los pórticos góticos, parapetos del Renacimiento y pies de mesa del estilo Luis XV, atestiguan la impresión de perfección que el cuerpo humano dió a todos los artistas, que cada uno, en el transcurso de los siglos, procuró glorificar asociándolo a la inmortalidad de las obras maestras de arquitectura.

Sean cuales fueren el clima, el género de alimentación, de vestido, de habitación o de trabajo, la temperatura del cuerpo sano es de 37° centígrados. Pero el termómetro es una invención reciente y nadie puede afirmar que esta temperatura fuese la misma en el decurso de los siglos y que lo seguirá siendo.

La composición química de nuestro cuerpo está asegurada por las múltiples combinaciones de algunos elementos simples tales como oxígeno, hidrógeno, ázoe, carbono, azufre y fósforo. El agua, simple combinación de oxígeno y de hidrógeno, desempeña en la composición de los vegetales y de los animales un papel preponderante. El agua es el elemento más difundido de la Naturaleza y es su acción disolvente lo que es lo esencial de sus funciones: lava, es decir, diluye o despega las materias sólidas que recubren los objetos; desaltera, esto es, diluye y despega las gelatinas y las pastas adheridas a nuestra mucosa bucal; fertiliza disolviendo las sales minerales del suelo y transportándolas a las raíces. Muy conductora del calor, refresca

absorbiendo calorías. Calentada, disuelve y cuece los alimentos. A 100° mata las bacterias y permite la esterilización quirúrgica.

A pesar de su inconsistencia aparente es incompresible; soporta buques y los transporta por todo el mundo. Helada y con un espesor de diez centímetros, soporta miles de kilogramos; transformada en vapor, conserva su elasticidad y fué, en el siglo pasado, el factor esencial en mecánica. El agua, según la teología, no tiene alma, pero tiene un carácter: flexible y flúida, se adapta a todos los recipientes; igualitaria, quiere que en dos vasos comunicantes no haya diferencia de nivel; digna, no se adherirá como los aceites a las vasijas de las cuales se la vierte. Es sensible y la piedra más pequeña arrojada irritará a todo un estanque; pero, generosa, perdona pronto el golpe recibido y recobra en seguida su brillo horizontal.

Agua y fuego no se entienden. Cuando se encuentran, la lucha es implacable. Uno de los dos aniquilará al otro. Este ejemplo de energía combativa y fecunda que nos dan los dos elementos más primordiales de la Naturaleza contrasta con el balante ideal caro a los pacifistas.

El agua es laboriosa y tenaz; se infiltra pacientemente en las tierras, rodea las rocas, empapa las arenas y luego se junta en balsa subterránea si no puede atravesar un suelo impermeable. Además, descenderá tan profundamente en la tierra que, caldeándola allí el fuego central, volverá a brotar en manantial de agua caliente.

El agua evita el obstáculo, pero no veáis en ello una cobardía, pues forzada a la resistencia, es incompresible y de una invencible fuerza.

La Naturaleza ha confiado un papel de confianza al agua clara y pura, llenando con ella el ojo de cada animal. El agua es tolerante, sin olor ni sabor, acoge todas las mezclas. Sin duda porque sabe que un simple filtro de arena le devolverá su limpidez. Para recompensar al agua de sus numerosas virtudes, la Naturaleza le permite grandes viajes.

Una gotita de lluvia que se desprendió de nuestro impermeable el año pasado fué llevada por el subsuelo hacia el Sena y después al océano. Una nube que vino del Oeste la llevó sobre Europa y, habiendo caído en la cuenca del Danubio, camina hacia el mar Negro.

Todo modesto vaso de agua concentra en sí partículas venidas de todos los panoramas del mundo: cimas de nieves eternas, ondas de los grandes ríos indios, bruma filigrana del Polo, charcas de los oasis saharianos se hallan por una gotita en ese néctar desconocido que es un vaso de agua.

Parte integrante y sin la cual sería el hombre un cuerpo inerte, el agua impone involuntariamente su carácter al hombre, al que penetra en cada una de sus células.

Ser a la vez dócil e igualitario, pero no sin orgullo; sensible, pero generoso; laborioso, combativo, incorruptible, clarividente, tolerante y ávido de espacios, ¿no es esto lo que caracteriza a muchos naturistas?

He ahí considerado en su conjunto al hombre visto con respecto al medio en que la Naturaleza le ha colocado. Hállase admirablemente adaptado a él. Veamos ahora cómo cada órgano ha sido perfectamente construído para la función que asume. La piel, como un saco flexible y her-

mético, como un embalaje impermeable, envuelve todos nuestros órganos. Siendo elástico, no deforma su contenido. Extensible, puede dilatarse si el cuerpo engorda, sin que ningún dolor revele esta transformación. Si el individuo adelgaza, la piel se ajusta de nuevo a sus formas sin señal de arrugas.

En el individuo normal, la piel es igualmente sensible, incluso en los lugares que el ejercicio y el peso han espesado (planta de los pies, palmas de la mano). Su sensibilidad es mayor allí donde la delgadez de la piel la pone más en contacto con los nervios subyacentes (axila y pliegue de la ingle). La piel tiene una vitalidad enorme y renueva sus células con una rapidez prodigiosa. Adopta también trocitos de piel de seres vivos o de recién nacidos muertos recientemente. Estos injertos testimonian su notable capacidad de reparación.

Cortada, quemada o aplastada, se repara tanto más pronto cuanto más en contacto se halla con la luz solar o con los rayos ultravioleta. La piel cicatrizada es tan sólida, aunque un poco menos elástica que el tejido antes de su lesión. Expuesta al sol, la piel se pigmenta, es decir, que en el protoplasma de las células epiteliales se deposita en granos muy finos un precipitado sombrío formado de una combinación de sulfuro y de hematina de la sangre: simple reacción de protección, especie de velo sombrío que por su oscuridad absorbe los rayos luminosos, como pretenden algunos biólogos. Otros ven en esta pigmentación un simple resultado de la plétora de aflujos sanguíneos a la piel en casos de hipermia, sin añadirle un papel de pantalla protectora contra las insolaciones. Las pieles gruesas de los individuos negros o morenos se tuestan fácilmente a causa de la gruesa capa de las células y de la gran cantidad de sulfuro que forman, siendo el color de los cabellos oscuros, como todos sabemos, a base de sulfuro de ferrohémoglobina. Los rubios, los canosos y los blancos, menos provisionados de sulfuro, se tuestan poco, sobre todo si tienen la piel fina.

Los papeles de la piel son múltiples. El más inmediato es la protección contra las suciedades por contacto del cuerpo con el exterior. A causa de sus secreciones grasas de sudor y de sebo, la piel enjabonada se lava fácilmente de sus suciedades.

Otro papel de la piel: respira como los pulmones y facilita con los baños de aire nuestra desintoxicación.

La piel, por su sensibilidad, nos advierte de los peligros de quemadura o de enfriamiento. Según su firmeza, su color, su calor y su grano es para el clínico el espejo de la salud. El vigor de renovamiento de las células de la piel alcanza, en la primavera, varios millares de células por minuto, lo mismo que la multiplicación de las células vegetales en esa época del año. Los anexos de la piel, pelos, cabellos, uñas, desprovistos de circulación están dotados de menos vitalidad. Crecen más de prisa en la primavera y en el verano, pero al blanquear los pelos son los primeros alcanzados por el envejecimiento. Los cabellos caen con frecuencia en el segundo tercio de la vida. Los pelos existen en las partes más frágiles del cuerpo: sobre el cráneo, amortiguando los golpes; en las cejas y en las pestañas, cortan el camino al polvo y al sudor; en la

nariz son una barrera que protege el centro del olfato. Barba y bigote desempeñan el mismo papel para la boca. En las axilas y en las ingles, los pelos protegen órganos particularmente sensibles.

Algunos antropólogos creen que los pelos han quedado en las partes del cuerpo que los vestidos, en el curso de los siglos, no deslustraron por el frotamiento de sus contactos; basan su tesis en el hecho de que los pelos han quedado en las partes infractuadas y plegadas de nuestro cuerpo.

Bajo la piel, como su forro, se halla la grasa cuyas funciones son múltiples: estético, calórico y defensivo. La grasa elige para formarse los lugares del cuerpo en que los movimientos musculares son escasos o débiles, lo mismo que en la Naturaleza el agua se hiela en los ríos allí donde la corriente es débil o nula.

Para algunos, la grasa es una enfermedad congénita debida a un funcionamiento defectuoso de las glándulas endocrinas. Para la mayoría, la grasa se adquiere después de la edad adulta como consecuencia de una mala higiene alimenticia.

La obesidad presenta tres gradaciones: lo envidiable, lo grotesco y lo lamentable. La obesidad sin razón proviene de una alimentación demasiado rica, de un abuso de bebidas alcohólicas y de la falta de ejercicio y de oxígeno. Tomada al principio, desaparece por el régimen, pero es la fuerza de voluntad la que decide el éxito de la cura.

La obesidad grotesca y lamentable es constitucional y cura difícilmente.

¿Cuáles son las funciones de la grasa? La grasa nos presta el servicio de amortiguar el pellizcamiento de la piel entre los huesos y los objetos sólidos de mobiliario. Sin ella, la simple actitud de estar sentados se haría penosa.

La grasa redondea los relieves musculares y óseos. Sin ella, no se lograría la belleza corporal.

Sirve de protección contra el frío, pues conduce mal el calor. Sabido es que los animales de los mares fríos (osos, focas, otarios, ballenas) están provistos abundantemente de grasa, así como los nadadores que practican sin inconveniente su deporte favorito en el invierno.

En fin, la grasa es un granero de reservas útiles para luchar contra la inanición o las infecciones. Durante la guerra, el bloqueo hizo desaparecer en algunos países a los individuos obesos. La mayor parte se sintieron satisfechos de ello. La paz trajo de nuevo la libertad de engorde. Los países bloqueados en otro tiempo poseen actualmente una hermosa variedad de nuevos obesos, reclutados sobre todo entre la simpática clase de los mercaderes. He ahí los cuatro principales papeles de este tejido modesto, desconocido, sin prestigio, sin firmeza aparente y sin situación a la vista.

Se deposita tímidamente allí donde el juego de los músculos no le estorbará. La parte inferior de la espalda, por encima de las nalgas, y el bajo vientre, en las proximidades del ombligo, le sirven de primer asilo. Si no se le expulsa de allí poco a poco invadirá el resto de la espalda y del pecho y después invadirá el cuello. La papada, estigma de los glotonos ociosos, señala el principio de su arrepentimiento.

Los pies, las manos y el rostro no serán invadidos por la grasa sino a falta de lugar en otra parte, pues es allí estorbada por el movimiento muscular. En los pueblos de rostro poco móvil, los orientales y los europeos que los frecuentan la grasa adquirirá más fácilmente carta de naturaleza en el rostro que entre los pueblos de fisonomía móvil.

Al contrario de la piel, la grasa conserva, así como los demás tejidos, el mismo color entre todas las razas del globo. Formada de un tejido de armazón y de células líquidas, aparece y desaparece en muy poco tiempo. Es el más inconsistente de nuestros tejidos. Abundante en el niño de pecho, disminuye durante la infancia, y en el adulto está en su minimum. El sedentarismo le hace volver a la edad en que muchos dejan de hacer deporte, pero al comienzo de la vejez va desapareciendo gradualmente.

Debajo de la grasa hallamos envueltos en su aponeurosis a los músculos. La aponeurosis es una membrana flexible, brillante y sólida que impide que el músculo contraído haga hernia. Todas las fibras de la aponeurosis se reúnen en un haz tendinoso que une el músculo al hueso.

El músculo es el único de nuestros órganos que puede modificar su forma. Se contrae, es decir, se forma en bola y acerca de este modo a los huesos a que se halla fijado. Los músculos son gruesos y grandes en los lugares en que los movimientos pectorales y los dorsales realizan esfuerzos poco variados. Son potentes, pero sencillos: por ejemplo, los glúteos y los deltoides. Por el contrario, allí donde los movimientos son delicados, son pequeños y delgados: por ejemplo, los músculos de los párpados, de los labios de la lengua, de la laringe y de las manos.

Las contracciones repetidas, lentas y prolongadas de los músculos producen su desarrollo permanente. Se reconocerá al momento al corredor ciclista en sus gruesos cuádriceps crurales; al bailarín, en sus pantorrillas fuertemente destacadas; al nadador de braza, en sus fuertes músculos internos del muslo; al jugador de tenis, en el grosor de su antebrazo, y al gimnasta de anillas, en sus formidables pectorales y deltoides.

Los movimientos que realiza desde hace siglos han esculpido la musculatura del hombre tal como es hoy. El hombre primitivo, lanzador de piedras, gran andador, tirador de arco o lanzador de venablo o jabalina, era lo contrario de nuestros contemporáneos, en los que el abuso del automóvil hace fundir los muslos, las piernas, las nalgas y los músculos abdominales, en un porvenir próximo.

Los vasos griegos, etruscos y romanos de nuestros museos nos muestran musculaturas más regulares que las nuestras, porque su cultura física se dirigía a todos los músculos a los cuales exigían a la vez vigor en el esfuerzo y elegancia en el gesto. Lo que deforma a nuestros atletas actuales es la busca de la velocidad, elemento indispensable al récord.

Los atletas del siglo pasado estaban orientados hacia los ejercicios en tierra: gimnástica, lucha y peso les hacían macizos y nudosos. Hoy, la velocidad es lo esencial de nuestros esfuerzos atléticos.

A pie, en bicicleta, a caballo, en patines, en esquí y en el agua se lucha contra el crónome

tro. Reflejo de un siglo que por su técnica aérea ha vencido la distancia en la transmisión de los sonidos, de la luz y de las máquinas de locomoción.

El atletismo, tendente al récord, se ha hecho espectacular, aspira al ingreso monetario, y en las reuniones internacionales donde el chauvinismo del espectador lo aguijonea, no retrocede ante el nefasto «doping» de las *vedettes*.

Es a nosotros, los naturistas, a quienes nos corresponde el honor de restablecer la cultura física en los cuadros educativos que le asignó la antigua *Hélade*. Fuerza, desde luego, pero también destreza y elegancia del gesto, pues si la fuerza proviene directamente de la voluntad, la destreza es hija del entendimiento, y la elegancia es resultado del dominio del espíritu sobre el gesto.

Nosotros, los naturistas, preconizamos los ejercicios múltiples del Decathlon antiguo, tales como los concursos de atletas completos los han restablecido.

El cuerpo, desarrollado en todos sus músculos, deviene sin quererlo armónico y elegante en todos sus movimientos. Le es tan difícil a un individuo totalmente desarrollado tomar una actitud o hacer un movimiento falto de gracia, como le es a un ser anormalmente construido producir, sin estudio, un gesto elegante.

Las leyes del crecimiento de los músculos son poco conocidas actualmente. ¿A cuántos esfuerzos, en kilogramos, corresponde un crecimiento permanente de 10 por 100 y 20 por 100 del volumen del músculo antes de la experiencia?

¿Cuáles son los instrumentos científicos que pueden medir el aumento de volumen de los músculos (siendo el centímetro y la balanza demasiado primitivos)? ¿Cuál es la influencia de la edad, del sexo, de la alimentación y del clima sobre el desarrollo muscular medido en cifras? Tantas cuestiones tan interesantes como sin solución.

El músculo inactivo se atrofia. Mantenido en actividad, permanece joven, y los ejemplos de sexagenarios deportivos lo atestiguan.

Cuando comparamos los desnudos de Carpeaux, de Max Klinger, de Constantino Meunier con las musculaturas del tiempo de Cranach, de Van Eyck y de Boticelli, el contraste salta a los ojos. Los desnudos de los primitivos son paliduchos y carecen de relieves; se comprende al punto que la ignorancia de la anatomía, las hambres y las guerras, las habitaciones insalubres, las epidemias y la falta de aseo son la causa de las pobres arquitecturas humanas de aquella época.

Debemos al Renacimiento la rehabilitación de la belleza corporal. Sus escultores y sus pintores despertaron un movimiento del cual somos beneficiarios actualmente. No creo que la industria pueda fabricar una materia tan flexible, tan ligera y tan sólida como la de nuestros huesos encargados de un papel de sostén y de protección.

La precavida Naturaleza ha colocado los órganos delicados del sistema nervioso del hombre y de los animales en un cofrecito redondo y sólido. Lo ha construido redondo para que los golpes en él sean tangentes y tengan tendencia a resbalar sobre su superficie. No os interesaré en los maravillosos detalles de la arquitectura

craneana con su revestimiento de doble hoja separada por un espacio vacío; esto para aumentar la elasticidad de la pared, aumentando poco su peso. Los tratados de anatomía, a pesar de su aridez descriptiva, nos revelan qué impecable constructor ha concebido el plan de nuestra estructura. Estas modestas páginas sólo fueron redactadas como un acto de fe de nuestro culto corporal y tan sólo tienen por objeto añadir una chispa de exaltación admirativa a lo que el registro universitario tiene con frecuencia de demasiado materialista.

El cráneo presenta en los lugares expuestos a los golpes celdas o huecos entre sus paredes cuya elasticidad aumenta debajo de la frente, y en los juanetes, cavidades llamadas senos, desempeñan este papel. Pero sirven también de caja de resonancia y acumulan asimismo varias funciones, lo que se encuentra en la extensión de casi todos nuestros órganos. No contenta con una doble pared ósea, separada por un espacio vacío, la Naturaleza ha querido que el cerebro flote en un líquido incompresible que le anula todos los golpes exteriores. Este es el líquido céfalorraquídeo.

Así protegido, el cerebro no recibe como choque más que el raudal de sangre lanzado por sus arterias, pero éstas han sido ramificadas hasta el extremo para evitar las pulsaciones demasiado violentas.

Todos los hilos conductores de sensaciones o de movimientos que salen o vuelven al cerebro pasan por la medula espinal, gran haz, delicado, que se halla alojado también en un grueso conducto óseo provisto de espinas y, no obstante flexible.

La columna vertebral es no sólo un pilar sólido que soporta el peso de nuestro armazón de los miembros superiores, sino que es también un canal que conduce las comunicaciones más rápidas de nuestra voluntad y de nuestra sensibilidad a nuestros diferentes miembros.

El cerebro y la medula espinal son los únicos órganos del cuerpo completamente encerrados en una pared ósea, lo que atestigua su incontestable delicadeza y su importancia vital.

Los órganos menos frágiles, como el corazón y los pulmones, se hallan alojados detrás de una pared ósea abierta y están protegidos por el enrejado de nuestras doce costillas. Ingeniosa disposición, pues es a la vez protectora, móvil y ligera.

El sistema óseo no ha sido encargado de proteger los órganos de nuestro abdomen. Los contiene en la pelvis, donde están al abrigo de los golpes, pero los órganos dilatables de la digestión no están ceñidos en absoluto por una protección ósea. Sólo la pared muscular del vientre los sostiene y los protege. Es, pues, de toda importancia en cultura física desarrollar estos músculos abdominales, cuya presión es tan útil durante el alumbramiento y el vaciado del intestino.

En el abdomen han sido agrupados los órganos de la digestión y de la gestación. Observemos con qué minuciosa previsión, puesto que estos órganos, a causa de sus funciones, deben aumentar periódicamente de volumen y que la pared abdominal, por su ausencia de huesos, es eminentemente extensible.

El armazón del miembro inferior y del miembro superior proviene de un mismo plan de cons-

trucción: un hueso grande (fémur o húmero), a los cuales siguen dos huesos más pequeños (radio y cúbito, tibia y peroné) y a los cuales sigue, a su vez, una disposición en forma de abanico de varias hileras de huesecillos. ¿Qué objeto persigue esta fragmentación? El de dividir y repartir un movimiento en una multitud de órganos cooperadores y aumentar así su variedad y su gradación, el de permitir su extensión y de este modo el despliegue de la fuerza en varios puntos. Así es cómo el pie sostiene todo el peso del cuerpo sobre una arcada formada de una treintena de huesos y unida en numerosos tendones. En los individuos débiles estos tendones se aflojan, la arcada se hunde y el pie se pone plano. Al mismo tiempo, la punta se vuelve hacia afuera. Basta con fortalecer al individuo y prescribirle movimientos que obliguen a la punta del pie a enderezarse, el patinaje, por ejemplo, para hacer desaparecer el pie plano en los adolescentes.

El tronco está encerrado en el lugar donde se articula con los miembros por medio de una especie de cobertera, de cúpula ósea, que refuerza sus extremidades. En la parte inferior se halla el cinturón de los huesos de la pelvis, y en la parte superior, el de los omoplatos, de las costillas y clavículas. Estos dos cinturones óseos están reunidos por una columna sólida, aunque hueca y flexible.

En lo alto de nuestra estructura, como en el puente de mando superior de un acorazado, están instalados en la cabeza los órganos directores.

Por las ventanas de los ojos y de los oídos recogen noticias e instrucciones y por las ramificaciones nerviosas transmiten inmediatamente las órdenes. Se ha hecho banal comparar el sistema nervioso con una red telefónica. No puedo, sin embargo, a causa de esta banalidad, privarlos de la justeza de esta comparación. Los nervios sensoriales que van de la piel al cerebro, como a una central telefónica; ésta, que transmite al nervio motor el movimiento reflejo o consciente a ejecutar. Todo esto se ejecuta continuamente en nosotros, del propio modo que en una gran ciudad los pensamientos y las palabras se transmiten telefónicamente de uno a otro punto de su superficie.

Los órganos del olfato se hallan menos desarrollados en el hombre que en la mayor parte de los animales. Vecinan con los órganos del gusto, dispuestos como verificadores de los manjares, en la boca, primera etapa de nuestra nutrición. Situados en otro lugar, en el tubo digestivo, los órganos del gusto hubiesen sido inútiles.

Todos los órganos de los sentidos son laterales, lo que prueba su importancia y el cuidado de la Naturaleza, en caso de pérdida, de asegurar su funcionamiento por suplencia.

Los órganos de los sentidos tienen el color de las mucosas que los sostienen; sólo el ojo, cuya función consiste en distinguir las formas y los colores, presenta simbólicamente en el iris una variedad de matiz del gris claro al sombrío, del azul celeste al azul lila, del verde, del pardo y de todos los matices pálidos o casi negros. La Naturaleza tiene aquí la misión en el aspecto indicado.

Los órganos de los sentidos están situados cerca del cerebro, al cual transmiten con un máxi-

mo de rapidez las impresiones recibidas y permiten coordinar su trabajo de investigación.

El poder de análisis de los ojos, de los oídos, de la nariz, de la lengua y de la piel es tanto mayor cuanto que es aminorado uno o varios de estos órganos. Ejemplo: la audición en los ciegos.

Percibimos y diferenciamos matices que ninguna palabra puede definir y que ninguna paleta puede reproducir si no es de una manera aproximada. La cámara oscura de nuestro ojo registra movimientos de una manera más poderosa que el mejor aparato Kodak.

La audición tiene una facultad de análisis cuyos recursos son ilimitados. En otro tiempo, algunos sonidos en los pueblos primitivos eran suficientes para sus melopeas monótonas. Luego, los instrumentos de cuerda aumentaron el número de notas. La técnica instrumental extendió de arriba abajo el número de octavas. Hoy, el jazz realiza choques y fusiones de sonidos que nos parecen armoniosos maullidos, hasta el día en que el oído perciba la creación sintética que ellos representan.

¿Cuánto tiempo bastará a nuestros oídos, cada día más exigentes, la clásica octava con sus sostenidos y sus bemoles? ¿Cuán elementales nos parecen las melodías de hace treinta años al lado de los sonidos raros, nuevos y aterciopelados de la instrumentación actual!

El sentido táctil tiene por departamento más delicado los órganos genitales. La sensación en estos órganos alcanza paroxismos llamados voluptuosidad.

El despliegue de la mucosa en el momento del aumento de volumen de los órganos copuladores, y el estiramiento de las células causado por el vaivén de los órganos, es lo que provoca la sensación especial que acompaña a la copulación. La Naturaleza se aseguró de la reproducción de la especie asociando al acto que perpetúa una sensación específica y agradable, destinada a compensar los dolores del alumbramiento. Visto su papel intermitente y pasajero, el órgano masculino se encarga de llevar los elementos celulares al óvulo contenido en el órgano femenino, ha sido dotado de extensibilidad y de endurecimiento temporales.

Este aumento de volumen del órgano masculino permitía a la Naturaleza situar la matriz en la profundidad del abdomen, donde el huevo humano está protegido contra los golpes y asegurado de una temperatura regular. Con ingeniosidad, la Naturaleza hace disminuir de dimensiones al órgano masculino después de la copulación, lo que le evita el ser embarazoso en los períodos de inactividad. Su situación en el fondo de los pliegues inguinales, a cubierto de los golpes, proviene de la misma previsora solicitud.

Si la forma de estos órganos es invariable, su formato no lo es. A veces resultan de esto entre cónyuges incompatibilidades fisiológicas que resultan de una falta de proporción entre los órganos genitales respectivos. Numerosas son las uniones en que esta desproporción de órganos obstaculiza y queda abolida la armonía buscada, llegando a desavenencias sentimentales. El nudismo previene estos inconvenientes de la ignorancia recíproca entre futuros esposos.

Como todos los órganos esenciales, los de la ovulación y de la producción espermática son

dobles y bilaterales para asegurar un recambio en caso de lesiones.

El crecimiento de los órganos genitales se hace en algunos años, un poco antes de la edad adulta, mientras que los demás órganos del cuerpo se desarrollan poco a poco desde el nacimiento. Hay en esto una indicación de que la función de reproducción es concomitante del establecimiento de la edad adulta, es decir, del apogeo del crecimiento.

Las condiciones actuales de vida urbana, la dificultad de trabajo asegurado, la obstrucción de las carreras y la carestía de los medios de alimentación ponen cada vez más mayores obstáculos a la función procreadora que seguía en poco a la pubertad en las edades prehistóricas de la humanidad.

El acto sagrado de la transmisión de la vida se ha hecho hoy, bajo el influjo de las novelas de boulevard, de las obras teatrales, que sólo buscan un buen ingreso de taquilla, y del alcoholismo, tan frecuente entre los escritores, un gesto banal dictado por la codicia o por la busca de placeres imaginativos.

Resulta de esto un despilfarro de savia, una desviación o un agotamiento de su actividad, cuyo resultado más tangible es el despoblamiento de este país.

El papel de los órganos genitales es la creación de un ser nuevo. Así es como lo consideran los criadores de ganado, y cuidan de que no se salga de los límites que les ha definido la Naturaleza, pues para el ganadero, el ser nuevo tiene un valor mercantil. Mientras que el mejoramiento de la raza humana no es lucrativo es el segundón de las preocupaciones de la mayor parte de los Parlamentarios.

¿Cuál es el potencial genital en la raza humana? La mujer produce un óvulo a cada menstruación, o sea una docena por año. Su vida sexual dura una treintena de años, o sea unos cuatrocientos óvulos. La gestación en la mujer dura nueve meses y es seguida de una detención de la ovulación durante algunos meses. Teóricamente, la mujer puede producir, si sus embarazos se suceden regularmente, treinta niños.

Trátase aquí de cifras teóricas, pues las fatigas de la lactancia y de la crianza de niños impide que una madre llegue incluso a la mitad de esa cifra.

El potencial procreador del hombre es superior. Considerado desde el punto de vista experimental y en un estado de poligamismo teórico, incompatible con las realidades de la existencia social, puede, en treinta años de vida sexual, transmitir la vida a varios miles de seres.

STENDHAL

Al contemplar lo que la Naturaleza y el Arte encierran de bello y de sublime se despierta, rápido como el rayo, el recuerdo, volando hacia la persona adorada.



LLEVAMOS poco más de un mes de temporada. Acuden a ser estrenadas unas cuantas películas de categoría, al lado de la morralla que forma toda la masa en todas las temporadas. Juntamente se proyectan en los cines de barriada algunas cintas que sólo fueron vistas al final de la temporada pasada en los salones de estreno.

Son dos de estas últimas las que siguen llevándose la palma: *Tres lanceros bengalíes* y *El pan nuestro de cada día*. Realizada la primera por Henry Hathaway, para la Paramount, y la segunda por King Vidor, para la Viking, una productora casi desconocida para nosotros. Ambas vienen de América.

Es la primera una película muy bien hecha y mejor interpretada por los excelentes actores, que son Gary Cooper, Sir Guy Standing, C. Aubrey Smith y Franchot Tone. Una exaltación del Deber (con mayúscula), toda la exaltación del Deber que se podía hacer. Todo lo que pueda venir en apoyo del cumplimiento del Deber está allí, desde la conveniencia de mantener la disciplina para «defender a trescientos millones de personas» hasta la gloria de ser militar, de defender una bandera y de vestir un elegantísimo uniforme.

Tiene todo el interés de los relatos aventureros, y por eso ha agradado mucho a los niños, esos niños que, el mismo cine, en unión de la literatura, ha acostumbrado a aventuras guerreras y acciones de armas de todas clases.

A pesar de todo, siempre habremos de considerarla como una película de valor, tanto artístico como humano, pues siendo, como es, sincera, al lado del canto al Deber que pretendió ser, se hallan todas las desventajas que el Deber, mejor dicho, la Disciplina, tiene, aplastando la personalidad humana y convirtiéndola en un autómatas al servicio de una idea, o de una entidad, de cualquier clase que sea.

Por eso nunca podremos condenar a *Tres lanceros bengalíes*. Tiene el suficiente valor para que, a pesar de querer desprender una consecuencia favorable al cumplimiento del Deber, la aceptemos y gustemos de ella. No son las ideas opuestas a las nuestras las que hemos de temer en el cine, sino la falta total de ideas.

A las ideas, como a las doctrinas contrarias, opondremos las nuestras. A la idiotez no hay nada que le podamos oponer. Y el cine, en caso su totalidad, nos hace pensar en una colosal máquina para aplastar inteligencias.

El niño, el adulto sin cultura ninguna, se encuentra ante un hecho aparentemente maravilloso: el cinematógrafo, como un juguete, que le reproduce una serie de hechos sin pies ni cabeza y sin ligazón de ninguna especie. Falso con toda la falsedad de quien no se ha preocupado de observar ni reproducir la vida que le rodea. Y el niño, como el adulto, crece en ese ambiente de falsedades, de tonterías, idiotizándose progresivamente y terminando por despreciar la realidad para vivir sólo los sueños de cinema; para envidiar a las estrellas y soñar ser como ellas, para acostumbrarse a las historietas sin complicaciones, donde todo se lo dan mascado, es decir, pensado, y le evitan hacer e



Los trabajadores de *El pan nuestro de cada día* ven nacer los primeros brotes que anuncian la cosecha. En el centro, John Sims (Tom Keene) abraza a su mujer (Karen Morley) y a Chris (John T. Qualen), este último uno de los mejores aciertos del film

menor esfuerzo para digerirlo, acostumbrándolo a una vida sin inquietudes. ¿Para qué utilizar el cerebro? Dejémosle que se oxide tranquilamente. Total, para la falta que hace... En cambio se desarrolla enormemente, se hipertrofia la fantasía, que no cesa de funcionar constantemente haciendo de la imaginación una segunda vida más importante que la real, que es considerada



Otra versión cinematográfica de *Resurrección*, de Tolstoi, hecha, con el título de *Vivamos de nuevo*, por Rouben Mamoulian, director que aparece en la foto con Anna Sten y Frederic March, protagonistas del film.

anodina, falta de interés, desagradable. No se trata de vencer las condiciones desfavorables de la existencia; se vive en la espera de un millonario o príncipe, de un tesoro o de la lotería, sino es de un contrato para Hollywood, la meca del Séptimo Arte.

Buena prueba de esa falta de ideas, de esa imbecilidad, es el número de veces que se repite un tema cuando ha obtenido un cierto éxito, sea en igual forma o con alguna variante. Incapaces de crear nuevas ideas se han de agarrar a lo que pueden, y lo que pueden es seguir explotando las canchales del éxito, que fueron discutidas por predecesores suyos.

En esta temporada hemos visto ya varias repeticiones de temas. Dejando aparte algunas obras de nulo valor, como *El jorobado* o *El juramento de Lagardère*, que ya vió la luz en tiempos del cine mudo, podemos pasar una revista que nos lo probará.

La vida de Jesús, que ya había sido filmada innumerables veces, con mejor o peor suerte, vuelve a nuestras pantallas en *Gólgota*, que, realizada por un Julien Duvivier, puede ser, quizá, considerada superior a los *Rey de Reyes*, *Christus*, *I. N. R. I.*..., aunque poco éxito ha obtenido, como podía esperarse del agotamiento del tema.

De las obras de Tolstoi se han hecho innumerables versiones cinematográficas, siendo una de las preferidas por los productores *Resurrección*, que hoy nos vuelve a ser presentada, animada por Rouben Mamoulian, con Frederic March y Ann Sten, para los Artistas Asociados. Una obra bastante estimable, a pesar de haberse dejado en el tintero lo más esencial de la obra del escritor ruso.

Napoleón ha gozado también de bastante favor, siendo más famosa que buena la adaptación de su vida hecha ya hace años, en Francia, por Abel Gance. También esta temporada hemos «gozado» de nuestro correspondiente Bonaparte, en *Cien días*, realizado por Franz Venzley, sobre un argumento (nada menos) de Benito Mussolini y Giovacchino Forzano. Es la película una descarada alabanza al héroe, al conquistador, a la guerra, en una palabra. Bastante bien hecha, su mejor valor es la interpretación de Werner

Krauss en el papel de Napoleón, que nos da una de las mejores actuaciones que hemos visto en el cine desde hace mucho tiempo. El Napoleón que vivifica es el Napoleón que podemos haber creado en nuestra imaginación, como consecuencia y síntesis de todo lo que sobre él hayamos leído. Y, sin embargo, no ha sido hecha la interpretación a base de los consiguientes tópicos.

Otro personaje que ha atraído mucho la atención de los realizadores, tanto alemanes como franceses: Juana de Arco. Al mismo tiempo que nos anuncian la realización en Francia de otra película sobre la doncella de Orleáns, a cargo de Raymond Bernard, aparece en nuestras pantallas una de procedencia alemana, dirigida por Gustav Ucicky, que no añade demasiadas cosas nuevas a las precedentes versiones del asunto.

Y, dejando aparte las repeticiones de temas, nos acordaremos por un momento de Cecil B. de Mille, acabando de ser presentada *Las Cruzadas*, que con todo y ser una de las mejores cintas de este realizador, es un perfecto exponente de toda una época y una tendencia cinematográficas. El gran espectáculo, fiado todo a la apariencia exterior, ha sido la cuerda preferentemente tocada por este realizador, desde *Los diez mandamientos* y *El rey de reyes*, hasta éste de que hablamos, pasando por *Madame Satán*, *El signo de la Cruz* y *Cleopatra*. El tema histórico ha sido su preferencia, aunque siempre la verdad histórica, eso que llaman verdad histórica esté a mil millas de la cinta. Y con situaciones falsas, ambientes falseados y argumentos desca bellados ha ido componiendo sus terribles «latas» de hora y media o siete cuartos de duración cada una de ellas.

Pero bueno será que recordemos que no sólo de tonterías se compone el cine. Al lado de esta serie de obras, no todas las cuales son completamente deficientes, como hemos visto, pues la calidad de sus animadores ha superado la estupidez de los productores, podemos colocar algunas obras elogiadas sin reservas o con muy pocas.

Será la primera *El pan nuestro de cada día* citada anteriormente, que prosigue las glorias conseguidas por Vidor con *Y el mundo marcha* y *Aleluya*. Es un canto a la vuelta al campo y a



En tiempos de guerra, cuando el ambiente está lleno de belicosidades, es peligroso levantar la voz en contra. Véase la suerte que corre el protagonista de *El hombre que volvió por su cabeza*.

la cooperación. Dos solos defectos se pueden apuntar: uno de orden económico y otro artístico.

Cuando la colonia ha conseguido salvar su cosecha parece ignorar Vidor que la posesión de una importante cantidad de maíz no sirve para nada en un país de crisis, mientras que muy de otra forma hubiera ocurrido si la colonia hubiese tratado de bastarse a sí misma, total o parcialmente.

El episodio de la «vampiresa» sobra totalmente, pues no era precisa la intervención de una mujer para explicar el desaliento que invade al jefe de la colonia.

Es curioso, pero si se ve esta película y se compara con las consecuencias que E. Armand saca de los intentos de colonias comunistas en *Formas de vida en común sin Estado ni autoridad*, se ve una perfecta concordancia, empezando por el ritmo de la colonia, que sigue siempre las oscilaciones del espíritu del jefe y guía que tiene la autoridad «moral» de la colonia.

Otro film notable es *El último millonario*, violenta sátira, debida a la pluma y a la direc-



En *El último millonario* abundan las escenas regocijantes y satíricas, como sólo sabe hacerlo René Clair.

ción de René Clair, de todas las instituciones gubernamentales modernas. Quizá le falte algo de lo que acostumbraba a darnos René Clair anteriormente, empezando por su optimismo, pero

eso no quita nada de valor a este triunfo de sátira y humor. A pesar de que los personajes estén poco firmemente dibujados como personas, al querer hacer de ellos símbolos.

Nada más notable llevamos visto en la temporada, aunque debemos citar dos obras de intenciones más o menos pacifistas: *El hombre que volvió por su cabeza*, lastimosamente desviado hacia cauces melodramáticos, sin lo cual hubiera sido una buena obra, aunque de pocas pretensiones, y *Mercaderes de la muerte* (en realidad, su título es *El presidente desaparece*), donde, como en la primera, se trata de presentar la acción de los mercaderes de armas, aunque sin conseguirlo al desviar también la acción hacia una intriga bastante absurda, de la cual es protagonista un imaginario presidente de los Estados Unidos.

De Rusia nos ha venido una *Rusia Revisita 1940*, título desacertado de una farsa sin importancia ni trascendencia, aunque original y entretenida.

En cuanto a la producción española no lleva camino de afirmarse seriamente. Lo de más pretensiones que se nos ha presentado hasta la fecha, en lo que llevamos de temporada de estrenos, es *Nobleza baturra*, que nos da derecho a decir que, su realizador, Florián Rey, sigue sin dar el rendimiento que esperamos de él desde que una vez hizo *La aldea maldita*. No vaya a resultar que aquel film fué una equivocación...

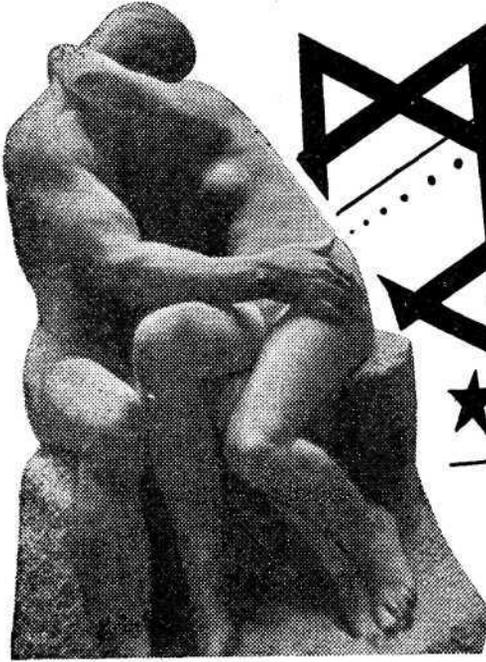


Estas son las dos caras del cinema. En el anverso, unas grandes posibilidades, traducidas, muy de cuando en cuando, en realidades tangibles. En el reverso, toda la imbecilidad que pone el capital, no reparando en medios para extraer el «debido» rédito, para hacer negocios a costa de lo que sea preciso.

Todavía es de admirar cómo esas pocas obras de calidad logran pasar a través de las exigencias de los productores y de las dificultades de los censores de los Estados.

D A N T E

Se sabe cuán poco dura en la mujer la ardiente llama del amor, cuando la mirada y la mano no son capaces de avivarla de continuo.



Consultorio

psíquico-sexual

Dr. Félix Martí Ibáñez

Ofrecemos a los lectores de «ESTUDIOS» esta nueva Sección, cuya alta importancia no dudamos sabrán apreciar debidamente. En ella se contestarán aquellas consultas de orden espiritual o sexual y que requieran consejo o tratamiento psicológico. Muchas veces, pequeñas contrariedades íntimas psíquico-sexuales derivan en conflictos de dolorosa y gorda inquietud y hasta en trastornos fisiológicos por la carencia de conocimientos o falta de preparación de los interesados, que podrían solucionarse satisfactoriamente si alrededor del problema sexual no existiera ese velo impenetrable establecido por la hipocresía de las costumbres. Los vastos conocimientos psicológicos y la competencia, bien probada en sus escritos, de nuestro colaborador y distinguido amigo el Dr. F. Martí Ibáñez, puestos al servicio de esta Sección, esperamos han de resultar altamente provechosos a los consultantes.

Las consultas deberán enviarse escritas en forma clara y concisa, y en papel aparte de la carta en que se acompañen, debiendo ser dirigidas a «ESTUDIOS».—Apartado 158.—VALENCIA.

PREGUNTA: *Estoy casado con una mujer cinco años más joven que yo (tengo cuarenta y dos), y en los ocho años que hace que realizamos nuestra unión, nunca he conseguido que ella experimente el éxtasis amoroso en el acto sexual.*

Pero, desde el nacimiento de nuestro segundo hijo, que tiene ahora poco más de un año, observo que su frigidez se acentúa hasta el punto de dejarla insensible mi contacto.

Estoy persuadido de que me ama sinceramente, y hago todo lo posible moral y materialmente por merecer su cariño.

Quisiera me dijera usted qué debo hacer para vencer su frigidez, puesto que sé no existe incompatibilidad de caracteres.—P. V. Ll., de Barcelona.

RESPUESTA: Se anticipa usted con su pregunta al artículo que tengo en proyecto sobre el dramático problema de la frigidez sexual. El célebre psicoanalista Stekel, en su obra monumental sobre este tema, ha proyectado un haz luminoso sobre las tinieblas que lo circundaban. Y al

comenzar a convertirse este hecho, de tragedia de alcoba que fué —devorada por los cónyuges entre lágrimas y reproches— en problema seriamente investigado por los psicólogos, han brotado miles de voces temblorosas de esperanza, que desde su llameante cerco de espinas conyugal, han reclamado del psicólogo el modo de convertir en copa de oro rebosante de alegría, el mezquino vaso de barro de sus infortunios eróticos.

Procedamos con método. En esta nueva Sección de ESTUDIOS vamos a contestar aquellas consultas que planteen un conflicto espiritual o sexual y que requieran consejo o tratamiento psicológico. Y en todo tratamiento psicológico, lo esencial es partir de una dual condición preliminar:

1.º *Plantear bien el problema.*—Este es un punto muy difícil de lograr, puesto que los conflictos psicológicos no se presentan en el paciente perfectamente delimitados, como sucede en los libros, sino en forma caótica y confusa, en tumultuosa aglomeración de preocupaciones, impulsos y temores. La misión primera, a este res-

pecto, del psicólogo, es la de ordenar los datos que le ofrecen, engranarlos unos con otros y reconstruir así el mosaico del problema. En una palabra, convertir el caos mental del enfermo en cosmos disciplinado. Porque en Psicología, plantear bien un problema psíquico equivale a tenerlo casi resuelto.

2.º *Individualizar el caso.*—En Medicina y, sobre todo, en Psicología, rige aquella divisa de Lafontaine de «diversidad y cambio». Por lo tanto, procuraremos no encajar nunca un caso en un abstracto patrón general, sino constituirle una casilla especial, en atención a sus particulares condiciones.

De acuerdo a lo dicho y como prólogo a nuestro próximo artículo sobre la frigidez sexual femenina, planteemos e individualicemos el presente caso.

Nos hallamos frente a un matrimonio, en el cual, según parece, existe afinidad de temperamentos y auténtico amor, a pesar de lo cual, en ocho años de casados la frigidez sexual femenina es casi absoluta.

El nacimiento del segundo hijo, hace un año, ha provocado una exacerbación de dicha indiferencia sexual.

Reflexionemos: No existe una diferencia de edad tan marcada que pudiera hacernos suponer que la no sincronización del ritmo amoroso en ambos cónyuges era la causa de que desacompañado el vaivén amoroso, fuese en aumento la frigidez femenina.

No existe tampoco en apariencia una marcada lesavenencia amorosa, que se reflejara en una lisaridad sexual.

Por lo tanto, precisa que brevemente revisemos algunos de los motivos que provocan la frigidez sexual, a fin de facilitar a usted orientación en la encrucijada en que se halla situado.

La frigidez sexual de su esposa, como la de toda mujer, es incluíble en uno de estos dos grupos: *endógenas* y *exógenas*. El segundo sector engloba aquellas frigideces femeninas de origen masculino, o sea generadas en la insuficiencia amorosa del marido.

¿Ha reflexionado usted en si la causa podría residir en su propio funcionalismo sexual? La eyaculación precoz, la impotencia relativa o una técnica sexual inadecuada, son, en un porcentaje elevadísimo de casos, la génesis de la frialdad sexual femenina.

Examine objetivamente su propia sexualidad, no sólo en su constitución, sino en su técnica.

En ocasiones, una preparación amorosa demasiado corta de la mujer origina en ésta una sobrecarga en su sensibilidad; y, al no verificarse nunca la total depleción de la misma, la conduce a una fase primitiva de hiperestesia sexual y, más tarde, a una etapa de anestesia erótica.

Si es que esas causas exógenas de frigidez —por deficiente constitución o torpe técnica amorosa— no existen, analice las causas endógenas.

Descartando la existencia de alteraciones anatómicas que justificasen el anormal estado de su esposa, cabe entonces la posibilidad de causas internas, que intercepten las vías conductoras de la sensibilidad amorosa femenina. Puede existir una alteración endocrina (ovárica, tiroidea, etc.), una disminución en la capacidad receptiva del sistema vagosimpático, cuyas rede-

cillas nerviosas transmiten los estímulos voluptuosos; o bien un trastorno en los altos centros corticales, que reciben en último término las sensaciones eróticas.

Todas esas cuestiones de frigidez deben ser analizadas, con la ayuda del médico si precisa a fin de eliminar los factores perturbadores.

Sin embargo, existe un detalle en su demasado concisa pregunta, que es digno de valorarse como merece: es el dato de que la frigidez se acentúa después de haber tenido el segundo hijo.

La moderna escuela sexológica alemana ha rozado levemente este interesante problema de la anestesia sexual a consecuencia del nacimiento del hijo, pero sin darle toda la importancia que a mi juicio tiene.

Lo cierto es que el caso de su esposa, arribando desde una relativa frigidez sexual a una absoluta indiferencia erótica —en contraposición dramática a su ansia de amar— es demasiado frecuente para que lo reputemos simple coincidencia. A mi entender, la influencia anestésica sobre la erótica femenina del nacimiento del hijo descansa sobre estos motivos:

A) Ante todo, una razón fisiológica: y es la de que el traumatismo del parto provoca tal conmoción en todo el aparato genital femenino que, trastocando las complicadas estructuras neurovegetativas del mismo, dificulta al máximo la transmisión hacia los altos centros nerviosos de los estímulos sensuales.

B) En segundo término, el nacimiento de cada hijo acentúa hasta el paroxismo ese miedo al embarazo, ese temor a la maternidad que ya existe en cada mujer y que, exagerado, la conduce hasta la total insensibilidad erótica. Se trata en tal caso de un mecanismo psicológico de defensa femenina (y en otra revista he narrado un caso de esta índole); por lo cual la mujer se fuga de esa sexualidad, cuyo ejercicio tiene para ella tan desagradables consecuencias.

La frigidez en tal caso tiene el valor espiritual de una protección inconsciente contra el asalto erótico, para hastiar al marido y evitar así toda relación física.

C) En tercer lugar he comprobado en muchos casos cómo el nacimiento del hijo hace que, desplazándose hacia él todo el potencial efectivo de la madre, quede descargada de su tensión emotiva la esfera sexual, lo cual conduce a la frigidez absoluta.

En síntesis: medite sobre las orientaciones que le doy; compruebe que la frigidez de su esposa no sea de causa exógena, en cuyo caso es usted quien debe aplicarse la corrección terapéutica de rigor. Si no existe motivación exterior profundice la psicología de su esposa con arreglo a las direcciones que le esbozo y por fin modifique su técnica sexual, espaciando las relaciones físicas entre ambos haciéndolas preceder del preliminar necesario y procurando con delicadeza y comprensión que el potencial emotivo de su esposa vuelva a llenar el área de su sexualidad.

PREGUNTA: *Amo entrañablemente al hombre con quien estoy unida desde hace seis años, y comparto plenamente sus ideas, que considero muy lógicas y humanitarias. El tiene ahora treinta y un años, y yo veintisiete. No tenemos hijos.*

Mi mayor deseo es hacerle intensamente feliz para corresponder al cariño de que soy objeto por su parte.

Pero en nuestras relaciones íntimas, ni una sola vez he llegado a sentir ese deleite supremo que él experimenta siempre. Esto me desazona y me entristece, porque observo que esta frigidez o insensibilidad mía es motivo de disgusto para él, aunque por delicadeza trata de ocultarlo. ¿Qué me aconseja?—Luisa de Gijón.

RESPUESTA: Su caso plantea otra faceta de la frigidez sexual. Con absoluta identidad espiritual, el fantasma de la frigidez interpone su rostro torvo entre ustedes dos. La anestesia erótica de usted es absoluta y aun la entristece más el comprobar el dolor del varón, que él masculla en silencio, teniendo la gentileza de no hacerle reproches a usted, que por otra parte, sobre ser inadecuados, no servirían sino para empeorar la situación.

Debo decirle que me plantea usted el caso con tan exiguos detalles, que más que investigarlos parece usted desear que los adivine. No se extrañe, pues, si también mi respuesta es tanto difusa. Y sirva de aviso a todos los consultantes, que si bien sus preguntas deben ser ante todo *cortas y concisas*, también deben procurar incluir en ellas, aunque sea con un estilo telegráfico, todos los datos que puedan, a juicio de ellos, iluminar el caso.

Usted ha luchado contra su frigidez sin lograr vencerla en los seis años que llevan de casados. Desalentada, recurre usted a mí, y en sus palabras se trasluce un reproche inconsciente contra su esposo, que si bien no la mortifica con injustas acusaciones, tampoco puso el remedio antes de ahora.

Le ruego lea cuanto digo al consultante anterior, y a lo allí expuesto agregue usted las líneas siguientes. Es lo único que puedo indicar tratándose de una consulta tan vagamente formulada.

Si es que en su caso no existen factores de lesión anatómica, trastorno nervioso de las vías de conducción de la sensibilidad erótica, ni te-

mor al embarazo o, al contrario, deseo exagerado de un hijo, entonces considere lo que le voy a decir. La indiferencia erótica femenina responde muchas veces a un proceso psicológico de lenta formación, que puede esquematizarse así: La adolescencia femenina determina la producción de maniobras onánicas acompañadas de un cierto *erotismo cerebral* que puede ser muy peligroso (análogas consideraciones podrían hacerse respecto a los *peligros psicológicos* del onanismo masculino). Al tratar en unos artículos de la frigidez femenina ya nos extenderemos sobre este particular. De momento sólo le diré que por dicho erotismo cerebral van creándose en la mente femenina imágenes sexuales fantásticas y modeladas con arreglo a las tendencias imaginativas dominantes en la adolescente. Así se forja a copia de años, *en todas las mujeres* una sexualidad romántica de cuentos de hadas imágenes monstruosas de aberración sexual (bien representaciones psíquicas de relaciones eróticas normales).

Al llegar al matrimonio y sonar con él la hora de las realizaciones plásticas, para que la sexualidad se deslice por cauces normales *han de superponerse las imágenes mentales de la mujer y lo que la realidad le ofrece.*

Si esa fusión no se verifica, entonces la normal relación amorosa resulta basta, grosera y despreciable para la mujer que ensoñó amores ideales en la góndola de cristal de sus quimeras o bien deviene sosa y fría para la que pobló su mente con sensualismos absurdos y fantásticos. En uno y otro caso, el final inevitable es la frigidez sexual femenina. Entonces es cuando la esposa, orientada por un psicólogo o por la propia y potente voluntad, tiene el sendero de salvación de ir paulatinamente llenando su mente de imágenes eróticas normales y desplazando las indeseables, con lo cual renace la sensibilidad amorosa normal.

Esto es cuanto le digo por hoy. Lea y medite y ponga el remedio adecuado. Si su frigidez no figura en este caso, entonces usted tiene la palabra.

BALZAC

*Hacer nacer un beso, nutrirlo, desarrollarlo,
hacerlo crecer, estimularlo y conseguirlo es,
en conjunto, un poema.*

De los sabios

Montesquieu



ANTIGUAMENTE a todos los sabios los acusaban de mágicos, y no lo extraño. Cada uno decía para sí: «Yo tengo tanto talento natural como es posible. No obstante, cierto docto me lleva ventajas; luego es fuerza que tenga pacto con el diablo.» Ahora que se desprecian semejantes acusaciones han tomado otro giro, y apenas puede un sabio evitar que le acusen de irreligión o herejía. Poco importa que le absuelva el pueblo; la llaga se hizo, y nunca queda bien cicatrizada; siempre es la parte herida la más flaca. Treinta años después le dirá con mucha hipocresía un enemigo: «No permita Dios que asegure yo ser cierto el cargo que a usted hacían; lo que sé es que se vió obligado a justificarse.» De este modo su propia justificación le viene a ser perjudicial.

Si escribe una historia, y tiene el ánimo elevado y el corazón recto, le suscitan mil persecuciones. Irritarán contra él al magistrado por un acontecimiento sucedido mil años hace, y querrán que su pluma, si no es cautiva, sea venal. Con todo esto más feliz es todavía que aquellos villanos seres que abandonan la verdad por una mezquina pensión; que si se cuentan una por una sus imposturas todas, las venden a menos de ochavo cada una; que destruyen la constitución del imperio disminuyen los derechos de un poder y aumentan los del otro, dan a los príncipes, quitan a los pueblos, resucitan fueros rancios, halagan las pasiones más acreditadas en la época en que escriben y los vicios de los que reinan, engañando la posteridad, eso más torpemente, que menos medios tendrá para contradecir su testimonio.

Mas no paran los trabajos de un autor en sufrir todos los baldones de que he hablado; no paran en haber vivido en continuos temores acerca de la aceptación de su obra; al cabo sale a la luz pública el libro que tanto quehacér le ha dado, y le ocasiona enojos por todas partes. ¿Y cómo los ha de evitar? Era de una opinión, y la ha sustentado en sus escritos, sin saber que otro que vive doscientas leguas de su residencia había llevado la contraria, y ya tenemos la guerra encendida.

Vaya aún si pudiera esperar estimación. Pero no. Cuando más, le aprecian aquellos que se han aplicado al mismo género de ciencias que él. Un filósofo desprecia altamente a un hombre que tiene atestada la cabeza de hechos, y éste le paga teniéndole por un loco que sueña adefesios. Mientras tanto los que profesan una arrogante ignorancia quisieran que se sepultara todo el linaje humano en el olvido en que ellos se han de sumir.

Aquel a quien le falta una habilidad se desquita haciendo alarde de despreciarla, y removiéndolo este obstáculo que entre el mérito y él se encontraba, se halla a nivel con aquel cuyas tareas le asustan.

Finalmente, los sabios es fuerza que se resignen a una reputación equívoca, a privarse de los placeres y a perder la salud.

A esa necesidad responde la serie de libritos que ha empezado a publicar **ESTUDIOS** con una finalidad altamente humana, que sin duda ha de merecer la simpatía de todos, y hará que dichos libritos se consideren muy pronto imprescindibles en todos los hogares.

Cada enfermedad está estudiada por un médico naturista especializado en la materia, tratada de manera vulgarizada y sintética, que la hace comprensible para todas las inteligencias.

He aquí los publicados hasta ahora:

La Tuberculosis. Cómo se evita y cómo se cura sin drogas ni operaciones.—Por el doctor Roberto Remartínez.—*Precio: 1 pta.*

Las enfermedades del Estómago. Prevención, síntomas y tratamientos de las diversas enfermedades del aparato digestivo.—Por el doctor Eduardo Arias Vallecjo.—*Precio: 1 pta.*

El Reumatismo. Cómo se evita y cómo se cura por los medios naturales al alcance de todos.—Por el doctor Eduardo Alfonso.—*Precio: 1 pta.*

La Fiebre. Sus causas, sus consecuencias, su tratamiento. Conocimientos científicos naturales al alcance de todos.—Por el doctor Isaac Puente.—*Precio: 1 pta.*

La Impotencia genital. Cómo se previene y cómo se cura la debilidad sexual.—Por el doctor Eduardo Arias Vallecjo.—*Precio: 1 pta.*

El Estreñimiento. Sus causas. Sus consecuencias. Su curación por el Tratamiento Naturista.—Por el doctor Roberto Remartínez. (Con ilustraciones).—*Precio: 1'50 ptas.*

Higiene Sexual. Fisiología e Higiene de las relaciones sexuales y del anticoncepcionismo.—Por el doctor Félix Martí Ibáñez.—*Precio: 1 pta.*

La Alimentación humana. La alimentación racional y científica, adecuada a las necesidades físicas y mentales de cada uno.—Por el doctor Lucio Álvarez Fernández.—*Precio: 1 pta.*

La Delgadez. (Causas y anomalías). Su tratamiento racional.—Por el doctor Eduardo Arias Vallecjo.—*Precio: 1 pta.*

La Obesidad. Estudio y tratamiento naturista contra la obesidad y sus consecuencias.—Por el doctor Enrique Jaramillo.—*Precio: 1 pta.*

La Sífilis. Cómo se evita. Cómo se cura por el tratamiento naturista. Errores fatales de la Medicina clásica.—Por el doctor L. Bastos Corbeira.—*Precio: 1 pta.*

La Higiene, la Salud y los Microbios. Cómo conservar las defensas naturales del organismo contra toda enfermedad infecciosa.—Por el doctor Isaac Puente.—*Precio: 1 pta.*

Los Vegetales. Valor nutritivo y medicinal de las frutas. Restauración de la armonía vital del organismo.—Por el doctor A. Vasconcellos.—*Precio: 1 pta.*

Las enfermedades del Corazón. Su tratamiento y curación por medio de la Hidroterapia. Higiene del sistema circulatorio.—Por el doctor J. M. Fontanals.—*Precio: 1 pta.*

Colección de Novelas, Sociología y Crítica

El Pueblo, por Anselmo Lorenzo.—En cuanto escribía este hombre de memoria impecable, ponía su alma de luchador incansable y su corazón henchido de amor hacia los humildes. Esta obra inmortal es, además, un estudio profundo y ameno a la vez de documentación y de lógica implacable por el flujo natural del razonamiento a que sabía dar forma su gran cerebro. Un libro que se lee con apasionamiento y con interés creciente hasta su última página.—*Precio: 1'50 ptas. Encuadernado en tela, 3 ptas.*

El Mundo hacia el abismo, por Gastón Leval.—¡La guerra viene! Los fabricantes armamentistas, los primates de la alta Banca, los lobos sanguinarios que trafican con las vidas humanas, están tramando la más espantosa hecatombe guerrera que regará de sangre y de cadáveres el mundo, pero que llenará de oro sus cajas de caudales. ¡Su codicia criminal no tiene límites! Es necesario que el mundo conozca cómo se está alentando la guerra y preparando su estallido mientras se representa la comedia del desarme. En esta obra expone su autor datos de una autenticidad irrefutable que llenarán de estupor y de angustia al ser conocidos. Propagar esta obra es hacer la más eficaz labor en favor de la paz entre los pueblos.—*Precio: 4 ptas. Encuadernado en tela, 5'50 ptas.*

El Prófugo, por Gastón Leval.—Las horas de mayor brutalidad y de mayor locura que ha vivido el mundo, empujado al matadero por los asesinos de la plutocracia armamentista, horas de angustia mortal y de peligros inenarrables, se hallan reflejadas en estas páginas vibrantes de rebeldía. Son páginas vividas, reales, y por tanto, de una emoción e interés inigualables. Este libro no ha podido ser editado en Francia porque en él se dicen verdades que se han procurado ocultar al pueblo, víctima propiciatoria de la próxima manzana que se está preparando.—*Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.*

Infancia en cruz, por Gastón Leval.—Es éste el libro impresionable que rebosa dolor y amargura, en el cual su autor narra su niñez atormentada por la crueldad incomprensible de la propia

madre. Cuesta trabajo admitir que esta obra sea el relato fiel de una vida. Admitir que una madre sea capaz de hacer sufrir con tal rehnamiento a la carne de su carne, se hace muy duro y echa por tierra lo que tantas veces se ha dicho y repetido acerca de la santidad y abnegación de las madres. Sin embargo, no cabe duda que es el trasunto fiel de una realidad dolorosa y terrible lo que en esta obra se relata. Se adivina el dolor íntimo que sufre su autor al escribir tan tremenda acusación contra su propia madre, y se comprende que nadie sería capaz de escribir tan amargas verdades si no lo hiciera con el doble propósito de redimir al niño y al hombre.—*Precio: 3 pesetas. Encuadernado en tela, 4'50 ptas.*

La Montaña, por Eliseo Reclus.—Grandiosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas y la nobleza de sentimientos que su contemplación inspiran en el hombre. Quien no ha leído a Reclus no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. El lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y le deleita a la vez con una intensidad pocas veces igualada. La pluma magistral de este eminente geógrafo ha hecho de este libro una verdadera joya literaria.—*Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.*

El Arroyo, por Eliseo Reclus.—Hacía ya bastante tiempo que se había agotado este primoroso libro del sabio geógrafo y humanista insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas.—*Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.*

Los Primitivos, por E. Reclus.—Si el estudio de las maravillas naturales deleita al mismo tiempo que educa e instruye, no es menos alicionador el estudio de las razas primitivas, sus costumbres, sus hábitos, sus creencias y formas de vida. Por el contrario, complementa el conocimiento y explica la íntima relación que esos hábitos y creencias tienen con el suelo que habitan y cómo influyen de manera directa las bellas creaciones de la Naturaleza a moldear el carácter y definir la personalidad de las razas. Muy bellos y muy provechosos son estos conocimientos, pero lo son mucho más de la manera amena y sugestiva en que lo hace este autor inmortal, al que tanto deben la ciencia contemporánea y el acervo de los humanos conocimientos.—*Precio: 3 ptas. Encuadernado en tela, 4'50 ptas.*

Un puente sobre el abismo, por Higinio Noja Ruiz.—Hacia falta esta obra escrita por un espíritu selecto, que hable al corazón y a la conciencia del mundo; que abundando en el campo experimental de las causas que hacen posibles las horribles luchas fratricidas, señale las normas éticas, profundamente humanas y oriente al lector hacia una moral superior de convivencia humana que haga imposible la repetición de la bestialidad guerrera que ensangrentó los campos de Europa.—*Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.*

Gandhi, animador de la India, por Higinio Noja Ruiz.—El mundo contempla estupefacto cómo un pueblo hasta ahora sojuzgado por el más soberbio y férreo imperialismo, se levanta de pronto contra su opresor que con todo su poderío y sus poderosos medios coercitivos no puede nada contra la actitud estoica adoptada de desobediencia civil y de resistencia pasiva. Noja descubre la personalidad moral de Gandhi a través de una descripción emocionante de la gigantesca lucha del pueblo hindú contra su opresor.—*Precio: 1'50 ptas. Encuadernado en tela, 3 ptas.*

Colección «Ayer, hoy y mañana»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicados los siguientes:

	Ptas.
Pobres y ricos	0'30
La política y los políticos	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo	0'30
Periodicos y periodistas	0'30
Capital, dinero y trabajo	0'30
La guerra	0'30
La sociedad actual	0'30
Criminales, leyes y juzgadores	0'30
Socialismo, Sindicalismo y Anarquismo	0'30
El amor	0'30
La vida y la muerte	0'30
Patriotismo y Nacionalismo	0'30
Libertad, Igualdad y Fraternidad	0'30
El Derecho y la Justicia	0'30
El Arte y la Ciencia	0'30
Hombres y hombrillos	0'30
El Estado	0'30
La simpatía y la amistad	0'30
La Historia y los historiadores	0'30
Ética y Moral	0'30
Literatura, Música y Poesía	0'30
La Propiedad	0'30
Hombre y Mujer	0'30
Cultura, Progreso y Civilización	0'30
La Prostitución	0'30



numero' straordinario ★ *una rivista*